MANUALES DE URBANIDAD: GENEALOGÍA DE UN SUJETO
(COLOMBIA: 1850-1920)

DIEGO NICOLÁS PARDO MOTTA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
BOGOTÁ D.C.

2013

MANUALES DE URBANIDAD: GENEALOGÍA DE UN SUJETO
(COLOMBIA: 1850-1920)

DIEGO NICOLÁS PARDO MOTTA

Monografía de grado para optar al título de
MAGISTER EN FILOSOFÍA

Director

ADOLFO CHAPARRO AMAYA

Doctor en Filosofía

Asesora

ZANDRA PEDRAZA GÓMEZ

Doctora en Antropología

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
BOGOTÁ D.C.

2013

A Dios en quien creo y confío

A mi padre y a mi madre

A Ideas I, por tantas y tantas aventuras

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
JUSTIFICACIÓN	1
PROBLEMA Y PAUTAS DE MÉTODO	3
EL ARCHIVO DOCUMENTAL	11
I. EL PROYECTO CIVILIZATORIO	17
1. LA URBANIDAD COMO INSUMO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDADANÍA.....	20
2. LA CIRCULACIÓN DE LOS ENUNCIADOS DE LA URBANIDAD IMPULSADOS POR NORMAS JURÍDICAS SOBRE INSTRUCCIÓN PÚBLICA	32
3. EL DEBATE SOBRE EL PAPEL DEL ESTADO	39
II. LA RETÍCULA DISCIPLINAR DE LA URBANIDAD	47
1. LA DISCIPLINA COMO PRODUCTORA DE SUBJETIVIDAD (APROPIACIÓN DEL CONCEPTO ACUÑADO POR FOUCAULT)	48
2. DISTRIBUCIÓN ESPACIAL Y CONTROL DE LA ACTIVIDAD DE LOS CUERPOS	66
3. LA URBANIDAD: ENTRE EL CÓDIGO MORAL Y EL CUIDADO DE SÍ	80
4. ACTUALIZACIÓN Y VIGENCIA DE LOS ENUNCIADOS	98
CONCLUSIÓN	103
BIBLIOGRAFÍA	114
OBRAS DE MICHEL FOUCAULT	114
MANUALES DE URBANIDAD	115
ARTÍCULOS DE OPINIÓN SOBRE URBANIDAD	117
NORMAS JURÍDICAS Y DOCUMENTOS OFICIALES	117
BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA FILOSÓFICA	118
BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA INTERDISCIPLINARIA	119

INTRODUCCIÓN

JUSTIFICACIÓN

En el mundo contemporáneo se habla de la actual pérdida de los valores morales. Para algunos, la sociedad contemporánea ha dejado de interesarse por la virtud moral. Igualmente, se asegura que las normas de respeto hacia los demás ya no se siguen. Tal opinión parece fundamentarse en la violencia que rodea las relaciones interpersonales: tratos básicos, amistades, noviazgos, matrimonios, resultan poco duraderos y cargados de conflictos; la convivencia en los espacios urbanos se torna difícil; los debates entre personas terminan en disgustos; el maltrato escolar, universitario, familiar, laboral, etc., cada vez alarma más a las personas. En fin, el ser humano contemporáneo parece estar asistiendo a variadas situaciones problemáticas que le han permitido afirmar que *los valores morales característicos de la sociedad de antaño, se han perdido*.

Esta afirmación conduce a una pregunta clave: ¿cuáles son esos valores? Estos, entre otros, son aquellos que propone la urbanidad¹. Supuestamente, gracias a ellos, el trato entre las personas resulta amable y cordial. Además, toda relación humana permeada por la urbanidad se caracteriza por el respeto y la consideración, basada en el sacrificio por los demás y en la eliminación de toda forma de egoísmo (Jaramillo, 1942, p. 144). Según esto, el sujeto que antiguamente era llamado bien educado, era el sujeto urbano, el cual conocía y practicaba sus deberes con Dios, su familia, sus semejantes, sus superiores y la patria. Igualmente, conocía y practicaba los modales adecuados para tratar de buena forma a los demás y, así, agradecer. Ese sujeto sabía comportarse en cualquier espacio en tanto conocía y

¹ Si algo caracterizaba a los sujetos de otros tiempos era su urbanidad. “Muy urbano, pulido y cortés era el [trato] que mutuamente se daban superiores e inferiores, desde el Ministro hasta el portero, desde el caballero elegante hasta el hombre de la calle, [...] y en las oficinas públicas o en las privadas, [...] siempre encontraba el cliente el consejo oportuno y discreto, [...] y la solución al problema, [...] todo ello dentro de una norma no sólo de educación social exquisita, sino hecho con agrado y el mejor espíritu de ayuda” (Villarreal B., 1952, p. 1).

practicaba los preceptos de buena conducta que en cada uno de estos era exigido. Igualmente, manejaba con destreza y pertinencia todo objeto que fuera puesto a su alcance en dichos espacios. La urbanidad parece reunir todo eso: *el conocimiento y la práctica de los deberes morales*.² Dentro de éstos se halla el trato afable hacia los otros y el comportamiento preciso según el espacio, las personas que en éste se encuentren y los objetos que estén a la mano para ser debidamente usados. La urbanidad parece ser un conocimiento que comprende todos esos ámbitos de la vida; quien es urbano es un buen ser humano; sabe comportarse; es de buen gusto; es admitido en sociedad.

Una solución que algunos han propuesto a la crisis moral de la sociedad contemporánea es volver a esos valores de la urbanidad. Si se implementa la urbanidad de nuevo, dicen, se está volviendo a la configuración de una sociedad “*en orden, respetuosa y llena de principios*” (Cruz Rodríguez, 2005). Tal implementación, partiría del establecimiento de una cátedra obligatoria de urbanidad, tal y como existía antes en las instituciones educativas. Para Cruz, una cátedra como esa, es la solución “*ante la constelación de excentricidades de la juventud contemporánea, a ver si por fin erradicamos la perniciosa, la pereza, la altanería, el escándalo, la vagancia, el irrespeto, la atarvanería, la mediocridad*” (Cruz Rodríguez, 2005). Al respecto, en los últimos años, pueden verse varios proyectos de ley que propusieron crear una cátedra de urbanidad.³

Ahora bien, dado que la idea es aproximarse a la emergencia de los enunciados desde un contexto macro que es el de la formación del Estado-nación moderno en Colombia, durante

² Desde este punto de vista, la falta de urbanidad es una “falla que ya amenaza desfigurar el conjunto de nuestra vida social y hacer cada vez menos gratas sus manifestaciones. Pues [sin esta se pierde] cierto refinamiento en la conducta y de cierta delicadeza de sentimientos traducida en los modales y el lenguaje” (Zalamea, 1936).

³ Un primer proyecto, se convirtió en la Ley 1013 de 2006. Sin embargo, poco tiempo después, apareció la Ley 1029 del mismo año, la cual dejó de lado la urbanidad para hablar sólo de una cátedra de Constitución Política. En ese sentido, la mencionada Ley 1013 quedó derogada tácitamente por la Ley 1029. Otros proyectos de Ley no fueron aprobados y hoy se encuentran archivados. En 2006, el Movimiento Político Mira radicó el proyecto de ley No. 15-Senado, que proponía que se enseñara urbanidad en la primaria. Este proyecto afirmaba que a partir de la enseñanza de la urbanidad se puede promover el respeto por la diversidad y la tolerancia y contribuir a disminuir el homicidio y la violencia intrafamiliar. Posteriormente, en 2010, el Partido Liberal presentó el proyecto de ley No. 140-Cámara. Este proyecto proponía que la urbanidad da lugar a una buena convivencia entre los sujetos y, en ese sentido, a la reconstrucción de la sociedad. Igualmente, según este proyecto, la práctica de los preceptos de la urbanidad permite que las personas sean tenidas en cuenta por los demás.

la segunda mitad del siglo XIX, resulta inevitable problematizar el papel que cumplió el recién formado aparato estatal y la incipiente élite colombiana en esa emergencia. Sin embargo, se privilegiará el análisis de los fenómenos asociados a la circulación de los enunciados con el fin de ver más claramente las relaciones de micropoder que instaura la urbanidad más allá del Estado.

PROBLEMA Y PAUTAS DE MÉTODO

Cabe preguntarse acerca de la importancia social de la urbanidad y qué ha hecho del sujeto como para que éste confíe tanto en ella, hasta el punto de concebirla como una solución (externa) a problemas de “supuesta” carencia de moral (interna). En el caso colombiano, la urbanidad se manifiesta en la difusión e implementación de sus enunciados por medio de manuales, una cátedra para la enseñanza de su prescriptiva y su puesta en práctica en diversos escenarios del tejido social. Durante gran parte de los siglos XIX y XX, se enseñó a las personas, mediante la urbanidad, cómo comportarse en distintos espacios de la vida social (la mesa, reuniones sociales, visitas, bailes, banquetes, fiestas; teatros, templos, salones, restaurantes, hoteles, trenes, barcos) e íntima (baño, habitación; soledad). Ello implica una suerte de técnicas del manejo del cuerpo (extremidades, espalda, gestos faciales, cabello, voz, risa) y de ciertos objetos (cubiertos, vestuario, cartas, tarjetas, tabaco, teléfono, cartera). Igualmente, formas particulares de relacionarse con los demás (saludos, conversaciones, correspondencia, acciones, reacciones). Dichos comportamientos son concebidos desde la urbanidad como correctos y a la vez como de buen gusto. De hecho, estos dos criterios parecen hallarse superpuestos e incluso confundidos; tanto así que las normas de urbanidad se presentan como prescripciones cuyo seguimiento asegura la aceptabilidad social y cuya vulneración da lugar al rechazo.

La gramática básica de la urbanidad está compuesta por cuerpos, partes del cuerpo, numerosos objetos, así como de relaciones entre los cuerpos y de los cuerpos con los objetos. La sintaxis comprende diversos espacios y tiene en cuenta la distribución de los cuerpos en

esos espacios. En un tercer nivel, prescriptivo, la urbanidad se ocupa del comportamiento en esos espacios, lo cual va desde la forma correcta de presentarse en ellos, hasta la regulación exhaustiva del momento indicado como oportuno para llegar, permanecer e irse y qué-decir, cómo-decirlo y qué-hacer en cada uno de estos instantes tan precisos. Esto se traduce en una meticulosa economía del tiempo, los objetos, las palabras y los gestos en diversos espacios en los cuales los sujetos se relacionan con objetos, entre sí y consigo mismos.

La economía del comportamiento establecida por la urbanidad se pliega en un sujeto que se vigila para que su conducta se adecúe a tal norma y para que otros también lo hagan. Por supuesto, este sujeto es vigilado por otros, quienes también se vigilan a sí mismos. Igualmente, hacen su aparición fuertísimas convicciones morales y estéticas sobre todo lo antes mencionado. Ante estos primeros hallazgos tan indicativos surge la pregunta acerca del marco teórico filosófico que es idóneo para analizarlos y problematizarlos. La respuesta, dada por los mismos fenómenos que acaban de ser enunciados, está en la obra de Michel Foucault en lo que se refiere a disciplina y cuidado de sí.

Debe pensarse si es o no posible el análisis de unas prácticas que ocurrieron en Colombia a la luz de un filósofo que no se ocupó del estudio de la realidad latinoamericana. Una razón, que resulta importante para esta investigación, la constituye la misma idea de Foucault sobre su trabajo. En *Poderes y estrategias*, Foucault considera su trabajo como una caja de herramientas. Ello implica comprender que su proyecto filosófico no busca construir un sistema, sino un instrumento para el análisis del sujeto, las relaciones de poder y las luchas que se comprometen alrededor de ellas. Dicha pesquisa, según el mismo Foucault, sólo puede hacerse a partir de reflexiones – por demás históricas en ciertos aspectos – sobre situaciones dadas (Foucault, [1981] 2001, p. 85). En otro texto: *Los intelectuales y el poder* Gilles Deleuze, durante una entrevista con Foucault, dice lo siguiente: “Así es, una teoría es exactamente como una caja de herramientas. No tiene nada que ver con el significante... Es preciso que sirva, que funcione, y que funcione para otros, no para uno mismo” (Foucault, [1972] 1999, p. 107). En el mismo sentido Foucault se pronuncia en *Prisons et asiles dans le mécanisme du pouvoir*. En dicho texto, Foucault afirma que aspira a que sus libros sean

“una especie de caja de herramientas donde otros pueden rebuscar para encontrar una herramienta que puedan utilizar como quieran en su propia área”. Luego, en el mismo texto, el filósofo francés dice: “No escribo para un auditorio, escribo para usuarios, no lectores” (pp. 523-524). En ese orden de ideas, el presente trabajo quiere hacer de la obra de Foucault una caja de herramientas para analizar un conjunto de prácticas que presentan rasgos semejantes a aquellas de cuyo estudio se ocupó el mencionado pensador.

A partir de las características iniciales de las prácticas relacionadas con la urbanidad surgen varias preguntas cuya respuesta no es evidente y que pueden abordarse a partir de los análisis hechos por Foucault. Las primeras preguntas giran alrededor del contexto en el que tales prácticas están localizadas. Las segundas, en derredor del concepto de disciplina, ya que se ha evidenciado preliminarmente una suerte de intención de estas prácticas por moldear un cuerpo individual de acuerdo a un conjunto de presupuestos. Las terceras, tratarán acerca de las calidades que reúnen dichos presupuestos en términos de régimen de verdad sobre el sujeto que se proponen producir. Las cuartas, se dirigirán a investigar si es suficiente ver la urbanidad como una práctica disciplinaria o si sus características van más allá, como para poder hablar o no de cuidado de sí. Las quintas, buscarán indagar por la vigencia de los enunciados de la urbanidad con el paso del tiempo a través de su poder de actualización y la eficacia de su aplicación en el tejido social. Responder estas preguntas – a través de un ejercicio de filosofía aplicada que tome como base las herramientas conceptuales y metodológicas que proporciona el trabajo filosófico de Michel Foucault – es el objetivo de la presente investigación.

Antes de abordar los cinco frentes propuestos, habrá que presentar los conceptos pertinentes, en la primera sección de la primera parte y al comienzo de la segunda parte. La presentación conceptual se acompañará de aproximaciones al problema a trabajar con el fin de ir precisando la hipótesis general y establecer la cadena argumentativa que conecta las dos partes que componen el presente texto. Ello resulta vital para entender desde el principio que el archivo, que será presentado en la presente introducción, supone un contexto muy específico y que al cambiar de contexto, cambia la dinámica del archivo. En

todo caso, a lo largo del texto podrán encontrarse aproximaciones conceptuales que cumplan los propósitos anteriormente señalados.

La primera parte examina un primer grupo de inquietudes que giran alrededor del espacio-tiempo específico en el que emergieron y circularon las prácticas asociadas con la urbanidad. En realidad, toda práctica tiene una referencia espacio-temporal específica, lo que indica que los sujetos producidos por la urbanidad no son universales ni ahistóricos. Ello implica estudiar las condiciones puntuales que rodearon e incidieron en el conjunto de prácticas que inspiran la presente investigación. En pocas palabras, este trabajo retoma el consenso de los historiadores acerca de que en la época en la que está focalizada la urbanidad en Colombia, la segunda mitad del siglo XIX, se estaba construyendo el Estado-nación, lo que lleva a preguntarse lo siguiente: ¿Cómo surge la urbanidad en el contexto señalado? ¿Qué papel piensan los sujetos que la urbanidad va a cumplir en ese proyecto de construir un Estado-nación? ¿Qué rol cumplen las nacientes instituciones jurídico-políticas en la proliferación de los enunciados de la urbanidad? ¿Indicará ese papel que la urbanidad fue una iniciativa puramente de Estado? ¿Cuál es el papel que cumple en ese mismo sentido la naciente élite colombiana? ¿Qué relación tiene la urbanidad con la construcción de dicha élite?

El ámbito general de las respuestas encontradas en la primera parte es el del proyecto civilizatorio. En efecto, podría afirmarse que la urbanidad busca producir sujetos que se comporten de acuerdo a ciertos parámetros. Dichos parámetros son concebidos como los correctos desde la urbanidad misma. Tal noción de lo correcto está asociada a una concepción de sujeto ideal. Ese concepto de sujeto ideal está construido alrededor de la idea de sujeto civilizado. A este se opone el incivil, el cual es el modelo de no-sujeto, en tanto no-ideal e incorrecto. De ese modo, el civil hace y es lo que se necesita para que él mismo y los demás lo consideren apto para vivir en sociedad, mientras que el incivil hace y es todo lo opuesto, por lo que es declarado no-aptó. En ese sentido, el propósito global que se puede ver en la urbanidad es el de civilizar a los colombianos y de excluir del proyecto de Estado-nación a los individuos y grupos que se opongan a ese afán de civilización.

Las preguntas de la segunda parte son más puntuales, y si bien no es posible responder a todas ellas en detalle, cabe dejar constancia de su pertinencia problemática para el desarrollo de cada capítulo. El primer grupo de preguntas tiene que ver con la propuesta de enfocar el estudio de la urbanidad desde el concepto de disciplina propuesto por Foucault (Parte II, Capítulo 2): ¿En qué consisten tales parámetros de acuerdo a los cuales debe comportarse el sujeto, según la urbanidad? ¿Dónde y cómo se aprenden? ¿Cómo se ponen en práctica? ¿En qué espacios resultan implementados? ¿Qué efectos producen en quienes resultan objeto de ellos? ¿Pueden estos parámetros y las prácticas que los fijan en las personas comprenderse como una disciplina? Si es así ¿cómo distribuye esta disciplina los cuerpos en esos espacios?, ¿cómo controla su actividad?, ¿cómo los vigila, examina y, en ese orden de ideas, clasifica, califica y declara aptos y no-aptos?

El segundo grupo atañe a la urbanidad como formación de una verdad que le imponga al sujeto una forma de pensarse a sí mismo y a los demás (Parte II, Capítulo 3): ¿Es la de civilidad una idea de normalidad y la de incivilidad, de anormalidad? ¿Pretende la urbanidad construir a partir de sus presupuestos un régimen de verdad sobre el sujeto? ¿De qué elementos se compone el saber que resulta siendo ese régimen de verdad? ¿Cuál es el papel de la moral en ese saber? ¿Cómo absorbe la urbanidad el discurso propio de la moral? ¿Por qué resulta la urbanidad siendo un asunto de preocupación moral? ¿Constituye la urbanidad un código moral?

El tercero apunta a pensar la urbanidad desde el cuidado de sí: ¿Es suficiente el concepto de disciplina para analizar la urbanidad? ¿Puede cruzarse la disciplina con el cuidado de sí? o ¿son asuntos completamente separados? ¿Qué características tiene la urbanidad que puedan ser vistos desde el cuidado de sí? ¿Qué papel tiene la mujer en la urbanidad como receptora y transmisora de sus enunciados? ¿Puede verse tal papel en términos de cuidado de sí?

El cuarto versa sobre la vigencia y eficacia de la puesta en práctica de los enunciados de la urbanidad (Parte II, Capítulo 4): ¿Se transforma la urbanidad con el paso del tiempo o permanece estática? ¿Cómo se dan esas eventuales transformaciones? ¿Cómo cambia la

prescriptiva propuesta por la urbanidad? ¿Es posible trasgredir dicha prescriptiva? Si ello es así, ¿cómo? ¿Penetra tal conjunto de prescripciones todo el tejido social colombiano? ¿Cómo lo penetra? ¿Qué excepciones hay a la circulación de los enunciados de la urbanidad? ¿Es posible pensar en prácticas de resistencia a la urbanidad? ¿Cuáles serían estas y en qué consistirían?

Como aproximación metodológica, debe decirse que los análisis que Foucault hizo durante los años setenta corresponden a un método particular de trabajo llamado genealogía. Esta puede concebirse básicamente como un modo de abordar el conocimiento histórico. Sin embargo, su propósito no es hacer historia⁴ en tanto investigación sobre hechos pasados; más bien, la genealogía toma la historia como herramienta que sirve para otros tipos de análisis, aunque estos tengan implicaciones históricas. Muestra de ello, es precisamente el papel que la investigación histórica cumple en *Vigilar y castigar*. En dicho trabajo, la historia de la prisión es un instrumento que sirve para el análisis particular del sujeto que emerge de ciertas prácticas disciplinarias. En otros términos, el análisis histórico se hace con el fin de estudiar al sujeto que ha sido producido en virtud de la implementación de esas prácticas. Así, la genealogía es empleada por Foucault con un fuerte sentido crítico en tanto logra mostrar las implicaciones de prácticas que *todavía* tienen lugar en la sociedad. Es en ese último sentido que, precisamente, Foucault ve la genealogía como *historia del presente*. No se trata de entender el pasado como tal, sino de entender el presente desde las particularidades que se pueden encontrar en este a partir del análisis de ciertas prácticas. Así, el análisis de dichas transformaciones, de su procedencia y de sus condiciones de emergencia da pistas que permiten avizorar al sujeto que ha resultado producido por unas prácticas determinadas.

La genealogía no se ocupa de buscar el origen de algo, ni de organizar ese algo en función de otra cosa. Eso sería concentrarse en un ejercicio lineal. Tampoco se trata de buscar la

⁴ En *Historia de la sexualidad II*, Foucault presenta una introducción metodológica (con las variaciones y el énfasis del caso en el asunto de la sexualidad). A pesar del título de la obra, no se está frente a un trabajo de historiador. En realidad, el ejercicio histórico es el protocolo de un ejercicio filosófico. En tal ejercicio filosófico se ventila el asunto del sujeto que piensa su propia historia con el fin de poder liberar al pensamiento de lo que piensa para permitirle pensar de otro modo (Foucault, 1984, pp. 7-16).

esencia de algo. Ello sería como añadir fe a la metafísica, cuando – en realidad – un genealogista debe ocuparse de escuchar la historia para, así, darse cuenta de que detrás de las cosas hay algo bien distinto: no su secreto esencial, sino más bien su falta de esencia o la esencia; pero construida por medio de piezas extrañas a ella. Así, lo que se encuentra en el comienzo histórico de las cosas no es precisamente su identidad, sino su discordancia, su falta de origen noble y puro. La genealogía se niega a ver el origen como el lugar de la verdad. Esa búsqueda del origen termina por despreciar todos los demás episodios de la historia, los cuales la genealogía no puede desechar (Foucault, [1971] 2008, pp. 11-24).

En cuanto al estudio de la historia, la genealogía se opone a miradas clásicas o tradicionales que harían sus análisis con pretensión de objetividad. Lo anterior dejaría de lado intereses críticos y dispuestos a problematizar sobre los asuntos tratados. Igualmente, los métodos tradicionales harían exámenes lineales de los acontecimientos. En cambio, la genealogía rescata el acontecimiento singular en vez de una supuesta unidad continua. Así mismo, ve necesario dejar de lado la búsqueda de épocas tenidas por más nobles, individualidades más puras, orígenes, esencias, formas elevadas, ideas abstractas. En contraste, la genealogía apunta al análisis de situaciones en las que se pueden ver desplazamientos, discontinuidades, accidentes, contingencias, dificultades (Foucault, [1971] 2008, pp. 42-55). Igualmente, la genealogía rechaza un lenguaje aparentemente neutral y una simple descripción o narración de acontecimientos pasados, lo que impide análisis críticos.

Para terminar, el presente trabajo se quiere unir al propósito crítico de contribuir a una *ontología de nosotros mismos*. Esto implica ver la urbanidad como un conjunto de prácticas que determinaron al sujeto colombiano posterior a la independencia, y que lo apegaron inevitablemente a la tradición, la cual tuvo lugar a partir de estas mismas y lo hicieron parte de un proceso que delimitó las posibilidades del pensamiento y del ser. Por ello, este trabajo busca, en ese orden de ideas, una *toma de consciencia de sí mismo* a partir de una *interrogación sobre el pasado* que, de todas formas, tiene como objetivo la relación reflexiva con el tiempo presente. Tal reflexión implica comprometerse a interrogarse por lo

que ocurre en la realidad actual, por la naturaleza de ese presente que determina nuestra identidad (Voirol, 2006, pp. 134-135).

En ese sentido, y – a modo de introducción a la época seleccionada (1850–1920) – puede decirse que el siglo XIX colombiano estuvo atravesado por dos grandes grupos de acontecimientos de importancia política, social, económica y cultural que van unidos el uno al otro. El primero tiene que ver con el proceso de independencia, el cual puede verse, con los reparos que esto merezca, desde 1815 – año en que comienza la llamada *reconquista* española con el sitio de Cartagena de Indias –, hasta 1824 – año en que finalizaron los enfrentamientos militares en la región neogranadina –. El segundo, apunta a la formulación de proyectos de Estado-Nación⁵. Estas formulaciones son resultado de una dinámica – de acontecimientos, ideas, personas – muy difícil de rastrear por lo dispersa y conflictiva, y por las diferentes versiones acerca de su ocurrencia. Estas últimas fueron presentadas en la bibliografía por historiadores, abogados, periodistas, economistas y otros profesionales de acuerdo a intereses y estilos privados, entre otras razones a las que se une las diferentes maneras de concebir la historia y el ejercicio historiográfico⁶. En tal orden de ideas, este escrito se concentrará en ese segundo grupo de acontecimientos comprendidos en la formación del Estado-nación en Colombia, los cuales están impregnados por el lento pero evidente proceso de modernización.

No se quieren negar de ninguna manera las variaciones tan importantes ni la gran cantidad de acontecimientos y circulación de ideas tan diferentes. Tampoco se quiere negar las diversas maneras como estas complejas relaciones han sido explicadas a lo largo de décadas de producción bibliográfica. Sin embargo, por las limitaciones que proponen los

⁵ Se dice proyectos porque estos son varios. Las guerras civiles que hubo en la Colombia del siglo XIX y las consecuentes promulgaciones de nuevas Constituciones dan cuenta de ello. La aparición de una nueva Constitución parece marcar la pauta del surgimiento de un nuevo proyecto de Estado-Nación. Además, cada nueva Constitución del siglo XIX colombiano fue redactada, o mantenida, por la agrupación política y militar vencedora en la guerra civil correspondiente (Valencia Villa, 2010).

⁶ Sobre la conformación del Estado-nación en Colombia hay una gran cantidad de textos. Al respecto, se tomaron como ejemplos los textos que incluyeran a la urbanidad dentro de su tratamiento histórico acerca de esa conformación, los que se ocuparan simplemente de la urbanidad y los que trataron ese tipo de temas alrededor de la formación del Estado-nación en Colombia con cierta inclinación, mayor o menor, a aplicar a Foucault dentro de sus propios análisis.

objetivos de este texto, sólo se recurrirá a una enunciación de los aspectos comunes de la época, los cuales son de relevancia para los objetivos de esta investigación. A la anterior razón se suma una aseveración que puede cobrar importancia para efectos de la presente investigación: la urbanidad se coló en medio de debates políticos, guerras civiles, cambios económicos, cambios sociales, hasta el punto de estar presente y vigente en todas las etapas del difícil acontecer colombiano del siglo XIX y principios del XX, incluso más allá. La urbanidad, en otros términos, ocupó un lugar discreto y destacado al mismo tiempo, lo que le permitió irrigarse como técnica de modelización en medio de la diferencia y el enfrentamiento de ideas; es como si hubiese sido un punto de acuerdo entre clases, partidos y grupos humanos. Así, la urbanidad atravesó el acontecer y la sociedad decimonónica colombiana de modo que al final parecía estar afectada sólo por su propio ideal y por su vocación de constante contemporización.

EL ARCHIVO DOCUMENTAL

La urbanidad puede definirse como aquella tecnología de poder modelizante – compuesta por varias técnicas consistentes en la implementación incesante, en la escuela, en la familia y en diferentes escenarios de la vida social, de un conjunto de reglas escritas y prácticas concretas que constituyen un código moral y un régimen de verdad – dirigida a producir sujetos-sujetados con base en los criterios estéticos y morales proporcionados por su propio saber acerca de usos sociales llamados modales. La anterior definición, que es resultado de la presente investigación, debe ser estudiada en todas sus implicaciones. Para tales efectos, lo primero será presentar el archivo que va a ser analizado por medio del presente trabajo.

Foucault redefine el archivo tradicional de la investigación histórica para integrarlo en su postulación de un “a priori histórico” que hace posible la emergencia, circulación y repetición de determinados enunciados de verdad en una época determinada (Foucault, [1969] 2010). Esa definición es la que está presente en el desarrollo de las dos partes que conforman la investigación. En este apartado, por razones de claridad para el lector, se

presenta el archivo en un primer orden discursivo, pero haciendo énfasis en su aspecto puramente documental. Entendido de esa manera, el archivo está conformado por un material que parte de distintos manuales de urbanidad y pasa por registros de hechos ocurridos durante la época ya delimitada, los cuales permiten hablar de diversas prácticas desarrolladas alrededor de la urbanidad. En tal sentido, puede afirmarse que es la filosofía, tal y como la concibe y la practica Foucault, la que primará en este escrito en términos de explicitación de prácticas que están a la base de los sistemas de pensamiento de una época.

En esta introducción se da cuenta sólo de las fuentes primarias usadas para el análisis; es decir, los manuales de urbanidad. Estos fueron los textos por medio de los cuales se esparcieron los enunciados de la urbanidad por el tejido social durante el periodo seleccionado para la presente investigación. De estos manuales se hizo una selección que obedeció a varios criterios: Primero, *su forma de escritura*; segundo, *su forma de presentación*; tercero, *la relación que estos establecen entre moral y urbanidad*, y cuarto, *el público al que iban dirigidos*.

Forma de escritura. Algunos manuales fueron escritos en forma de Código (Capítulos y Artículos), tal como el *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Antonio Carreño (1854). Otros, en forma de catecismo (preguntas y respuestas), como las *Breves nociones de urbanidad* de Rufino Cuervo (editada en tres ocasiones: 1833, 1853 y 1866). Otros fueron acompañados de cuentos, narraciones, parlamentos y poesías para reforzar sus preceptivas como es el caso de los *Principios de urbanidad para uso de la juventud* de Pío Del Castillo. Finalmente, distintos manuales fueron redactados en prosa; por ejemplo, el *Código del Buen Tono* traducido por Florentino González (1858), el *Código Social* de Manuel María Zaldúa (1891), los *Elementos de educación* de Milciades Cháves (1899), el *Savoir-vivre* escrito por una Dama Colombiana (1911) y las *Lecciones de urbanidad* de José Manuel Marroquín (4a. Edición, 1913).

Forma de presentación de los manuales. Algunos de ellos se convirtieron en libros de texto como tales y son precisamente los referenciados en el párrafo anterior. Otros fueron

grandes capítulos incluidos en volúmenes completos que trataban una a una las materias cursadas en la escuela. Por ejemplo, las mencionadas *Lecciones* de Marroquín fueron publicadas íntegramente en *El Libro del Estudiante* de José Joaquín Ortiz (1860) y en *El Institutor* de José Benito Gaitán (1870). De otro lado, el *Manual del Estudiante* de Isidro Arroyo (1864) cuenta con un *Tratado de urbanidad* como uno de sus varios capítulos. Este último está escrito en forma de catecismo. Finalmente, otros fueron publicados en periódicos. La *Urbanidad* de Carreño, por ejemplo, inicialmente salió en una publicación periódica (Londoño Vega, 1997). Por otra parte, en el periódico *La Escuela Normal* del 12 de marzo de 1883 (No. 68) salieron publicadas unas *Lecciones de Urbanidad*. De este tipo de publicaciones pueden existir muchos ejemplos que todavía no han sido ordenados y clasificados en las bibliotecas públicas del país.

Relación entre moral y religión. Todos los textos seleccionados relacionan la urbanidad con la moral y casi todos ordenan en mayor o menor medida el cumplimiento de la moral católica. Según estos textos, la urbanidad hace parte de la moral. Ello implica que actitudes como la temperancia, circunspección, moderación, prudencia al hablar, elegancia, distinción, porte, decoro, recate, entre otras, sean vistas como verdaderas virtudes morales. Igualmente, conlleva que la observancia de los preceptos de la urbanidad sea traducida en el cumplimiento de los deberes morales y no simplemente en el seguimiento de pautas de comportamiento.

Público al que estaban dirigidos los manuales. En tanto textos educativos, sus destinatarios eran, primero que todo, niñas y niños que asistían a la clase de urbanidad en sus escuelas o eran formados en estos preceptos en casa. Segundo, otros textos más elaborados y voluminosos se dirigían a adultos en general. Estos atendían más que todo a personas de clase alta por lo que enuncian más espacios, de acuerdo a la arquitectura de las casas donde tales sujetos vivían y a los sitios que frecuentaban para trabajar y entretenerse y, en ese orden de ideas, establecen más normas de comportamiento. Tercero, en particular, el *Protocolo* de Ospina, fue escrito para estudiantes universitarios, vistos por él como futuros profesionales en ascenso social.

No todos los sujetos inmiscuidos en la sociedad colombiana del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX se desplazaban por todos los espacios que enuncian los manuales en su conjunto. Lo anterior, en razón a que los niños y las niñas se desplazan apenas por los espacios de la casa, la escuela y el templo. Por tal motivo, ellos y ellas deben aprender normas sobre el comportamiento en la mesa, la escuela, la calle y el templo. Así mismo, deben únicamente preocuparse por el aseo y el vestido. De otro lado, en lo que tiene que ver con las relaciones con los demás, estos manuales solamente tratan el saludo; el trato a las visitas que llegan a la casa de sus padres o las que se hacen fuera de ellas; el estar sentados o de pie, y las conversaciones en las que se les permita participar.

Estos textos formulan algunos preceptos generales para toda ocasión. A estos se dedican las *Breves nociones de urbanidad* de Rufino Cuervo, las *Lecciones de Urbanidad* de José Manuel Marroquín y los textos educativos como el *Manual del Estudiante*, *El Libro del Estudiante* y *El Institutor*, así como los artículos publicados en periódicos educativos como *El Maestro de Escuela* y *La Escuela Normal*. Dentro de estos manuales se destacan los dirigidos exclusivamente a niñas, tal como el de Rufino Cuervo⁷ y *Máximas y preceptos de moral, virtud y urbanidad*, de Manuel María Zaldúa.

Los adultos en general se desplazan por muchos más espacios. Todos estos son enunciados por el *Manual* de Carreño, el *Savoir-vivre* escrito por Una Dama Colombiana y el *Código del Buen Tono* traducido por Florentino González. Allí aparecen enunciados más espacios del interior del hogar, como son aquellos donde se ofrecen bailes, banquetes, tertulias, reuniones. Por otra parte, aparecen espacios públicos como los establecimientos de las instituciones del aparato estatal y lugares donde se asiste a espectáculos de diversa índole. Para todos estos hay reglas, así como para el uso de una gran cantidad de objetos dentro de los que también hay algunos que cumplen con la doble funcionalidad de ser objetos y espacios a la vez; estos son los coches y carruajes.

⁷ “...yo no he visto una obra destinada *especialmente* a dar reglas de Urbanidad a las señoritas, pues todas las que se han publicado en Europa, se contraen a los hombres” (Cuervo Barreto, 1866, pág. 6).

El sujeto que busca escalar posiciones sociales y llegar así a inmiscuirse en el mundo de los negocios y de los viajes también debe aprender a comportarse en múltiples espacios. El ejemplo sobresaliente de este tipo de manual es el *Protocolo Hispanoamericano* de Tulio Ospina. Este es, dentro de los seleccionados, el manual más detallado de todos. No sólo mantiene los espacios y acontecimientos que los otros manuales ya habían establecido, sino que también agrega varios más. Los demás espacios que establece son la plaza de toros, así como hoteles, restaurantes y cafés. Los otros acontecimientos que trata son las invitaciones a comer, té bailables, paseos y días de campo y reuniones para jugar. Así mismo, habla de objetos-espacios tales como trenes y barcos. Por supuesto, el *Protocolo* de Ospina es el primero en hablar de la oficina y de todos los espacios en los que se celebran negocios.

Parte del material revela la existencia de prácticas constantes en las escuelas alrededor de la urbanidad. Primero que todo, la revista escolar bimensual *El maestro de Escuela* (Año I, Nos. 1 y 2) publicó un plan de estudios detallado, del cual hace parte la cátedra de urbanidad con los diferentes temas de la que esta se ocupaba. Segundo, en el archivo consta la citación a exámenes públicos de diversos colegios, tales como el Colegio Provincial, Colegio Paredes e Hijos de Piedecuesta (Santander), Colegio del Sagrado Corazón de Jesús y el Colegio de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Tercero, el archivo está conformado también por los *Discursos pronunciados por los alumnos del Establecimiento de Educación de Paredes e hijos en los actos públicos de 1858 y 1859*. En el volumen correspondiente a 1859 aparecen dos discursos que tratan el tema de la urbanidad. Uno se titula *Los modales finos i los sentimientos nobles puestos en accion* (sic) *constituyen la mayor parte del mérito, i son la fuente principal de la felicidad* (pp. 99-101); el otro se titula *Sobre la Urbanidad* (pp. 130-132).

Finalmente, parte del archivo está conformado por una selección de normas jurídicas expedidas en diferentes momentos del siglo XIX y principios del XX, que van de 1845 hasta 1913. Estas normas, en su respectivo tiempo de vigencia, organizaron la educación en Colombia. Además, fueron expedidas por las diferentes autoridades competentes. Es por eso que el archivo contempla normas expedidas por el Presidente de la República, el

Congreso y las Asambleas Legislativas de los Estados Soberanos. Esto último, en épocas del federalismo en Colombia. Ello refleja varios ámbitos de producción normativa en todo el rango de años. En concreto, el objeto de las disposiciones jurídicas en comento fue consagrar la urbanidad como materia obligatoria dentro de los planes de estudio vigentes entonces. Así mismo, estas ordenaron que la urbanidad fuera dictada por determinados profesores y no por cualquiera de ellos. De todas formas, prescribieron que la observancia de la urbanidad fuera incesante en cualquier momento y lugar en las escuelas del país.

En síntesis, para efectos de esta investigación, se ha seleccionado un rango de años que resulta útil para mostrar los aspectos más importantes del despliegue de la dinámica de la urbanidad en Colombia. Son, entonces, esos años desde 1845 a 1919, a los que se hará referencia de aquí en adelante. En 1845 ya empieza a verse una mayor difusión e implementación de los manuales. De hecho, el mismo Estado entra a hacer parte del asunto. Por su parte, en 1919 fue publicado el *Protocolo Hispanoamericano* de Tulio Ospina. De este interesa que traslada la urbanidad de la escuela y la familia a otros ámbitos como la universidad y el mundo de los negocios. Por eso puede afirmarse que durante el lapso establecido es posible evidenciar un recorrido importante de transformaciones de las prácticas relacionadas con la urbanidad, primero, en la producción de los sujetos ilustrados del nuevo Estado nación; segundo, en las formas comportamentales de la ciudadanía en el espacio público, y tercero, en los procesos de subjetivación ligados a las nuevas formas de individualidad que alimentan la vida íntima y familiar.

La mencionada presencia del Estado lleva a abordar el conjunto de preguntas que tienen por objetivo analizar su papel en la emergencia de los enunciados de la urbanidad en la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX. Tal desarrollo es ahora posible, ya que se ha justificado la presente investigación, delimitado sus interrogantes, hecho las aproximaciones metodológicas pertinentes y, sobre todo, se ha presentado el archivo. Ello implica entrar de lleno en el trabajo realizado.

I. EL PROYECTO CIVILIZATORIO

No es posible responder a una pregunta sobre cómo apareció la urbanidad en Colombia y cómo se desarrolló, ni definir un comienzo y un final de esta. Tampoco se puede decir que alguien en particular haya empezado a escribir sobre urbanidad y a aplicar, difundir y enseñar sus contenidos como si ese alguien fuera algo así como un claro precursor o pionero. Menos aún se pueden encontrar grandes textos que hayan respondido a la pregunta formulada anteriormente cuando ni siquiera las fuentes primarias lo hacen. En realidad, acerca de las prácticas relacionadas con la urbanidad sólo puede decirse, como resultado de la presente investigación, que estas se hallaron dispersas en el tejido social. De ese modo, de la bibliografía consultada⁸ y del mismo archivo, sólo se pueden obtener indicios. Por ello, en consonancia con Foucault, este no es un ejercicio que tenga como objetivo fundamental el origen exacto de las prácticas y los protagonistas precisos que les dieron impulso, aunque desde luego ha recopilado con cierto detalle la documentación posible (Foucault, [1971] 2008, p. 13; 23).

Este capítulo tiene como fin, esbozar el escenario general en el cual parecieron emerger y se difundieron las prácticas relacionadas con la urbanidad, desde la aparición de manuales sobre la materia, en adelante. En otras palabras, este aparte busca localizar – en términos *espaciales y temporales*, muy generales – la ocurrencia de la urbanidad en Colombia, durante un período específico de su historia, establecido con base en algunos presupuestos que se discutirán a partir de ahora.

⁸ Los textos leídos, que contienen información histórica, fueron seleccionados por su directa alusión a la urbanidad. Otros que no se dedican a investigar sobre urbanidad, sí lo hicieron, a su manera, sobre los procesos de surgimiento del Estado-nación en Colombia. Dentro de estos se destacan, por las características del presente trabajo, los que fueron elaborados bajo la luz de la lectura de algunos textos de Michel Foucault. En concreto, Julio Arias, Beatriz González, Miguel Malagón, Zandra Pedraza, Hernando Valencia y Carlos Yáñez sobresalen en esta investigación por ser autores influenciados directamente, cada uno a su modo, por Foucault. De ahí el tipo de preguntas que ellos se hicieron en lo que atañe a sus propios trabajos, el método que asumieron y los conceptos que emplearon.

Parece ser que el primer manual de urbanidad que fue publicado en territorio colombiano data de 1833⁹. Este fue escrito por el abogado Rufino Cuervo Barreto (1801-1853), padre del filólogo bogotano Rufino José Cuervo Urisarri. Sin embargo, este hecho no muestra, con precisión, los acontecimientos que giraron a su alrededor y que dieron lugar a la escritura y publicación de un Manual de urbanidad. Tampoco puede concluirse que este texto haya inaugurado de plano el asunto de la urbanidad en Colombia. Ello si se tiene en cuenta que en la época de la colonia, ya había *normas de cortesanía* que eran conocidas y practicadas de cierto modo. La cortesanía, aplicada a las cortes reales, puede decirse, *es predecesora de la urbanidad*, aplicada a un ámbito más amplio de las sociedades modernas. En ese sentido, mucho del contenido de ésta proviene de aquella¹⁰.

Si se tiene en cuenta la acotación, según la cual la urbanidad moderna del siglo XIX resultó de la transformación de las prácticas de la cortesanía real de tiempos anteriores; si se tiene en cuenta que esa urbanidad del siglo XIX también se fue transformando; si se quieren ver todas las continuidades y discontinuidades en la urbanidad, tan variante y tan estática a través de su historia en Colombia, tendrían que abarcarse cerca de ciento ochenta años de historia local. Es más, si se quisiera empezar tal análisis por el estudio de la cortesanía, tendría que echarse mano a gran parte de la historia colonial. Esta aclaración simplemente es una manera de ubicar la investigación en una tipología de la urbanidad que tenga en cuenta las diferentes épocas de la historia colombiana: la cortesanía de la época colonial, la urbanidad modelizante del siglo XIX, y la que se desarrolla a partir de la tercera década del siglo XX.

Cualquier de estas formas de urbanidad, entendida como mecanismo de subjetivación, tiene lugar en un escenario general que sirve de campo enunciativo. El escenario particular de la

⁹ Esta apreciación es expresada en igual sentido por Patricia Londoño en su artículo *Cartillas y Manuales de Urbanidad y del Buen Tono* (1997); y en su libro *Religión, cultura y sociedad en Colombia*; y por Zandra Pedraza en su texto *En cuerpo y alma* (2011, 3a. Ed.). El texto de 1833 fue escrito por Cuervo para ser enseñado en el Colegio de la Merced de Bogotá, institución educativa femenina fundada por él mismo. Años después, en 1853, apareció una nueva edición en la cual Cuervo escribió una especie de prólogo cuya fecha es del 19 de abril de 1853. Esto fue tiempo antes de su fallecimiento, ocurrido el 21 de noviembre de ese mismo año. Posteriormente, en 1866, apareció una edición que parece haber conservado las correcciones y adiciones que Cuervo hizo para la edición de 1853.

¹⁰ Algunos de los manuales señalan que la urbanidad proviene de la cortesanía, como el *Manual* de Carreño, el cual nombra la expresión *cortesanía* en varias ocasiones (Carreño Muñoz, 1854, p. 6; 13; 34).

Colombia de la segunda mitad del siglo XIX está rodeado por un conjunto de circunstancias a las que es posible aproximarse desde la idea de la construcción del Estado independiente. A los enunciados de la *tecnología modelizante de la urbanidad*, que es el objeto de este estudio, les corresponde ese contexto específico de emergencia y circulación de sus enunciados. De hecho, la urbanidad también puede verse como productora de sociedad en la medida que implementa mecanismos de homogenización del tejido social alrededor de ciertos estándares morales y comportamentales. La paradoja es que dichos estándares pretenden imponerse en una sociedad mestiza con un alto grado de componentes indígenas y negros, cuyas tradiciones son consideradas claramente negativas como posibles componentes de esa nueva sociedad.

Tras la independencia y con la construcción del nuevo Estado-nación, los colombianos, de entonces, pensaron en ser decididamente diferentes a lo que fueron sus antepasados de la época de la colonia¹¹. Allí cobra relevancia el papel preponderante que iba a adquirir la educación en este nuevo emprendimiento de ser civilizados. A través de la educación se iba a civilizar a quienes no lo eran. Aquellas personas que, sin lugar a dudas, querían escalar posiciones sociales y querían inmiscuirse en las nuevas dinámicas sociales. Ese propósito educativo, presentado apenas enunciativamente, era concebido como un interés de todos los colombianos y grandes esfuerzos se llevaron a cabo, durante la época en cuestión, por materializarlo; por hacer de Colombia un Estado civilizado (Pedraza Gómez, 2011, pp. 27-32). Siendo la urbanidad un dispositivo especialmente apto para esa tarea, se entiende por qué la construcción del Estado-nación en Colombia, durante la segunda mitad del siglo XIX, se puede considerar como el contexto general en el que emergieron y circularon los enunciados de la urbanidad. En ese contexto esbozado hasta aquí está ubicada la emergencia y las continuidades y discontinuidades externas del nuevo proceso de subjetivación agenciado a partir de los manuales de urbanidad y de las prácticas concretas que giraron alrededor de su difusión.

¹¹ Esta no fue una decisión absoluta, pues escritos de la época muestran que también hubo un esfuerzo por crear identidad nacional, a partir del pasado colonial español. Ese pasado común parecía aglutinar a las personas a su alrededor, por lo que algunos consideraban que no debía desecharse (Arias Vanegas, 2007, pp. 11-14).

El nuevo sujeto civilizado debía ser apto para vivir la nueva vida exigente de la modernidad. Las nuevas exigencias giraban alrededor de la necesidad de asumir la vida de un Estado independiente de una manera adecuada. De esa forma, esos sujetos tendrían que estar listos para asumir un modo de vida moderno que implicaba un nuevo diseño político-institucional, una nueva economía, un nuevo diseño arquitectónico de las ciudades y la llegada de nuevos objetos a la vida cotidiana de las personas, además de la nueva condición de ciudadanos y no de súbditos. Allí parece emerger la urbanidad, como conjunto de prácticas que iban a permitir educar a las personas para que estas lograran vivir de una manera adecuada a ese nuevo entorno.

A continuación, se aborda el proyecto civilizatorio que anima la construcción del nuevo Estado nación, teniendo en cuenta tres aspectos centrales:

- (i) El papel de la urbanidad en la construcción de ciudadanía y, en particular, de la élite colombiana durante el siglo XIX.
- (ii) El impulso jurídico a la circulación de los enunciados de la urbanidad a través de la instrucción pública.
- (iii) Al final, se discute la tesis según la cual el Estado es la fuente privilegiada para la explicación de ese proceso.

1. LA URBANIDAD COMO INSUMO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDADANÍA

Los enunciados de la urbanidad circulan dentro del contexto de la formación del Estado-nación colombiano, aunque su difusión sobrepase el puro establecimiento de un orden jurídico y político-institucional. En otras palabras, la urbanidad es parte importante de ese gran proyecto por hacer de Colombia – que se acababa de independizar de España – un Estado-nación.

Los proyectos de Estado-Nación en Colombia parecen relacionarse con varios aspectos. De ellos pueden tomarse dos que lucen como principales para poder definir lo que estos

proyectos son. Un primero, puede denominarse de diseño institucional, en términos políticos y jurídicos, del nuevo Estado. Un segundo, puede denominarse de modelización del cuerpo de personas que iban a habitar en el territorio de ese Estado bajo los nuevos parámetros.

El nuevo Estado-Nación colombiano requirió del diseño de instituciones políticas que sustituyeran las del régimen colonial español dejado atrás como resultado de la consolidación del proceso de independencia (Safford, 1992, p. 92). Estas instituciones corresponden a las mismas diseñadas para los nuevos Estados modernos europeos y a los Estados Unidos de América, por cuanto este diseño institucional era el que estaba en boga en la época.

Las noticias sobre la revolución en Norteamérica y en Francia no tardaron en llegar a la Nueva Granada de finales del siglo XVIII. En ese orden de ideas, los contenidos revolucionarios fueron cruciales en el proceso de independencia y, luego, en el trazo de los primeros diseños institucionales del nuevo Estado bajo la inspiración francesa y norteamericana. Los precursores del Estado colombiano siguieron más atentamente el modelo francés, incluso, en su idioma original, el cual muchas de estas personas conocían perfectamente a contrario del inglés. Dicho modelo, en pocas palabras y con las variaciones del caso entre un proyecto y otro, resulta plasmado en instituciones jurídico-políticas que parten de la escritura de una Constitución, y la expedición de unas leyes, en la cual estuviesen consagrados el régimen político de la democracia, por demás representativa; la soberanía popular; un sistema de gobierno presidencial; un poder público partido en tres ramas (ejecutiva, legislativa, judicial) y sometido al imperio de la ley; unas libertades públicas que respondan a la distinción entre lo público y lo privado, entre otros aspectos¹².

Las libertades públicas iban a ser gozadas por los ciudadanos. Debía definirse, por supuesto, quiénes serían ciudadanos. Esos ciudadanos serían los que iban a ser parte del nuevo Estado y serían, de ese modo, los que lo conducirían o no por los caminos del

¹² Hernando Valencia Villa, desde una perspectiva de Foucault, analiza la implementación del liberalismo político en Colombia. Éste liberalismo se caracterizaba por incorporar a la vida política de las comunidades los presupuestos enunciados anteriormente (Valencia Villa, 2010).

progreso. En términos comunes, la lenta y compleja conformación del cuerpo ciudadano trajo consigo varios asuntos:

- El primero es la partición binaria campo-ciudad. Los ciudadanos estarían en las ciudades, mientras en los campos estarían los labriegos, todos ellos, iletrados ignorantes.
- En segundo lugar está el proceso de diferenciación entre ciudadanos y otros. Los otros no sólo son los campesinos, sino también los indígenas, los negros, los esclavos, además de los niños y las mujeres. De todos modos, la mujer tendría un papel preponderante en el difundir y poner en práctica los enunciados de la urbanidad en su calidad de madre. Ello, dentro de las diversas labores que ésta tenía que hacer para educar sus hijos, quienes serían los nuevos ciudadanos continuadores del proyecto de Estado (Hensel Riveros, 2008, pp. 20-22).
- En tercer lugar, está una sociedad que se percibe a sí misma como bárbara (González, 1858, p. V). Como resultado, esa barbarie tendría que civilizarse. De ese modo, hábitos, ideas y sensibilidades tendrían que ser moldeados. Por esa razón, en el cuerpo civilizado no cabrían sujetos incontinentes: estridentes, ruidosos, que gritaran, se rieran a carcajadas, expresaran sin inhibiciones lo que pensarán, dieran rienda suelta a sus pulsiones sexuales, iras y excreciones y secreciones corporales.
- En cuarto lugar, el modelo de ese nuevo sujeto a producir estaría en Europa, más exactamente en Francia, gran ejemplo del mundo civilizado.
- En quinto lugar, está el afán por superar lo colonial no sólo en lo institucional, sino también en costumbres y pensamiento de las personas. Ese nuevo sujeto, denominado ciudadano, era hombre, titular de propiedades privadas, letrado, con acceso al voto, productivo económicamente, con cuantiosa renta y destacado por su urbanidad (González Stephan, 1994, 1996).

Se necesitaba, para la época, de nuevos sujetos que fuesen hábiles para desempeñarse en ese nuevo mundo moderno al que se abría no sólo Colombia, sino también todos los nuevos estados latinoamericanos. Ese nuevo sujeto lo sería para desempeñarse adecuadamente

como ciudadano en un Estado naciente que había adoptado la institucionalidad política liberal moderna. Esos nuevos sujetos habrían de ser educados por las instituciones de instrucción pública y por sus madres para continuar con la labor de hacer-Estado (Hensel Riveros, 2008, pp. 18-25). Para que la madre pudiera educar con tales propósitos morales y políticos, la primera a quien se le debería garantizar la libertad, sería a ella (Alumnos del Establecimiento de Educación de Paredes e Hijos, 1859, pp. 86-87).

El nuevo Estado tenía ahora a la mano el imperativo europeo francés y los nuevos tráfico comerciales que superaron el exacerbado proteccionismo colonial. Estos dos fenómenos, relacionados el uno con el otro, trajeron consigo la aparición de nuevos objetos y lugares que había que aprender a utilizar (Londoño Vega, 1997). Tras dicha situación emergió una sensación de necesidad de adaptarse a los estándares que el mundo moderno estaba imponiendo en la época. Esos nuevos objetos no podrían usarse de manera intuitiva y esos nuevos lugares no podrían frecuentarse del mismo modo que se asistía a los sitios ya conocidos desde la época colonial (González Stephan, 1994, pp. 433-434; 439-440, 1996, p. 18).

Los importantes cambios económicos que se desarrollaron durante la época implicaron la apertura de aquella Colombia de entonces, a los mercados internacionales. Más concretamente, el país entró en la dinámica de las importaciones y las exportaciones. En cuanto a las importaciones, puede decirse que de ellas se derivaron dos consecuencias, vistas, únicamente, desde la perspectiva de la presente investigación: la primera, la intensificación de la riqueza en las clases altas; la segunda, la aparición de nuevos objetos traídos desde Europa. Estos dos asuntos parecen haber sido determinantes en la emergencia y proliferación de *prácticas relacionadas con la urbanidad*. Esos nuevos objetos se insertaron gradualmente en las costumbres de los colombianos de entonces, lo cual produjo cambios en la percepción que estas personas tenían del gusto (Londoño Vega, 1997).

A la Colombia del siglo XIX no sólo llegaron nuevos objetos, sino también nuevas formas de organizar las ciudades y nuevos lugares que iban a quedar en esas nuevas urbes modernas. Esos lugares iban a cambiar las costumbres de los miembros de una población

que sólo conocían los viejos espacios que la época colonial les había puesto a la mano. Con la traída e implementación de esos nuevos sitios se quería insertar en la nación emergente una nueva idea de cultura. La aparición de esos nuevos espacios traía consigo una nueva distribución y apropiación de los sujetos en ellos, pues esos espacios tanto en lo público (plazas, calles, parques, teatros, entre otros) como en lo privado traían sus propios espacios muy bien delimitados, de acuerdo con la arquitectura y el diseño de las residencias modernas. Así, aparecieron teatros y otros lugares de entretenimiento; restaurantes, cafés y otros lugares de reuniones sociales; hoteles, edificios públicos, escuelas, universidades, avenidas, calles. Estos debían utilizarse, de una manera adecuada, y con el objetivo cultural para el que fueron creados (González Stephan, 1994, pp. 432-435). Por supuesto, la urbanidad, a la par del nuevo urbanismo, ya hablaba, en aquel tiempo, de aquellos lugares que ninguna persona educada debería visitar: prostíbulos, chicherías, ciertos lugares de juego, e incluso cárceles, manicomios, leprocomios y otros lugares donde fuese latente la podredumbre humana (González Stephan, 1996, pp. 20-22; 42-43).

Tras el panorama hasta ahora trazado, es posible profundizar en un rasgo importante del siglo XIX colombiano, el cual tiene que ver con el afán de civilización. Una primera característica del proyecto civilizador de la cual se puede echar mano es la de la idea de la preponderancia de las ciudades sobre el campo. La literatura¹³, la historiografía y los mismos manuales de urbanidad muestran cómo el sujeto ideal civilizado se oponía al campesino. El campesino era asociado con lo inculto, lo grosero, lo tosco¹⁴.

¹³ Las piezas de literatura colombiana donde se habla de las personas de buenos modales se pueden encontrar en la novela costumbrista. Patricia Londoño cita como ejemplo la novela *Grandeza* de Tomás Carrasquilla (Londoño Vega, 1997, 2004). Por su parte, Zandra Pedraza cita la novela *María* de Jorge Isaacs y *Manuela* de Eugenio Díaz Castro (Pedraza Gómez, 2011). Es de mencionar que *Reminiscencias de Santa fé y Bogotá*, de José María Vergara y Vergara, así como *Las tres tazas*, del mismo autor, son dos ejemplos del costumbrismo literario, en el cual se pueden encontrar referencias a ese sujeto ideal que, entre otras cosas, goza de amplio reconocimiento por su urbanidad. Igualmente, llama la atención los ejemplos que trae Carlos Yáñez, quien afirma que obras de Tomás Carrasquilla, como *Frutos de mi tierra*, *La marquesa de Yolombó*, *Hace tiempo*, *Grandeza*, y *Ligia Cruz*, si bien son costumbristas, de todas maneras son críticas del proceso civilizatorio en Colombia (Yáñez Canal, 2010, p. 42).

¹⁴ “La urbanidad, propiamente dicha, es la manera de conducirnos en la sociedad, para hacernos agradables a todos, conservando la mejor armonía en el ejercicio de las virtudes sociales. La palabra *urbanidad* es la españolización de otra palabra latina (*urbanitas*), derivada de *urbs* (ciudad), i se contrapone a la de *rusticidad* (*rusticitas*), derivada de *rústicus* (rústico, campesino, agreste, inculto, grosero, tosco); porque entre los romanos el hombre de la ciudad, o urbano, era el de pulidas maneras i buen tono, mientras acontecia [mientras

De forma contraria, el habitante de las ciudades se alejaba de las familiaridades vulgares propias del campesino y así era hombre de mundo y culto. Ésta parece ser la primera definición de la diferenciación. Se suponía que el proyecto civilizador tendería a lograr que Colombia no se viera víctima de la heterogeneidad; pero este proyecto lo primero que hace es diferenciar (Arias Vanegas, 2007, pp. xiii-xx) y, de ese modo, excluir al campo del proyecto general de civilización del país. Los manuales ven en las diferencias sociales – de clase, raza, regionales – algo peligroso que la urbanidad puede combatir¹⁵; pero los manuales mismos insisten en establecer particiones binarias constantes que se derivan de una primera: civiles-urbanos e inciviles-campesinos.

Los manuales de urbanidad, en sí mismos, son útiles para ahondar un poco en los aspectos explicados en los tres párrafos anteriores. El manual de Rufino Cuervo Barreto, concibe que la urbanidad es la corteza de la civilidad (p. 6). Por su parte, José Antonio Soffia, afirma en su prólogo, que data de febrero de 1886, a las *Lecciones de Urbanidad* de José Manuel Marroquín, que la sociedad moderna no puede creer que haya llegado a niveles de civilidad suficientes como para no tener que educar a los niños. Si ello fuese así, se instruiría; pero no se educaría (p. 4).

De ese modo, parece ser viable aseverar que la enseñanza de la urbanidad debe ser constante para asegurar que los sujetos sean civiles generación tras generación; esa tarea, al parecer, nunca acabará. Ello por cuanto la mala educación está perfectamente insertada en las costumbres de los individuos. En esos casos, la urbanidad está a la mano para corregir esos errores tan comunes y frecuentes. En cuanto a tales errores, Soffia ve en los autores de los manuales de urbanidad a finos observadores de esas costumbres presentes en los

acontecía] todo lo contrario con el campesino o rústico. Por una etimología [etimología] semejante a la de la palabra *urbanidad*, esta se denomina igualmente *civilidad*, de *cívitas* (ciudad también)” (Cursivas dentro del texto) (Arroyo, 1864, pág. 203).

¹⁵ En el prólogo de sus *Breves nociones de urbanidad*, Cuervo dice lo siguiente: “i aunque [este *tratado*] no tuviera por otra parte más ventaja que uniformar los usos sociales en un país como el nuestro, en que todo es heterojeneo [heterogéneo], empezando por el hombre i acabando por el clima; yo bendeciría al cielo por haberme otorgado la dicha de haber contribuido en algo a la educación de la juventud” (Cuervo Barreto, 1866, p. 7).

demás¹⁶. De otro lado, Tulio Ospina, años después, considera que “suavizar las maneras es contribuir a la felicidad y educar es civilizar” (p. V). Esto es más cierto, sobre todo, cuando muchas personas se elevan en la modernidad a posiciones sociales que requieren más cultura y urbanidad. Entonces, ser de una clase social alta obliga a tener mejores modales, según esta concepción.

De los varios ejemplos que se pueden encontrar en los manuales de urbanidad acerca de la preocupación por la entrada de la sociedad colombiana de la segunda mitad del siglo XIX en una modernidad civilizada, parece sobresalir el prólogo que Florentino González redactó para la traducción que él elaboró del *Código del Buen Tono* de Alfredo De Meilheurat. Dicha introducción se puede resumir en varias afirmaciones, las cuales sirven para respaldar lo analizado hasta el momento. Además, estas merecen el comentario particular que les corresponde, de acuerdo a lo que persigue el presente estudio¹⁷. Primero, para Florentino González, la civilización parece hallarse fuera de Colombia. Es por eso que el hombre civilizado que visita, incluso toda Hispanoamérica, no solamente Colombia, podrá encontrarse con que la urbanidad no ha sido difundida entre las personas. Por tal razón, parece ser que para el político en mención, Colombia no es un Estado civilizado¹⁸. Segundo, es una falla que los gobiernos se hayan preocupado solamente por asuntos políticos y se hayan olvidado de la urbanidad. En ese sentido, para González, la difusión e implementación de la urbanidad también es asunto de Estado. Tercero, es por eso que si se promueve la urbanidad por parte del Estado, se está contribuyendo a que las personas

¹⁶ Soffia ve a José Manuel Marroquín “convertido momentánea y donosamente en fotógrafo, dirigiendo el antejo de su improvisado aparato á los desprevenidos vecinos de nuestra apacible capital, para obtener perfectas miniaturas que, aunque disfrazadas, aparecen tan exactas entre un claro-oscuro y un perfil maliciosamente tomado, que todos nos vamos viendo rápidamente diseñados en aquella curiosa galería” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 4).

¹⁷ Es necesario aclarar que éste mismo análisis, con las variaciones del caso, del prólogo escrito por Florentino González, aparece también en mi trabajo para optar al título de Magister en Derecho.

¹⁸ “Creo, sin embargo, que no faltará tiempo para instruir a la juventud, no solamente en los principios políticos que sirven de base a la buena organizacion [organización] de las sociedades, sino tambien [también] en los que deben conocer los ciudadanos para hacerse miembros agradables de las mismas sociedades, i cultivar las relaciones privadas con ese comercio de atenciones simpáticas que, al mismo tiempo morijeran [morigeran] al hombre, contribuyen a dar a un país la fisonomía de la civilizacion [civilización]” (González, 1858, p. V).

adquieran aquellos modales que hacen especial el trato social¹⁹. Cuarto, la urbanidad da a los Estados que la practican la morigeración²⁰ de las personas y la fisonomía de la civilización. De esta forma, podría decirse que la urbanidad contribuye a la formación de un cuerpo individual que, según González, se relaciona amablemente con los demás, y de un cuerpo social, que permite concluir que un Estado es o no civilizado. En conclusión, son las afirmaciones más importantes de González en lo que tiene que ver con la civilización y la labor del Estado de promoverla.

En cuanto a *la relación entre urbanidad y ciudadanía*, Florentino González da pistas para poder pensar en ella. Para González, la urbanidad es la que puede conservar el orden en una sociedad republicana que se caracteriza por cuanto todos los sujetos que viven en ella son reyes²¹. De tal comparación puede entenderse que con las revoluciones independentistas, los habitantes de los territorios de un gobierno dejaron de ser súbditos y pasaron a ser ciudadanos con todo lo que ello implica: participación activa en la vida política de los Estados, derechos y libertades públicas a su favor, deberes de los gobernantes para con ellos, etc.

Esta nueva posición posiblemente haga de esas personas reyes si se le compara con su antigua situación. De ese modo, en Colombia, que ha salido de depender de España, sus habitantes ya no son súbditos de una corona, sino ciudadanos de un nuevo Estado, creado a partir de ese pensamiento que inspiró aquellas revoluciones. Es por eso que el político en mención piensa que ser republicano implica ser de un nivel más elevado que un súbdito, sujeto característico de otros regímenes políticos, precisamente por la nueva posición de ciudadano que empezaron a gozar las personas a partir de los cambios que trajo la democracia liberal moderna. Es por eso que este nuevo tipo de sujeto está obligado a ser de buen tono, asunto este que deja ver que la urbanidad sí se veía como parte importante de la conformación de un cuerpo social distinto para vivir la nueva época, como se dijo atrás.

¹⁹ Con seguridad, esta afirmación puede ser relacionada con el asunto de las llamadas virtudes cívicas. De éstas se ha hecho cierta mención hasta el momento; pero se ahondará en ello en el capítulo siguiente.

²⁰ Puede entenderse por morigeración a una cierta moderación en las costumbres.

²¹ “En América, casi todos somos republicanos. En la República cada individuo es una potencia; todos somos reyes. Pero esta noble posición en que todos nos encontramos, hace más necesario el régimen de las leyes de la urbanidad, que es el que puede conservar el orden en una sociedad semejante” (González, 1858, pp. V-VI).

Otro aspecto a partir del cual se puede pensar *la relación entre urbanidad y ciudadanía* consiste en que, de acuerdo con González (p. VI), en una sociedad republicana no se puede legislar sobre todos los asuntos, razón por la que es necesario que los sujetos se pongan de acuerdo para ellos mismos observar las normas de urbanidad. La duda que queda es si en verdad los sujetos se han puesto de acuerdo para establecer normas de comportamiento o si la proliferación de éstas obedece a otro tipo de esfuerzos, más de índole disciplinario.

Por último, González comenta que los Estados Unidos del Norte son ejemplo en sus instituciones políticas, las cuales refieren al ámbito de lo público; pero no lo son en sus buenos modales, de ahí que se deban tomar modelos distintos para regular el ámbito de lo privado. Allí parece cobrar relevancia, nuevamente, lo francés, Estado del cual proviene la obra traducida. En la época era más factible ver en Francia el ejemplo más importante de la civilización. De hecho, la urbanidad traída a Latinoamérica proviene más de los manuales franceses que de los ingleses²². Es más, como ya se ha dicho el francés era la segunda lengua hablada por las personas de la clase alta latinoamericana. En nombre de todo lo anterior, el político mencionado señala que aunque mucho han mejorado los granadinos en cuanto a buen tono, es necesario seguir progresando en ello para llegar a la perfección. Es por eso que padres y profesores deben inculcar en sus hijos los principios de la urbanidad. Así termina la introducción analizada hasta ahora (González, 1858, pp. VII-VIII).

Otro buen ejemplo es el siguiente: Manuel María Zaldúa, hermano del presidente liberal radical Francisco Javier Zaldúa, publicó en 1891²³ su obra *Código Social. Máximas y preceptos de moral, virtud y urbanidad para instrucción, uso y provecho de mis adoradas hijas*. En principio, esta obra estaba destinada a su uso privado al interior del hogar de Zaldúa. Sin embargo, él cuenta en el prólogo del libro que algunos de sus amigos le sugirieron publicarlo con el fin de que fuera de utilidad para quienes lo leyeran.

²² “[A]doptad el medio de buen tono que os dan ejemplo los usos del gran mundo parisiense” (González, 1858, p. 68).

²³ La publicación data de esa fecha; pero la licencia eclesiástica fue otorgada en 1881.

Según Zaldúa, la urbanidad hace parte de la moral y sin toda esta no puede haber orden, felicidad ni paz. Igualmente, en esta se puede hallar la fuente de los principios constitutivos y conservadores de la sociedad. En la urbanidad están las reglas que enseñan a los sujetos a conducirse precisamente en esa sociedad con la decencia, decoro y moderación que distinguen al sujeto culto y civilizado (p. 15). El sujeto civilizado es, entonces, moderado.

Para Zaldúa es preferible el comportamiento excesivamente ceremonioso que los desmanes y desaciertos del sujeto incivil, caracterizado por la extemporánea y ridícula familiaridad con la que trata a los demás (p. 25). Esa familiaridad no permite distinguir, como lo hace un sujeto civilizado, las desigualdades legítimas y racionales²⁴ que existen entre las personas, lo cual exige un trato diferenciado que sólo la urbanidad puede enseñar (p. 28). Por otra parte, es incivil el sujeto que se deja llevar por los afanes del diario vivir y, por esa razón, actúa frente a los demás con mal humor y discordia (p. 33-34). Son inciviles, en general, todos los sujetos que van en contra de las reglas de urbanidad (p. 36).

Esta idea de incivilidad abre otro aspecto de análisis: la relación, y también la no relación, entre *política y urbanidad*. El político colombiano, Esteban Jaramillo, dijo en uno de sus artículos publicados en la revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, titulado *Urbanidad, educación e instrucción*, que la educación – dentro de la cual entraba la urbanidad – no era asunto de partido político, sino una preocupación de todos los colombianos por igual, quienes tenían no sólo el derecho, sino el deber de saber qué se enseña, cómo se enseña y quiénes enseñan (Jaramillo, 1942, p. 147). Esa afirmación de Jaramillo parece resumir los hechos que se dieron durante la época seleccionada y durante tiempos posteriores acerca de la urbanidad. En ningún momento se vio que la urbanidad haya sido parte del programa de un partido político y no de otro. Incluso, las normas jurídicas sobre urbanidad producidas durante el rango de años a discutir en el presente escrito no fueron propias de un gobierno u otro. Varios de esos enunciados normativos se mantuvieron con el paso del tiempo y se llevaron de un proyecto de Estado-nación a otro.

²⁴ Por estas puede entenderse a las diferencias de edades, cargos civiles o eclesiásticos, posición social, relación entre hombres y mujeres.

En pocas palabras, las grandes discusiones políticas y las diversas y difíciles complejidades económicas, sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX no impidieron que la urbanidad se difundiera y surgieran cada vez más prácticas alrededor de esta.

Patricia Londoño Vega sostiene que a pesar de lo diferente que era la mirada liberal respecto de la conservadora en lo que tiene que ver con lo que hoy en día se conoce como la influencia de lo europeo en la construcción del Estado-nación colombiano, miembros de uno y otro partido coincidían en su fascinación por la moda, la noción de gusto y la etiqueta de Europa; así como en asuntos que ambas colectividades políticas asimilaban a la cultura, tales como el civismo, los movimientos literarios, la temperancia, los clubes sociales y las bibliotecas públicas. Por supuesto, ello incluía la urbanidad (Londoño Vega, 2004, pp. 250-251). De ese modo, diferentes agrupaciones de personas, así como los partidos, contribuyeron notoriamente en la difusión de los enunciados de la urbanidad.

En otras palabras, el efecto político de la urbanidad que nos interesa señalar no tiene que ver con el partidismo político, sino con la clase que ubicada en la cúspide de la sociedad busca distinguirse de las demás por la vía de la encarnación del modelo que propicia la urbanidad. En ese sentido, la incivilidad crea un afuera de lo sociable, en la medida en que generalmente se le endilga a grupos e individuos cuyo comportamiento no se compadece con las prescripciones del manual. Esos grupos e individuos, ‘naturalmente’, quedan por fuera de la élite que la urbanidad ayuda a distinguir y a conformar. Sin embargo, ese no es el único criterio que acompaña la civilidad. O mejor, ese criterio no es suficientemente explicativo sino se lo complementa con los criterios de raza que están a la base de esa distinción. En ese sentido, el proyecto civilizatorio lucha contra el incivil por cuanto este pertenece una clase-raza que se opone a sus objetivos. Se gesta, así, un enfrentamiento entre razas. Para evitar la biologización del concepto de raza, se han seguido los argumentos de Foucault, con la intuición que una noción de clase-raza puede ser más útil en este caso (Foucault, [1976] 2000).

Tras formular la pregunta por el surgimiento del discurso histórico-político de la guerra y hacer algunas reflexiones al respecto, Michel Foucault termina por afirmar que: *la sociedad está recorrida, de un extremo a otro, por el enfrentamiento entre razas* (Foucault, [1976] 2000, p. 63) Ese parece ser el gran discurso del poder y, además, la forma del rostro y los mecanismos de guerra social a partir del siglo XVII. La guerra tiene la forma precisa de una guerra de razas y el discurso de la guerra gira alrededor del enfrentamiento de una raza que es única y verdadera contra otras que no lo son por sus diferencias de etnia, idioma, fuerza, vigor, energía, violencia.

Esa raza única y verdadera es la que posee el poder y la norma, sobre todo, contra los que se desvían y constituyen otros peligros. De ahí que esa raza sea la que haya producido discursos biológicos sobre la degeneración y haya creado instituciones que dentro del cuerpo social hagan funcionar el discurso de razas como principio de eliminación, segregación y normalización. De acuerdo con lo expuesto anteriormente, es posible decir que ese racismo es uno muy especial que la sociedad ejerce sobre sí misma; un racismo interno, de purificación permanente. Un racismo que aleje la barbarie; que dé lugar a defender la sociedad de todos estos peligros (Foucault, [1976] 2000, pp. 62-66).

El gran adversario de esa sociedad que busca su pureza de raza –y luego, a partir de mediados del siglo XIX, de clase– es el bárbaro. El bárbaro se define sólo con respecto a una civilización, de la cual, por supuesto, no hace parte. No hay bárbaro si en alguna parte no hay un punto de civilización respecto del cual, dicho bárbaro es exterior. Así entra en la historia como el que se opone a la civilización. Es de ese bárbaro del que hay que defender la sociedad, para que la civilización persista (Foucault, [1976] 2000, pp. 180-182). El punto es que son los indios, negros, mestizos los que aparecen como los bárbaros que impiden el proceso civilizatorio que se proponen las élites a cargo de construir el nuevo Estado nación.

En resumen, los enunciados de la urbanidad emergen y circulan en la época de formación del Estado-nación colombiano. Ese proyecto de Estado no es sencillamente jurídico-institucional. La construcción de un nuevo Estado involucra la producción de un nuevo tipo

de sujeto. Ese nuevo sujeto era el que debía abrirse a la modernidad que estaba llegando a Colombia. Tal modernidad exigía, según la concepción bajo análisis, de un modo de vida en particular. Dicho modo de vida parecía encontrarse en la urbanidad. De esa manera, había que poner a circular esos enunciados. Un agente impulsor de esa circulación es el Estado, el cual actuó por medio de múltiples agentes a partir de unos primeros parámetros dados por las normas jurídicas.

2. LA CIRCULACIÓN DE LOS ENUNCIADOS DE LA URBANIDAD IMPULSADOS POR NORMAS JURÍDICAS SOBRE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En ese gran proyecto de crear un Estado moderno conformado por sujetos civilizados, cobra lugar la aparición de la Universidad y la compleja estructuración de la escuela primaria, espacios en los cuales resultan ampliamente difundidos los enunciados de la urbanidad. La Escuela Pública y luego la Universidad empezaron a ser espacios privilegiados de circulación de los enunciados de la urbanidad.

En la Escuela de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX – y hasta no hace mucho, tanto en colegios públicos como privados – *existió la cátedra de urbanidad*. Esta clase fue ordenada por el propio Estado a través de las normas jurídicas pertinentes. Por supuesto, con base en estas fueron organizados los diversos planes de estudio, los cuales contemplaban la materia denominada generalmente “urbanidad”²⁵. Además, la urbanidad era un imperativo a seguir en cualquier materia y en cualquiera de los espacios específicos de la escuela. Al final de año se celebraban certámenes públicos en los cuales se evaluaban los conocimientos de urbanidad de los estudiantes²⁶ y tenían lugar ceremonias de clausura en las

²⁵ En la revista escolar bimensual *El maestro de Escuela* (Año I, números. 1 y 2) fue publicado un plan de estudios en el que aparece la clase de urbanidad y sus diferentes temas. Esta revista circulaba en el Departamento de Cundinamarca bajo la dirección del Secretario de Instrucción Pública.

²⁶ En el archivo de la presente investigación consta la citación a exámenes públicos del Colegio Provincial, así como la citación (20 a 31 de octubre de 1859) del Colegio Paredes e Hijos de Piedecuesta (Santander), el cual va acompañado del programa de cada materia. Por otra parte, la citación a los exámenes del año 1850 del

que algunos alumnos pronunciaban discursos sobre las diferentes materias aprendidas en el año, dentro de las cuales se encontraba la urbanidad²⁷. De esa manera, si todos los estudiantes eran educados en tal código de conducta, el país entero, generacionalmente, estaría entrando en el proceso de “ser una nación educada”. Así se lograría la Civilización en un Estado en formación que estaba lejos de tal condición de civilizado.

Por supuesto, el modelo de ese mundo civilizado no estaba en Colombia. La urbanidad tomó como fuente a los manuales franceses. En algunas oportunidades, fueron traducidos al español manuales elaborados por escritores franceses²⁸. En otras ocasiones, escritores colombianos y latinoamericanos, se basaron en manuales franceses para componer sus propios manuales. A esa búsqueda de la civilización se unió el Estado, por medio del derecho, el cual cumplió un papel muy importante en este proyecto. Durante la segunda mitad del siglo XIX fueron expedidas diversas normas jurídicas que tenían por objeto general la construcción de un sistema educativo en Colombia, dentro del cual se encontraba la enseñanza de la urbanidad en las escuelas.

Con la expedición de la Ley de 2 de mayo de 1845 y de su respectivo decreto reglamentario, los enunciados de la urbanidad comenzaron a circular por el tejido social colombiano con mayor fluidez. El mencionado decreto reglamentario de la Ley de 2 de mayo de 1845 fue una norma jurídica muy importante para la educación de la época. Incluso, algunas de sus disposiciones fueron transcritas íntegramente en normas jurídicas posteriores en el tiempo²⁹. El mencionado Decreto organizó las materias a impartir en las

Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, acompañado de las materias y temas a evaluar. Finalmente, la citación para los certámenes públicos de 1858 del Colegio de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.

²⁷ Un valioso ejemplo lo constituyen los *Discursos pronunciados por los alumnos del Establecimiento de Educación de Paredes e hijos en los actos públicos de 1858 y 1859*. En el compendio del año 1859 se destacan los discursos titulados *Los modales finos i los sentimientos nobles puestos en acción constituyen la mayor parte del mérito, i son la fuente principal de la felicidad* y *Sobre la urbanidad*.

²⁸ “Este pequeño libro contiene los principales preceptos de urbanidad i buen tono a que se arreglan su modo de obrar en la buena sociedad los parisienses bien educados. Como Paris es la ciudad del mundo civilizado en donde es mas jeneral [general] la práctica de esas atenciones que hacen agradable el trato social, el que observe los usos admitidos allí entre las jentes [gentes] de buena compañía puede estar seguro de ser tenido en todas partes por hombre urbano i culto” (González, 1858, p. 82).

²⁹ Esto aplica más que todo para el Artículo 20 del decreto reglamentario de la Ley de 2 de mayo de 1845, el cual dice lo siguiente: “Los medios de que deben valerse los Directores de las escuelas para dirigir [dirigir] i

escuelas primarias elementales³⁰, escuelas para niñas³¹, escuelas normales³², el modo de hacer los exámenes³³ y a qué horas se debían dictar las clases³⁴. Hasta allá llega el enorme detalle de estas disposiciones jurídicas. La pregunta es cómo analizar tal situación desde una perspectiva de Foucault que, por supuesto, no implique dejar de ver el poder en términos estratégicos y sí seguirlo viendo en términos del poder jurídico soberano. Antes de eso, puede seguirse viendo el gran despliegue de normas jurídicas que sobre urbanidad ocurrió durante la época bajo examen.

El Código de Instrucción Pública de Cundinamarca, sancionado el 23 de noviembre de 1858, contiene seis disposiciones jurídicas que se pronuncian sobre la urbanidad. La primera de ellas es ya conocida: La urbanidad es una de las principales preocupaciones que deben existir en una casa de educación y los profesores deben emplear los medios del caso para que sus reglas se observen al interior de la escuela³⁵. Otras hablan sobre las materias

gobernar a los alumnos, para mantener viva su aplicación, estimularlos a aprender i practicas las lecciones de moral i urbanidad que reviven, serán: [...]”. En ese caso, se está ante una disposición jurídica muy detallada que, incluso, sugiere los métodos a seguir para implementar los enunciados de la urbanidad.

³⁰ Art. 25. La instrucción en las escuelas primarias elementales abrazará precisamente la instrucción moral i religiosa [religiosa], la urbanidad, la lectura, la escritura, los principios de la gramática i de la ortografía de la lengua castellana, los principios de la aritmética, el conocimiento de las bases fundamentales del Gobierno de la República, las atribuciones i deberes de los empleados i funcionarios parroquiales.

³¹ Art. 245. La enseñanza en las escuelas elementales de niñas comprenderá precisamente la instrucción moral i religiosa [religiosa], la urbanidad, la lectura, la escritura, los principios de la gramática i de la ortografía de la lengua castellana, los principios de la aritmética, la costura i las labores propias de este sexo, i principios i reglas de economía doméstica.

³² Art. 316. La enseñanza que en las escuelas normales debe darses comprenderá lo siguiente: la instrucción moral i religiosa [religiosa], la urbanidad, la corrección i propiedad en la lectura, la elegancia i gusto en la escritura, la gramática i la ortografía de la lengua castellana, la aritmética comercial, la teneduría de libros... Art. 328. Las materias de enseñanza asignadas a las escuelas normales se dividen en dos cursos de seis meses escolares cada uno, que serán de 1 de marzo a 12 de agosto, i de 1 de setiembre a 12 de febrero. Corresponden al 1 la instrucción religiosa [religiosa], i moral, la urbanidad, la gramática, la aritmética i los principios de geometría; [...].

³³ Art. 77. El examen [examen] de moral, relijion [religión], urbanidad, bases fundamentales del Gobierno de la República, i atribuciones i deberes de los empleados parroquiales, se hará por los programas i catecismos que deben servir para la enseñanza de estas materias; pero haciendo siempre que el niño esplane [explane, es decir, manifieste] con ejemplos el principio o regla que espone [expone], i que aplique a los casos que se le presenten, la doctrina aprendida.

³⁴ Art. 329. Durante el primer curso se darán por la mañana lecciones de aritmética i geometría, i por la tarde gramática, moral, relijion [religión], i urbanidad. [...].

³⁵ Art. 36. Los medios de que deben valerse los Directores de las escuelas para dirigir [dirigir] i gobernar a los alumnos, para mantener viva su aplicación, estimularlos a aprender i practicas las lecciones de moral i urbanidad que reviven, serán: [...].

que se deben impartir en las escuelas elementales³⁶, escuelas de niñas³⁷ y colegios de niñas³⁸.

Otras disposiciones son mucho más indicativas para lo que interesa a este trabajo. La primera de ellas escoge un profesor particular, destacado dentro de los demás profesores de la escuela, para que dicte la clase de urbanidad. Este profesor debe ser mucho más virtuoso y ejemplar, puesto que está dictando una clase directamente asociada a la virtud moral, así como el resto de clases que él imparte³⁹. La última disposición indica con un mayor énfasis que la urbanidad, por supuesto, se enseña a través de una materia específica en la que se muestra a los estudiantes el conjunto de reglas que la componen; pero que lo más importante es practicar esas reglas⁴⁰, por cierto, en todo momento, en todas las clases y en todos los lugares de la escuela. Entonces, *la clase de urbanidad no sólo es el aprendizaje de reglas, sino la puesta en práctica de esas reglas, no sólo allí, sino siempre.*

Por otra parte, durante la época en la cual el país se llamó los Estados Unidos de Colombia – y tuvo la forma de Estado federal (1863-1886)⁴¹ – se escribieron disposiciones más específicas al respecto de la urbanidad, entre ellas están:

- En primer lugar, el *Plan General de Estudios* dictado por el Director General de Instrucción Pública del Estado Soberano de Antioquia en 1865. Tal Decreto, en su Artículo 88, ordena que se dicte la cátedra de urbanidad⁴². De otro lado, el Artículo

³⁶ Art. 40. Las materias de enseñanza en las escuelas primarias elementales, serán: lectura, escritura, doctrina cristiana, elementos de aritmética, gramática castellana i urbanidad. [...].

³⁷ Art. 140. En las escuelas de niñas se enseñará lectura, escritura, doctrina cristiana, urbanidad, principios de aritmética, costura i las labores propias de este sexo, i principios y reglas de economía doméstica.

³⁸ Art. 365. Las materias de enseñanza en los colegios [colegios] de niñas serán las siguientes: 1. Doctrina i religion [religión] cristiana, historia sagrada i urbanidad. [...].

³⁹ Art. 363. El Capellan [capellán], que deberá ser sacerdote de notoria i ejemplar virtud, será el Catedrático de historia sagrada, de religion i urbanidad, i desempeñará las demás funciones que le señale el reglamento.

⁴⁰ Artículo 41. La enseñanza de la urbanidad no se limitará a reglas, sino que consistirá principalmente en el ejercicio constante de las prácticas i modos que constituyen la buena crianza i cortesía.

⁴¹ El examen de las normas jurídicas, en materia de urbanidad, expedidas en Colombia durante la vigencia de la Constitución de 1863, también pueden encontrarse en mi trabajo para optar al título de Magister en Derecho.

⁴² Artículo 88. “Habrá tambien en el Colegio una clase jeneral [general] de Urbanidad”.

56 habla de los registros de conducta de los estudiantes⁴³. Este es un hallazgo muy importante para la presente investigación una vez se tiene en cuenta la importancia de la escritura en el despliegue de las tecnologías disciplinarias de poder. Por supuesto, parte importante de lo que se registraba en estos instrumentos era si los estudiantes se comportaban o no de acuerdo a la urbanidad. Por su parte, el Artículo 68 mandaba que el rector del Colegio del Estado impartiera lecciones de urbanidad los sábados⁴⁴. Tal era la importancia de la materia, de acuerdo a estas normas jurídicas, que el rector era el profesor encargado de enseñarla. Además, pareciera ser que el sábado se haya tenido como un día especial en el que sólo se dictara urbanidad y en el que pudiera tener lugar una clase a la que muchas personas asistieran, incluso si estas no fueran estudiantes del Colegio.

- En segundo lugar, el *Decreto sobre Plan Jeneral para la dirección i administración de la enseñanza en las escuelas primarias de uno i otro sexo*, de 1866, organiza las escuelas primarias de todo el Estado de Antioquia. A ese respecto, el Artículo 38 se pronuncia sobre los medios que deben emplear directores y profesores para la educación de los estudiantes⁴⁵. Dentro de éstos, que son por demás todos principales, está la urbanidad. Igualmente, el Artículo 44 ordena que se enseñe urbanidad como materia integrante del plan de estudios⁴⁶.

En cuanto al Estado Soberano de Bolívar, su presidente dictó en 1867 un Decreto sobre Instrucción Pública. Este, en su Artículo 95, manda que se enseñe urbanidad en las escuelas

⁴³ Art. 56. “Para los registros [registros] de conducta, asistencia i lecciones de que trata el Plan general de estudios, se observarán las reglas siguientes: [...] 6. Al que ejecutare algun acto reprehensible contra la decencia, la urbanidad, la disciplina o el respeto debido a los superiores”.

⁴⁴ Artículo 68. “Las lecciones de urbanidad que corren a cargo del Rector tendrán efecto los sábados a la hora en que las demás tareas literarias lo permitan, de lo cual se dará también aviso anticipado”.

⁴⁵ Artículo 38. “Los medios de que deben valerse los Directores de las escuelas para dirigir i gobernar a los alumnos, para mantener viva su aplicación, estimularlos a aprender i practicar las lecciones de moral i urbanidad que reviven, serán: [...]. El anterior artículo ya se había visto literalmente expresado en el decreto reglamentario de la Ley de 2 de mayo de 1845, ya visto”.

⁴⁶ Artículo 44. “Las materias de enseñanza en las escuelas primarias elementales, serán: lectura, escritura, doctrina cristiana, elementos de aritmética, gramática castellana i urbanidad [...]”.

para niñas⁴⁷. *Este tipo de urbanidad, dedicado a la mujer, en sus preceptivas y en la práctica era más detallada y exigente que la urbanidad dirigida al hombre.* Los mismos manuales de urbanidad son enfáticos al respecto. Visiblemente, como todo manual de urbanidad, ninguno de ellos explica por qué la mujer resultaba ser más exigida en cuestiones de urbanidad que el hombre. Sin embargo, para la época y para los mismos textos, ello era obvio. De otro lado, el Artículo 96 asigna a la directora la impartición de dicha cátedra⁴⁸.

En 1873 es dictado el Decreto orgánico sobre instrucción pública primaria para el Estado Soberano de Bolívar. Éste, en su Artículo 19, prescribe que debe cuidarse que los estudiantes aprendan hábitos de urbanidad⁴⁹. Esta disposición es una reproducción directa del Artículo 33 del Decreto Orgánico de Instrucción Pública Primaria expedido el 1 de noviembre de 1870 por el presidente Eustorgio Salgar Moreno (1870-1872). Así mismo, la disposición es reproducida en otras normas como son el Código de Instrucción Pública del Estado Soberano de Antioquia de 1877 (Art. 31). Curiosamente, esa misma disposición es reproducida en el Artículo 52 del Código de Instrucción Pública, más exactamente en el Decreto No. 491 de 14 de julio de 1904, es decir, ya en vigencia de la Constitución de 1886⁵⁰, la cual era conservadora, mientras que la anterior, la de 1863, era liberal.

El anterior examen de normas jurídicas, no presente en la bibliografía secundaria, debe analizarse desde una perspectiva de Foucault, ya se ha dicho, que supere una lectura en

⁴⁷ Artículo 95. “En la Academia del bello sexo habrá las siguientes, enseñanzas: lectura, escritura, moral, religion [religión], urbanidad, economía doméstica, gramática castellana, aritmética, jeografía jeneral [geografía general], costura en blanco i bordado”.

⁴⁸ Artículo 96. “La enseñanza de la lectura, de la moral religiosa [religiosa], de la urbanidad i del bordado estarán a cargo de la directora”.

⁴⁹ Artículo 19. “Los Institutores públicos tienen plena autoridad sobre los niños en todo lo que se refiera a su educación, y deben vigilar incesantemente su conducta, no solo dentro de la escuela sino fuera de ella, excepto dentro de los límites de la casa paterna. Cuidarán, por tanto, de que los niños adquieran en sus maneras, palabras y acciones, hábitos de urbanidad, y los ejercitarán en la práctica de los deberes que el hombre bien educado tiene para con la sociedad en que vive.

Una de las mejores recomendaciones de un Institutor será el buen comportamiento que observen sus alumnos fuera de la escuela”.

⁵⁰ Ese Decreto se pronunció sobre urbanidad en otros dos artículos: “Art. 68. En las escuelas de un solo sexo se enseñará además Urbanidad y Geografía, en forma de lecciones objetivas. En estas escuelas cada clase durará una hora, siendo diarias las cuatro primeras materias apuntadas y alternadas las dos últimas. La media hora restante se empleará en recapitulaciones”. “Art. 69. El pensus reglamentario para estas escuelas se distribuirá en tres años, así: [...] Urbanidad – Explicación de los deberes morales y sociales del individuo. [...]”.

clave de poder jurídico soberano. Las relaciones de poder ponen en marcha reglas de derecho. No es al contrario; no es que el derecho funde las prácticas concretas de poder. Entonces, si las relaciones de poder ponen en acción reglas de derecho, lo hacen con el fin de producir discursos de verdad. En ese orden de ideas, se tiene que el derecho es un instrumento del poder y no al revés. De ese modo, en tanto instrumento, el derecho cumple con la función de delimitar formalmente ese poder y de legitimarlo. Esto último implica que las relaciones de poder resultan, en ocasiones, continuando con el caso de la urbanidad, traducidas a términos de derecho, con el fin de que éstas ganen legitimidad.

La urbanidad es empujada por el derecho a su dispersión efectiva por todo el tejido social. Así, el derecho vehiculiza, pone en acción relaciones que no son de soberanía, sino que son de sujeción. Esas relaciones no se dan como en la soberanía, de soberano a súbditos, sino, si se quieren guardar los mismos conceptos, entre súbditos en el escenario de sus relaciones recíprocas. De esa manera, el derecho legitima y pone en acción cosas, ya no se trata del derecho que soporta el edificio del poder soberano en términos de las preguntas clásicas de la filosofía política moderna (Foucault, [1976] 2000, pp. 42-45).

Por esta razón, la organización de un código jurídico permitió superponer a los mecanismos de disciplina un sistema de derecho que termina enmascarando sus procedimientos, borrando rastros de dominación y garantizando a cada uno el ejercicio de sus propios derechos. En esos términos, es posible ver que no sólo el derecho vehiculiza la urbanidad en tanto le sirve a ese mecanismo de poder para implantarse legítimamente en la sociedad y dispersarse en medio de ella con rápida agilidad, sino que también es la forma preponderante como sus preceptos están formulados⁵¹. Las reglas de urbanidad, en otros términos, guardan la estructura de las normas jurídicas; son imperativos que regulan la conducta de los sujetos y que, en ese sentido, deben cumplirse so pena de una sanción. Así, la urbanidad está expresada en el lenguaje de la modernidad; en el lenguaje del derecho. Ese derecho que fue convocado por la filosofía política moderna a regular, incluso, al gobernante.

⁵¹ Manuales de urbanidad como el de Carreño (1854), están escritos como códigos legales.

3. EL DEBATE SOBRE EL PAPEL DEL ESTADO

Los enunciados de la urbanidad en la Colombia decimonónica circularon por el tejido social más amplio, pero se destacan ciertas instituciones privilegiadas: Estado, escuela y familia. Es importante aclarar que debido a las instituciones privilegiadas hubo focos en los que los enunciados de la urbanidad circularon con cierta mayor fuerza que en otros. Sin embargo, que haya instituciones privilegiadas *no significa que la urbanidad sea una tecnología institucionalizada, ni que sea un conjunto de prácticas descendentes propias del poder jurídico soberano*⁵². Es más, si así lo fuera, no se podría hablar de una disciplina. Realmente, la urbanidad, en tanto tecnología con rasgos disciplinarios, no depende de una institución, ni como criterio de análisis ni como condición para su funcionamiento. Ello es así, incluso respecto al Estado.

Esta afirmación es tan clara que se puede aseverar, en este punto del discurso, que no puede verse al Estado, de aquel entonces, como una organización crucial y necesaria que se requirió para la ágil circulación de los enunciados de la urbanidad en el tejido social, de esa época⁵³. Distinto es que haya instituciones que faciliten su implantación y el recorrido de sus procedimientos; tal como la Familia, al igual que el Estado y la Escuela. Lo que dice Foucault respecto del papel de la familia en el afianzamiento de las disciplinas es aplicable a la urbanidad:

La fijación del trabajo en el sistema disciplinario sólo se alcanzó gracias a que la soberanía misma de la familia funcionó a pleno. En consecuencia, el

⁵² A propósito, anota Foucault: “Lo importante, entonces, no son las regularidades institucionales sino, mucho más, las disposiciones de poder, las redes, las corrientes, los relevos, los puntos de apoyo, las diferencias de potencial que caracterizan una forma de poder y que son, creo, precisamente constitutivos a la vez del individuo y la colectividad” (Foucault, [1973] 2005, p. 32).

⁵³ “No es la familia, no es tampoco el aparato del Estado [...]. Ni el aparato del Estado puede servir de fundamento [*El manuscrito precisa: No se puede utilizar la noción de aparato de Estado porque es demasiado amplia, demasiado abstracta para designar esos poderes inmediatos, minúsculos, capilares, que se ejercen sobre el cuerpo, el comportamiento, los gestos, el tiempo de los individuos. El aparato del Estado no explica esta microfísica del poder] ni la familia puede hacer de modelo [*Grabación: en lo que ocurre] en esas relaciones de poder...” (Foucault, [1973] 2005, p. 33).

primer papel de la familia con respecto a los aparatos disciplinarios es esa especie de adhesión de los individuos a ellos.

La familia también tiene, otra función; en cierto modo, es el punto cero donde los diferentes sistemas disciplinarios se enganchan entre sí. Es el intercambiador, la confluencia que asegura el paso de un sistema disciplinario a otro (Foucault, [1973] 2005, p. 105).

Claramente, el Estado tuvo un gran protagonismo con la llegada a Colombia de los objetos innovadores y los nuevos planes de diseño urbanístico que dieron lugar a los nuevos espacios. Así mismo, tuvo un papel preponderante en la implementación y difusión de la urbanidad. Sin embargo, esta posición privilegiada del Estado no puede verse en términos de un poder jurídico soberano que descende sobre un cuerpo de gobernados. Si bien el Estado se propuso desde las constituciones a civilizar a los sujetos⁵⁴, ese nuevo Estado no era el mismo de la época de la colonia que *hasta cierto punto*⁵⁵ podría ser comparado con el Estado jurídico soberano sobre el que reflexiona Foucault. El Estado que se ha puesto a civilizar es un Estado transformado en moderno con todas las implicaciones de carácter biopolítico que eso trae⁵⁶. Además, el Estado que emprende la labor de civilizar no es uno que haya creado los conceptos de lo civil y lo incivil. Antes bien, ese Estado transformado toma de otras fuentes esos conceptos. Esas fuentes se hallan dispersas por todo el tejido

⁵⁴ Por ejemplo, la Constitución Municipal de la Provincia de García-Rovira (1853), redactada bajo la vigencia de la Constitución de 1853, la cual estableció la Forma Federal de Estado en Colombia, establece en su Artículo 27 que una de las funciones de los Cabildos de cada Distrito Parroquial consiste en “[6.] [f]omentar en todo sentido el adelanto i civilización del distrito”(Restrepo Piedrahita, 1979).

⁵⁵ Se dice que hasta cierto punto porque en la organización del gobierno colonial ya se empezaron a ver claros rasgos de lo que posteriormente fue el Estado moderno. Más concretamente, el gobierno colonial ya presentaba la implementación de instituciones propias de la ciencia de la policía, tan influyente a partir del siglo XVIII (y que tanto interesó a Foucault en varios de sus escritos como *Omnes et singulatim, El Sujeto y el Poder* y su curso *Seguridad, territorio, población*). Estas implicaron la transformación de las instituciones de gobierno no sólo en España, sino también en sus colonias (Malagón Pinzón, 2007).

⁵⁶ En el capítulo 5 del primer volumen de *Historia de la sexualidad*, en *Las mallas del poder* y en *El sujeto y el poder*, entre otros textos, Foucault da cuenta del proceso de transformación del Estado jurídico soberano al Estado moderno. Este Estado que surge por la transformación de las prácticas propias del primigenio poder pastoral termina administrando la vida de sus asociados hasta en sus más mínimas implicaciones, tal como lo hace un pastor con su rebaño. Claro está que ese Estado se vale de numerosas tecnologías engranadas entre sí y ejecutadas por diversos agentes, lo cual conforma una estructura compleja (Foucault, [1976] 2007, p. 111, [1976] 2010, [1982] 1988).

social, dentro del cual el Estado es tan solo una parte de una compleja malla de relaciones. Así mismo, si bien es latente la preocupación de los gobiernos por civilizar, por modelar sujetos, esta preocupación no necesariamente tiene su origen y su total despliegue en el Estado. Estas relaciones no se pueden rastrear desde un punto focal del cual haya partido la iniciativa. El Estado no actuó solo; entró en relación con diversos agentes e instituciones. Igualmente, el Estado es efecto de situaciones y relaciones que están desperdigadas. Sobre esto se ahondará de ahora en adelante, ya que implica un punto importante de distancia respecto de parte de la bibliografía secundaria.

Las anteriores reflexiones se dirigen a matizar la posición de la profesora Beatriz González Stephan, quien – en sus textos *Modernidad y disciplinamiento* y *Economías fundacionales, Diseño del cuerpo ciudadano* – dirige su análisis, desde una cierta perspectiva foucaultiana, pero enfoca el asunto de la implementación de la urbanidad desde una concepción jurídico-soberana del poder. En ese orden de ideas, González parece limitarse a ver la modernización de los nuevos estados-nación latinoamericanos como una campaña en la que sólo sobresale el Estado. Es por ello que afirma que “[a] diferencia del proceso europeo, la formación de los estados naciones en América Latina adoptó vías más artificiales, es decir, casi impuestas por decreto, o desde “arriba”” (González Stephan, 1994, p. 433). Igualmente, la profesora González afirma, más específicamente en el caso de la urbanidad, que “[e]l Estado en su proceso de formación nacional necesita de estos ciudadanos, dóciles, reprimidos, prisioneros bajo las máscaras de la urbanidad de las buenas maneras” (González Stephan, 1994, p. 433). El problema de estas afirmaciones es que ven al Estado como marco de análisis y, además, como condición de posibilidad para la emergencia y circulación de los enunciados de la urbanidad en el tejido social latinoamericano y niegan la condición de libres de los nuevos ciudadanos.

Tras los anteriores resultados, *no puede pensarse, a instancias del contexto que se está esbozando en el presente capítulo, que la urbanidad fue una total iniciativa de Estado*. Ese tipo de interpretación puede ser matizada desde una lectura biopolítica del Estado moderno colombiano que, en general, emprendió una labor civilizatoria de los colombianos y, en

particular, implementó la urbanidad desde las normas jurídicas por medio de las cuales se reformó la educación en el país (las cuales no desaparecen en esa visión biopolítica del Estado). Sin embargo, resulta otra dificultad: *La tesis de la urbanidad como imposición de clase*.

Dicha afirmación tan importante surge cuando resulta claro que los primeros en haberse interesado por la urbanidad y en difundirla fueron los miembros de la clase alta. Manuel Antonio Carreño, José Manuel Marroquín, Rufino Cuervo Barreto, eran precisamente miembros de la élite; igualmente sus familias. Sin embargo, esta tesis se encuentra de nuevo en contradicción con los planteamientos de Foucault, quien observa que debe superarse el análisis del poder cuyas relaciones se vean, por ejemplo, desde la dominación ejercida por la “clase burguesa”. Ese es otro modo de análisis descendente que preocupa a Foucault. En realidad, las técnicas de poder que dan los resultados más relevantes son aquellas que surgen de abajo, del nivel efectivo de la familia, del entorno inmediato, no de la “burguesía” (Foucault, [1976] 2000, pp. 39-41). Entonces la pregunta es ahora qué hacer con esto último en el caso de la urbanidad, cuando, al parecer, los primeros en interesarse por ésta fueron los miembros de la incipiente élite colombiana de la época.

Una primera pista para solucionar el asunto consiste en que no es viable hablar de burguesía en una Colombia como la del periodo ya señalado. Así como el Estado estaba en construcción, lo mismo sucedía con la élite. El rudimentario Estado no era eficiente: la inestabilidad política, las continuas guerras, la falta de presencia del Estado en muchas regiones, los problemas de comunicación, la falta de infraestructura, el deficiente modelo económico, la carencia de autoridad política son varias de las razones que permiten concluir lo afirmado anteriormente (Valencia Villa, 2010). Tampoco se habían superado del todo las viejas organizaciones de la colonia (Aguilar Rivera, 2000), las cuales, en todo caso, estuvieron por más de doscientos años en construcción y consolidación. Eso mismo le pasaba a la élite. Tanto el Estado como la burguesía eran algo incipiente. Entonces, si el Estado no era fuerte, menos fuerte iba a ser su labor de civilizar. Igualmente, si la élite se estaba apenas conformando, en consecuencia esta iba a ser más receptora de la urbanidad

que impulsora, ya que en esta, aquella encontró inspiración para la construcción de sus costumbres particulares.

Podría decirse que la élite colombiana tuvo en la urbanidad una importante fuente para constituirse en lo que después resultó siendo y para diferenciarse del resto de la población. La élite colombiana tuvo que construirse. Igual, la urbanidad no sólo se enseñó a los miembros de la élite, sino que sus preceptivas llegaron a indígenas, negros, mestizos, etc. En medio de esa “constitución de la burguesía”, tuvo lugar una lucha muy importante en la historia de Colombia, donde la urbanidad jugó un papel realmente preponderante. La lucha contra la barbarie es un proyecto que atraviesa e inspira el gran proyecto de la modernización en Colombia: se debe evitar ser bárbaro, lo bárbaro está en contra de la búsqueda de la civilización.

Este elemento es tan preponderante que atraviesa, incluso, todo este estudio; así debe ser: *Hay que defender la sociedad de esa barbarie y, por ende, de los bárbaros*. Es por ello que la división del mundo entre civilizados y bárbaros es, a la vez, la enunciación de las dos partes concernidas a una lucha. Esa lucha por la modernización se va convirtiendo, de ese modo, en una lucha entre civilizados y bárbaros. Esto implica que los civilizados resulten altamente diferenciados de los bárbaros; pero que los bárbaros sigan existiendo para que tal diferenciación tenga sentido y para que la misma lucha persista. Es más, esos civilizados van a ser una clase y una raza, así no se pueda hablar de razas estrictamente diferenciadas en un contexto mestizo como el colombiano. Esa clase-raza civilizada es la que va a hacer un mayor uso de la norma y del poder contra aquellos bárbaros que se desvían de tal norma. Sin embargo, esa clase-raza es la que va a resultar mayormente sujeta a la misma norma sobre la cual quisieron hacer descansar su pretensión de preponderancia sobre los demás.

Son las disciplinas – las que, por cierto, tienen su propio discurso – las que invadieron el derecho y no al contrario. En realidad, fue más conveniente para el discurso de la urbanidad que sus preceptos estuvieran expresados de la misma manera que se expresa el derecho moderno. Ello facilita que el discurso de la urbanidad se desperdigue más fácilmente por el

tejido social. De ese modo, si la urbanidad no hubiese sido expresada en los mismos términos con los que se expresa el derecho moderno, el modelo disciplinario, el juego de la sujeción que esta trae consigo hubiera quedado al descubierto de inmediato y ello la hubiera condenado al destierro en una época en la que sólo se hablaba de libertad. Por esa razón, la urbanidad tenía que ser una de las abanderadas y uno de los medios para que el sujeto moderno fuera libre. Así, en resumen, el Estado y el derecho cumplieron el papel de instrumento para una urbanidad que ya empezaba a circular por el tejido social de la época; y éstos le sirvieron muchísimo, puesto que la pusieron a funcionar más hábilmente y le dieron una forma a su discurso, que cupiera perfectamente en una modernidad ávida de libertad en oposición a una colonia caracterizada por la opresión.

Por último, *respecto del aspecto jurídico de la urbanidad, puede decirse que el empleo de un lenguaje jurídico hace de la urbanidad un saber casuístico*. En los manuales están registradas una serie de hipótesis. Dichas hipótesis se refieren a eventuales hechos que pueden ocurrir en la vida de relaciones entre sujetos; para cada uno de esos sucesos hay unas normas de comportamiento que la urbanidad misma señala como adecuados. De ese modo, los manuales también se convierten en fórmulas acerca del comportamiento de los cuerpos en términos de qué-hacer, cómo-hacer, dónde-hacer, cuándo-hacer, por-cuánto-tiempo-hacer. En suma, estos textos resultan códigos legales en tanto prescriben normas de comportamiento; pero también resultan así por cuanto establecen sanciones para quien no las cumpla. Sin embargo, esa sanción no es física, no es la privación de la libertad del cuerpo, tampoco es una multa; ésta es moral: el rechazo social.

En ese sentido la expansión del modelo civilizatorio no se restringe a la difusión de los manuales en los sitios de instrucción pública, sino que implica también, y sobre todo, la aplicación de técnicas propias de la educación, como el examen, la jerarquización con base en competencias y el castigo, a todos los ámbitos de la vida pública y social donde la urbanidad vino a inscribir con sus preceptos la producción de subjetividad.

La urbanidad atraviesa asuntos de orden anatomopolítico y asuntos de orden biopolítico, así como sucede con la sexualidad (Foucault, [1976] 2007). Sin embargo, no es posible hablar que la experiencia de la urbanidad tenga las mismas características que las de un dispositivo, aparataje muchísimo más complejo comprendido por varias tecnologías íntimamente relacionadas entre sí. De todas maneras, del análisis de la urbanidad sí se puede afirmar que hay prácticas que tienen que ver con ésta en ambos ámbitos del biopoder (anatomopolítico y biopolítico): primero, circulación de los enunciados en las relaciones más básicas que ocurren dentro del tejido social y que se dirigen a la producción de cuerpos y, segundo, un esfuerzo del Estado – que es un efecto, antes que una fuente – por contribuir a la circulación de los enunciados de la urbanidad. El Estado no puede ser la única referencia para el análisis de una urbanidad cuyos enunciados circulan por todo el tejido social. Es por esto que el Estado es importante como referencia dentro de las varias instancias de emergencia de los enunciados de la urbanidad; pero no agota los campos de análisis de la circulación de dichos enunciados. La urbanidad es ampliamente dúctil; se dispersa por diversos campos de circulación. El análisis de esa dispersión será desarrollado en la segunda parte teniendo en cuenta varias aclaraciones metódicas que se derivan de esta discusión sobre el papel del Estado en la circulación de los enunciados de la urbanidad:

- Al analizar *la tecnología de la urbanidad*, se está frente a una “manifestación capilar” del poder y no frente a un gran aparataje de poder jurídico soberano.
- En ese sentido, la pregunta no es por el núcleo soberano del poder, sino por prácticas presentes en lo más personal de las relaciones cotidianas de poder. En ese sentido, la urbanidad se caracteriza porque sus preceptivas están amalgamadas con asuntos de índole moral y religioso, y por concebir la urbanidad como un conjunto de virtudes morales⁵⁷.

⁵⁷ “Enseñar Urbanidad no es simplemente, como algunos piensan, dar reglas para tomar ciertas aptitudes i ejecutar ciertos movimientos. Esto me atreveré a decir, es la corteza de la civilidad. El objeto esencial de la Urbanidad es el ejercicio de las virtudes sociales, prescritas por la moral, o por la costumbre, de modo que se aumente su encanto i su aprecio, se haga mas (sic) agradable el que las practique, i adquieran mayor amenidad el trato entre las jentes” (Cuervo Barreto, 1866, p. 6).

- La urbanidad no puede ser concebida como una manifestación de poder vertical, sino como algo que circula, ya que no es algo que se tenga o se ejerza sobre alguien, sino que está disperso y afecta las relaciones. El sujeto-objeto de las prácticas propias de la urbanidad es un efecto del poder: un cuerpo, unos gestos, unos discursos, unos deseos.
- El estudio de la urbanidad implica que el análisis general del poder no sea descendente, sino ascendente. Un modo de abordar la urbanidad, parte por concebirla, incluso a partir de cierto uso de los conceptos del pensamiento de Foucault, como un conjunto de relaciones vistas desde la dominación ejercida por la “clase burguesa”. Ese es un análisis hecho de-arriba-a-abajo, lo cual debe evitarse a partir de un análisis de abajo que recupere el nivel efectivo de la familia, el entorno inmediato, los padres, no la “burguesía”.
- Puede ser que las maquinarias de poder estén acompañadas de ideologías, como puede ser en este caso el pensamiento liberal moderno; pero a la base se trata de saberes y prácticas que escapan a las ideologías y se distinguen, como el caso de la urbanidad, por definir la experiencia de sí de los sujetos en cada época (Foucault, [1976] 2000, pp. 36-42).

II. LA RETÍCULA DISCIPLINAR DE LA URBANIDAD

La segunda parte de la tesis aborda la *tecnología de la urbanidad* propiamente dicha en sus características más importantes. Para ello, se analizan los manuales de urbanidad en tanto discurso codificado de esta tecnología modelizante, y de las prácticas que le corresponden, a partir de criterios de estudio y conceptualización intrínsecos al campo enunciativo.

Lo primero que se hará es presentar *el concepto de disciplina* junto a los demás conceptos que lo acompañan, según los concibe Foucault en algunos de sus trabajos. Desde la introducción se señaló la importancia de los conceptos y el método de trabajo de Foucault para esa tarea, el cual permite tratar los aspectos contextuales de una práctica de poder, así como los procedimientos distintivos que le permiten instalarse en el tejido social, circular por éste y causar efectos.

Seguidamente, se hará un *análisis de la urbanidad* a partir de dos grandes técnicas disciplinarias que se pueden evidenciar en dicha tecnología: a) la distribución espacial y b) el control de la actividad de los cuerpos.

Así mismo, se estudiará *el discurso de la urbanidad* desde la perspectiva de un saber que constituye un código moral y, en ese sentido, establece un régimen de verdad a partir del cual el sujeto producido se piensa a sí mismo y a los demás. Lo anterior lleva a explorar si hay rasgos de *cuidado de sí* en la tecnología de la urbanidad o si ésta es estricta y únicamente una disciplina. En otras palabras, se quiere analizar, que si bien la urbanidad resulta una forma de sujeción impuesta por las relaciones de poder en las que está inmiscuido el sujeto, es plausible que en esta tecnología haya ciertos procedimientos en los que el sujeto se apropie de sí con el fin de auto-constituirse. Una vez desarrollada esta pregunta, se buscará concluir problematizando acerca de la actualización de los enunciados de la urbanidad y su vigencia.

A lo largo de la primera parte de la investigación, se hizo una aproximación con rasgos más que todo históricos, debido al conjunto de preguntas que sobre la emergencia de los enunciados de la urbanidad se quiso abordar. Esta segunda parte busca ser de carácter analítico, ya que se sumerge en la circulación más cotidiana de la tecnología de la urbanidad: su discurso, prácticas, continuidades, discontinuidades y poder productivo. Puede ser que, como se pudo avizorar en el primer capítulo, el contexto de la época haya dado muestras de escasas instituciones en formación; pero también da cuenta de una compleja y agitada vida pública de los sujetos. Es en esos afanes sociales que la urbanidad se desplaza con fluidez y es allí que hay que entrar con el objetivo de ver cómo sucede ella misma como tecnología.

1. LA DISCIPLINA COMO PRODUCTORA DE SUBJETIVIDAD (APROPIACIÓN DEL CONCEPTO ACUÑADO POR FOUCAULT)

Para tratar el concepto de disciplina puede partirse por el sujeto que resulta objeto de esta y luego ir al proceso⁵⁸ en el que ocurre tal objetivación y producción. Como la disciplina se practica sobre los cuerpos, es posible pensar en un cierto tipo de cuerpo que pueda ser un primer punto de referencia modélica: se trata del soldado. De todas formas, cabe mencionar que, por su parte, otros tipos son: el estudiante, el trabajador de la fábrica y el prisionero.

A partir de los tipos mencionados se puede afirmar que los sujetos producidos por la tecnología de la urbanidad ejecutan órdenes sin cuestionarlas, así como el soldado; son objeto de examen, así como el estudiante; hacen parte de un aparato articulado de producción, así como los trabajadores, y son constantemente vigilados, así como el

⁵⁸ La visión de proceso es traída por Etienne Tassin, quien dice que “[l]a subjetivación designa un proceso y no un estado (una situación, un estatus o un principio del ser)” (Tassin, 2012, p. 37). En el caso de Foucault, Tassin distingue dos procesos diferentes de subjetivación. El primero de ellos trata de las “formas de sujeción impuestas por las relaciones de poder a los individuos que las padecen” (Tassin, 2012, p. 41). Esta forma de proceso de subjetivación es la que más interesa en este estudio. Ello, sin dejar de lado la otra noción, según la cual “la subjetivación designa los procedimientos por los que un individuo se apropia de sí, se transforma él mismo en sujeto de sus propias prácticas; en pocas palabras, asume sus actos y se configura en una perspectiva ética” (Tassin, 2012, p. 41).

prisionero. Pero resulta especialmente atractivo el soldado por el cuidadoso proceso que da lugar a la producción de su cuerpo, las partes de ese cuerpo y por la relación que ocurre entre éstas y aquél con diversos objetos y las partes de tales objetos. Dicha *relación cuerpo-partes-objeto-partes ocurre de forma similar en la urbanidad*, a partir de cuyo proceso productivo, el cuerpo del sujeto y su partes son formadas de tal manera que manejen con destreza ciertos objetos y sus partes.

El soldado es alguien a quien se conoce de lejos gracias a los signos impresos en su cuerpo, los cuales son notorios. Esto quiere decir que su cuerpo habla, lo cual permite reconocerlo. Esa retórica corporal del soldado expresa su vigor, valentía y altivez. Sus ojos vivos y despiertos, cabeza erguida, estómago levantado, ojos anchos, brazos largos, dedos fuertes, vientre hundido, muslos gruesos, piernas flacas, pies secos dan muestra de un hombre siempre hábil y fuerte y son resultado de algo que se fabrica: una suerte de máquina que se necesita para algo. Esas partes de la máquina, que corresponden a esas partes del cuerpo, han sido objeto de una coacción calculada que recorre cada una de tales partes y las sujeta y las vuelve perpetuamente disponibles. *Ello, en cuanto ese cuerpo entero y sus partes expresan el automatismo de unos hábitos* (Foucault, [1975] 2009, pp. 157-159). Lo mismo sucede con *el cuerpo del sujeto urbano*, el cual *se destaca por el estricto manejo que da a las partes de su cuerpo, con el fin de hacer con estas lo que le ordena la norma de urbanidad*.

El ejemplo del soldado muestra que los cuerpos, en las sociedades modernas (siglos XVII y XVIII⁵⁹ en adelante), se han hecho objeto y agentes del poder. El cuerpo se manipula, educa, forma, se hace hábil, se multiplican sus fuerzas. De ese modo, se hace sumiso y se utiliza. Los cuerpos se hacen dóciles: pueden ser sometidos, transformados, perfeccionados, y eso implica nuevas técnicas para poder lograr esa regulación del cuerpo. Primero, una escala de control que trabaje el cuerpo en sus partes, y ejerza una coacción en lo que concierne a los movimientos, gestos y actitudes. Segundo, un objeto de control dirigido a la economía del

⁵⁹ Para el pensador francés, el régimen liberal es condición de posibilidad para el ejercicio del poder disciplinario (Foucault, 2010, pp. 147-148). En lo que atañe a la presente investigación, el segundo capítulo pone en contexto estas afirmaciones para lo que se refiere al espacio-tiempo en el que emergen y circulan los enunciados de la urbanidad.

cuerpo, en términos de administración óptima de sus recursos, lo que conlleva la eficacia de sus movimientos, su organización interna, la coacción sobre sus fuerzas, la ceremonia del ejercicio. Tercero, una modalidad, esto es, una coerción ininterrumpida que vela por los procesos de la actividad, más que por el resultado; esta coerción se ejerce con reticulación, es decir, con la mayor aproximación al tiempo, espacio y movimientos.

La disciplina es un método que permite el control minucioso de las operaciones del cuerpo, lo que garantiza la sujeción constante de sus fuerzas, y lo sumerge en una relación inquebrantable de docilidad y utilidad. Sin embargo, *disciplina no es lo mismo que esclavitud*, ya que esta se apropia de los cuerpos mientras que aquella es una relación costosa y violenta. *Tampoco es servidumbre*, en tanto esta es global, no analítica, ilimitada y establecida bajo los parámetros de la voluntad de un amo. *No es vasallaje*, la cual atañe más bien al trabajo y a las marcas rituales, lo que lo hace codificado y lejano. *Tampoco es ascetismo* monástico porque éste busca renuncias del cuerpo y no utilidades.

La disciplina es todo un arte del cuerpo humano que tiende al aumento de sus habilidades y a su sujeción. Esto ya muestra un vínculo muy estrecho que en el mismo mecanismo disciplinario hace del sujeto tan obediente como dócil y viceversa. Se trata entonces de utilidad económica y obediencia política⁶⁰. Estas dos sólo se predicán de hombres libres (pp. 160-162), tal como ocurre con la tecnología de la urbanidad en Colombia, dirigida a la producción del sujeto que ha de vivir en una sociedad y en un régimen político propios de una época posterior a la independencia. Claro está que esa modernidad, en el caso de la Colombia del siglo XIX, no tiene la misma concentración institucional de la población en escuelas, fábricas, cuarteles y prisiones, tal como sucede en la Europa que analiza Foucault. En atención a lo anterior, es necesario señalar que aunque el país también entró en un proceso de modernización, este fue muy distinto. Por tal motivo, el presente análisis se

⁶⁰ La disciplina no trata de una sustracción y un gasto, sino de una captura del cuerpo, ya que la disciplina no empieza con un juego ritual, sino que se fundamenta en el control constante del cuerpo. Ese cuerpo es siempre visible, de acuerdo con las formas panópticas de control que existen en el tejido social. Allí cobra una alta relevancia la escritura como sistema de control, por medio del registro de los comportamientos y de las características de los cuerpos. Finalmente, la disciplina sí es isotópica. Esto en la medida en que la jerarquización y la clasificación de los cuerpos sí es evidente (Foucault, [1973] 2005, pp. 62-74).

circunscribe a la capacidad subjetivante de la tecnología de la urbanidad, dentro de su propio campo de enunciación.

La disciplina se ejerce a través de una multiplicidad de procesos, con frecuencia menores, de diverso origen, de dispersa localización; pero que terminan por coincidir, repetirse, imitarse o apoyarse unos a otros. Por eso, en ellos puede verse un método general. Tal método, que podría llamarse tecnología, está compuesto de técnicas minuciosas, íntimas; pero que tienen su importancia, puesto que definen cierto modo de adscripción política y detallada del cuerpo. De ese modo, definen toda una microfísica del poder⁶¹, una disciplina de lo minúsculo. La idea es percibir hasta lo más pequeño a través de técnicas que resultan articuladas en toda una tecnología de poder, denominada disciplina (pp. 163-164). En *Vigilar y castigar* Foucault presenta cuatro técnicas, de las cuales se quieren rescatar dos por su íntima relación con la urbanidad: *distribución espacial y control de la actividad de los cuerpos*.

Una primera técnica se encarga de distribuir los individuos en el espacio. Esta consiste en cuatro operaciones:

- La primera es la clausura, es decir, la especificación de un lugar heterogéneo a todos los demás y cerrado sobre sí mismo; protegido de la monotonía (colegios, cuarteles, fábricas y manufacturas).
- La segunda es la división en zonas, a cada individuo se le asigna un lugar y a cada emplazamiento, un individuo; los espacios, de ese modo, se dividen en tantas partes como cuerpos haya que repartir (Celda de los conventos: lugar celular en el que se

⁶¹ La noción de microfísica del poder resulta de un desplazamiento que Foucault hace del análisis tradicional del poder en términos de violencia a esas manifestaciones más capilares. Al respecto, Foucault dice: “Además, esta noción de violencia no me parece muy satisfactoria porque induce a creer que el despliegue físico de una fuerza desequilibrada no forma parte de un juego racional, calculado, manejado de un ejercicio del poder. [...] [El] poder [es] meticuloso, calculado, cuyas tácticas y estrategias están perfectamente definidas; y en el interior mismo de esas estrategias se ve con mucha exactitud cuáles son el lugar y el papel de la violencia, si damos este nombre al despliegue físico de una fuerza enteramente desequilibrada. Aprehendiendo en sus ramificaciones últimas, en su nivel capilar, donde afecta al propio individuo, el poder es físico y, por eso mismo, violento, en cuanto es perfectamente irregular; no en el sentido de ser desatado sino, al contrario, de obedecer a todas las disposiciones de una especie de microfísica de los cuerpos [...] [E]n lugar de hablar de violencia, me gustaría más hablar de microfísica del poder” (Foucault, [1973] 2005, pp. 31-32; 34).

está en soledad, la cual se puede relacionar, en la tecnología de la urbanidad, con la habitación y todos los demás espacios de la casa, así como los distintos espacios públicos que se hallan fuera de esta, que es donde se ejercen las mencionadas dos primeras operaciones).

- La tercera responde a los emplazamientos funcionales, esto es, a la creación de espacios en los que los individuos estén aislados y localizados para la producción y en los que, por eso mismo, se debe vigilar, romper comunicaciones peligrosas, comparar, contabilizar, observar (Fábricas organizadas por etapas del proceso de producción de un objeto determinado y trabajadores individualizados y clasificados de acuerdo con las funciones cumplidas en cada una de esas etapas).
- La cuarta corresponde a elementos intercambiables por cuanto su unidad no es el territorio (dominación) ni el lugar (residencia), sino el rango, el cual es el lugar que se ocupa en una clasificación. La disciplina individualiza los cuerpos a través de una localización que los distribuye y los hace circular en todo un complejo sistema de relaciones.

*La disciplina no sólo es una tecnología de poder, sino también un procedimiento de saber*⁶² *acerca del sujeto*, en cuanto lo conoce y de acuerdo con ese conocimiento lo clasifica, lo ordena, lo utiliza, lo encarga de algo, lo hace funcional, lo hace pieza útil para el logro de ciertos objetivos (pp. 164-173).

De un modo similar, la urbanidad distribuye los cuerpos en los mismos espacios que ella misma establece, sean estos los de la casa o los distintos espacios públicos en los que estos se desenvuelven consigo y con otros; los clasifica y ordena, de tal manera que cada cual

⁶² “[B]ien puede suceder que las grandes maquinarias del poder estén acompañadas por producciones ideológicas [...] Pero en la base, en el punto de remate de las redes de poder, no creo que lo que se formen sean ideologías. Es mucho menos y, me parece, mucho más. Son instrumentos efectivos de formación y acumulación del saber, métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de investigación y búsqueda, aparatos de verificación. Es decir que el poder, cuando se ejerce en sus mecanismos finos, no puede hacerlo sin la formación, la organización y la puesta en circulación de un saber o, mejor, de aparatos de saber que no son acompañamientos o edificios ideológicos (Foucault, [1976] 2000, p. 41).

esté donde le corresponde y no se mezcle con otros, y los utiliza para que en cada espacio cumplan con una función determinada que los mantenga útiles para sí y la sociedad.

Una segunda técnica es el control de la actividad. Esta se dirige, primero que todo, al empleo del tiempo. En éste, se halla reflejado un modelo conventual que se refiere a ritmos, ocupaciones determinadas, ciclos de repetición que buscan la exactitud, la aplicación, la regularidad. Esta técnica también implica la elaboración temporal del acto. Así, la descripción de un acto en su desarrollo y sus fases, además de su duración es minuciosa.

Luego viene la puesta en correlación del cuerpo y el gesto. Este procedimiento *indica que no se trata simplemente de enseñar o imponer una serie de gestos definidos, sino también impone la mejor relación entre un gesto y la actitud global del cuerpo*, que es su condición de eficacia y rapidez.

Seguidamente, está la articulación entre cuerpo y objeto. Esta tiene que ver con las relaciones que debe mantener el cuerpo con el objeto que manipula. El gesto global es descompuesto en dos series paralelas: a) elementos del cuerpo que hay que poner en juego y b) elementos del objeto que se manipula. Allí cobra relevancia la relación entre el soldado y el fusil; las partes del cuerpo del soldado y las partes del fusil.

Por último, está la utilización exhaustiva. Esta muestra los principios de una utilización creciente del tiempo, la cual busca extraer cada vez más instantes disponibles y de cada instante, cada vez más fuerzas útiles. De ese modo, el tiempo alcanza para más (pp. 173-181). En ese orden de ideas, el sujeto urbano se caracteriza por emplear el tiempo óptimamente, saber lo que tiene que hacer y cómo, hacer los gestos pertinentes para el espacio y sujetos con los que se encuentra y manejar diestramente los objetos a su alcance⁶³.

⁶³ Una tercera técnica es la organización de la génesis y una cuarta es la composición de fuerzas (pp. 181-197); pero, estas – que tienen que ver más que todo con la disciplina militar – se dejarán a un lado en atención a los objetivos de la presente investigación y al archivo mismo.

Lo expuesto hasta el momento permite afirmar que la disciplina produce una individualidad: primero, celular, por aquello de la distribución espacial de los cuerpos, y segundo, orgánica, por el cifrado de las actividades. *La disciplina encarna, así, los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos*. Tal coerción involucra tres grandes procedimientos que hacen parte de la *recta disciplina*: 1) vigilancia jerárquica, 2) sanción normalizadora y 3) examen.

La *recta disciplina*, con sus tres procedimientos, es determinante en la tecnología de la urbanidad, ya que consiste en el recto encauzamiento de la conducta. En ese sentido, *la disciplina endereza conductas, las moldea*. No se trata de quitar o reducir, sino de dirigir las fuerzas para multiplicarlas y utilizarlas. Esas fuerzas no son reunidas en masa, sino separadas, analizadas, diferenciadas. En último término, la disciplina fabrica sujetos. Los individuos, de ese modo, son objeto y a la vez instrumento de los procedimientos disciplinarios. Esos procedimientos constituyen un poder modesto y suspicaz que funciona con éxito, precisamente, por cuanto se componen de instrumentos simples, humildes modalidades, procedimientos menores que invaden formas menores. La *recta disciplina* depende de tres grandes procedimientos que pueden verse en concreto allí: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen (p. 199).

La vigilancia jerárquica coacciona con el juego de la mirada. Éstas técnicas permiten ver sin ser visto⁶⁴, así, inducen efectos de poder que recaen sobre los sujetos. Éstos son claramente visibles para esos medios de coerción. De esa vigilancia no sólo se obtiene el observar al sujeto, sino el conocerlo. De ahí que ésta dé lugar a un saber nuevo sobre el hombre surgido de esas técnicas, para sojuzgarlo, y de los procedimientos, para utilizarlo.

⁶⁴ “El poder podrá ser entonces [...] íntegramente anónimo. El director no tiene cuerpo, pues el verdadero efecto del panóptico consiste en ser de tal manera que, aun cuando no haya nadie, el individuo en su celda no sólo se crea sino se sepa observado, que viva la experiencia constante de encontrarse en estado de visibilidad para una mirada, y sin importar que la haya o no la haya. El poder, por consiguiente, está completamente desindividualizado. En el límite, esa linterna central podría estar absolutamente vacía y el poder se ejercería de todas formas” (Foucault, [1973] 2005, pp. 99-100).

El primer observatorio de los sujetos es el campamento militar. Pero ese modelo de vigilancia jerarquizada también está presente, con sus respectivas variaciones, en hospitales, asilos, prisiones, casas de educación. *Así mismo sucede con la tecnología disciplinaria de la urbanidad*: todos los espacios que esta define, desde los públicos hasta el más íntimo – la habitación – son observatorios posibles de los sujetos que por estos circulan⁶⁵ (pp. 200-204). Es por eso que puede afirmarse que las instituciones disciplinarias han funcionado como un microscopio de la conducta en el que todas sus manifestaciones son observadas, conocidas, valoradas y dirigidas. Hay en ellas, entonces, toda una policía de la conducta.

En el caso de la urbanidad, el espacio privado de la habitación está en buena parte sustraído a la vigilancia exterior; sin embargo, se halla sometido a una vigilancia interna a través de la mirada virtual de Dios o del sujeto mismo que se halla en soledad en dicho espacio. Ello muestra que en la urbanidad existe una policía de la conducta incluso en la habitación y el baño, que son espacios en los que el sujeto está solo. De tales espacios privados la vigilancia pasa a otros en los que el sujeto está con los demás: sala, comedor, salón, edificios públicos, escuela, templo, teatro, café, restaurante, hotel, coche, tren, barco. En todo caso, si bien los espacios que delimita la urbanidad son diferentes a los de la escuela (que es en sí un espacio establecido por la urbanidad), la fábrica y la milicia, estos son instancias de producción de sujetos y de puesta a prueba de la efectividad de los enunciados de las prácticas disciplinarias, de ahí la pertinencia de presentarlos como puntos de referencia para el análisis que se propone hacer la presente investigación.

Los modernos procesos de producción requieren de una mirada vigilante especializada y permanente. La vigilancia jerárquica, de ese modo, pasa a ser un operador económico de la mayor importancia en la medida en que es pieza interna en el aparato de producción y, a la vez, un engranaje específico del poder disciplinario. La vigilancia lleva a nuevas mecánicas de poder y se extiende a otros escenarios donde nunca antes se había implementado (en la

⁶⁵ “*Panóptico* quiere decir dos cosas: que todo se ve todo el tiempo, pero también que todo el poder que se ejerce nunca es otra cosa que un efecto óptico. El poder carece de materialidad; ya no necesita toda esa armazón a la vez simbólica y real del poder soberano [...]. Ese poder [...] es la iluminación no material que baña de manera indistinta a toda la gente sobre la cual se ejerce” (Foucault, [1973] 2005, p. 101).

urbanidad se vigilan los espacios de la casa y de la calle, en los cuales no había entrado antes una instancia vigilante). El mismo poder disciplinario se convierte, por virtud de la vigilancia, en un sistema integrado y vinculado desde el interior a la economía y a los fines del dispositivo en que se ejerce.

La vigilancia se organiza como un poder múltiple, automático y anónimo. Su funcionamiento es el de un sistema de relaciones que circula no sólo de arriba a abajo, sino también de abajo a arriba y laterales. De ese modo, tal funcionamiento atraviesa el conjunto, íntegramente, por efectos de poder que se apoyan unos sobre otros y otros sobre unos, de manera tal que todos son vigilantes perpetuamente vigilados. Es por eso que el poder disciplinario no es algo que se tenga⁶⁶, sino que es algo que funciona como una maquinaria. No se trata de un jefe que se halla en la cúspide de una pirámide, sino de todo un aparato en el que se produce poder y éste se distribuye por todos los individuos. Ese poder es indiscreto, por cuanto está por doquier y siempre alerta; no deja zona de sombra, controla incluso a los encargados de controlar. Sin embargo, ese poder también es discreto a la vez, en la medida en que funciona en silencio. Además, no tiene que recurrir a la fuerza porque la óptica y la mecánica son las que facilitan el ejercicio del poder y la sujeción del cuerpo (pp. 205-207). Por tanto, se puede evidenciar que la misma *tecnología de la urbanidad, a través de su normativa, ordena a los cuerpos, así sea sutilmente, la vigilancia incesante de sí mismos* y de los demás, con el fin de lograr la observancia de la norma y, así, la adecuación del comportamiento a esta.

La sanción normalizadora tiene cinco características:

1. Los sistemas disciplinarios funcionan de manera tal que en su núcleo existe un pequeño *sistema penal*, el cual, como se verá, es más que evidente en la tecnología de la urbanidad. Esto es así, por cuanto en la disciplina hay una suerte de leyes,

⁶⁶ “[E]l poder no es nunca lo que alguien tiene, y tampoco lo que emana de alguien. El poder no pertenece ni a una persona ni, por lo demás, a un grupo; sólo hay poder porque hay dispersión, relevos, redes, apoyos recíprocos, diferencias de potencial, desfases, etc. (Foucault, [1973] 2005, p. 19).

delitos, formas de sanción e instancias de juicio. Éstas se dirigen a espacios que las leyes como tal han dejado vacío⁶⁷. De esa forma, califican y reprimen un conjunto de conductas que antes eran indiferentes (utilización del tiempo, actividad, manera de ser, palabra, cuerpo, sexualidad) y, por eso mismo, estaban por fuera de cualquier sistema de castigo. En concreto, esa micropenalidad dirige su mirada a las fracciones más pequeñas de la conducta, las cuales resultan objeto de una configuración de lo penal. Por otra parte, castiga a través de medidas físicas leves, pequeñas privaciones, sutiles humillaciones. En conclusión, el sujeto se encuentra atrapado en una “universalidad castigante-castigable” (pp. 207-209). La urbanidad, por su parte, puede ser vista como un conjunto de comportamientos esperados, que son establecidos a partir de las constantes comparaciones con los comportamientos que le son opuestos. Tales conductas son las que quiere evitar y, por eso, quienes las cometen resultan sancionados con la pequeña privación de la vida social; de la sutil humillación de la exclusión y el rechazo.

2. La disciplina *implica una manera específica de castigar* que no responde necesariamente al modelo de los tribunales. Primero que todo, debe quedar claro que compete a la penalidad disciplinaria todo lo que no se ajusta a una regla previamente establecida⁶⁸. Al respecto, el orden que deben hacer seguir los castigos disciplinarios, es de índole mixta. Por un lado, ese orden es artificial; y fue dispuesto de manera explícita por una ley, programa, reglamento, tal como lo puede ser el manual de urbanidad. Por otro lado, ese orden es definido por procesos naturales y observables; la duración de un aprendizaje, el tiempo de un ejercicio. El castigo en un régimen disciplinario supone una doble referencia jurídico-natural (p.

⁶⁷ Aquí cobra relevancia la distinción entre *regla*, en tanto disposición jurídica propia de una concepción soberana del poder, y *norma*, propia de las disciplinas: “En realidad, las disciplinas tienen su propio discurso. Son en sí mismas, y por las razones que les mencionaba hace un momento, creadoras de aparatos de saber, de saberes y de campos múltiples de conocimiento. Tienen una extraordinaria inventiva en el orden de esos aparatos formadores de saber y conocimientos y son portadores de un discurso, pero de un discurso que no puede ser el del derecho, el discurso jurídico. El discurso de la disciplina es ajeno al de la ley; es ajeno al de la regla como efecto de la voluntad soberana. Las disciplinas, en consecuencia, portarán un discurso que será el de la regla: no el de la regla jurídica derivada de la soberanía sino el de la regla natural, vale decir, de la norma. Definirán un código que no será el de la ley sino el de la normalización, y se referirán necesariamente a un horizonte teórico que no será el edificio del derecho sino el campo de las ciencias humanas” (Foucault, [1976] 2000, p. 45).

⁶⁸ Ver nota de pie de página 67.

209). Por ejemplo, *la urbanidad ordena repetir habitualmente, en calidad de ejercicios, los comportamientos que establece como adecuados; de esa forma, espera hallarlos naturalizados en el cuerpo de los sujetos.*

3. *El castigo disciplinario tiene por función reducir las desviaciones*, por lo que éste *debe ser correctivo*. El castigo adoptado del modelo judicial parece mantenerse en este modelo. Sin embargo, cobra mayor relevancia un castigo a partir del orden del ejercicio. Este tipo de castigo es isomorfo a la obligación misma. Es decir, es menos el reproche de la ley ultrajada y es más la repetición de ese ejercicio que no se hizo bien. Es por esa razón que el castigo consigue sus efectos reparativos por medio del ejercicio constante. En otras palabras, se castiga para que el sujeto afiance en sí mismo la norma. De ahí que quien quiera ser tenido por urbano entre los miembros vigilantes y juzgadores de la sociedad, debe cuidarse de aprender los modales a partir de su constante práctica. Así, resulta que el arrepentimiento y la expiación resultan accesorios⁶⁹ (pp. 209-210).
4. El castigo es un elemento de un sistema doble: gratificación-sanción. Ese sistema se vuelve operativo en el *proceso de encauzamiento y corrección*. De acuerdo con esto, son dos las operaciones características de la penalidad disciplinaria. La primera es la calificación de las conductas y de los hechos a partir de los valores opuestos de lo que está bien y lo que está mal. Toda conducta cabe en el campo de lo “bueno” y lo “malo” o lo civil y lo incivil, que desde el saber propio de la urbanidad sería lo mismo. Este balance, obtenido a través del cálculo permanente, permite que los aparatos disciplinarios clasifiquen a los sujetos, no a sus actos, en “buenos” o “malos” (pp. 210-212). Es por eso que todo acto que el sujeto cometa en contradicción con la norma de urbanidad trae como consecuencia que sea el sujeto mismo el que sea calificado de incivil, ya que el acto corresponde a lo que es el sujeto. Por cierto, se es incivil también por cuestiones de raza y clase, las cuales la

⁶⁹ “[E]l poder disciplinario tiene la doble propiedad de ser anomizante, vale decir, de poner siempre a distancia a una serie de individuos, exponer la anomia, lo irreductible, y de ser siempre normalizador, inventar siempre nuevos sistemas de recuperación, restablecer siempre la regla. Los sistemas disciplinarios se caracterizan por un trabajo constante de la norma con la anomia” (p. 76).

urbanidad asocia directamente con los comportamientos que esta busca erradicar del tejido social.

5. Por último, la distribución en rangos o grados tiene un doble papel: señalar las desviaciones, jerarquizar las cualidades, las competencias y las aptitudes y también castigar y recompensar. *La disciplina recompensa a través de los ascensos y castiga a través de la degradación*. En concreto, puede verse cómo la distribución de los alumnos se hace de acuerdo con sus aptitudes y su conducta y, por tanto, de conformidad con el uso que de ellos se puede hacer. Así mismo, en estos modelos es latente el ejercicio de una presión contante para que todos se sometan al mismo modelo; para que todos se asemejen entre sí (pp. 207-215). La urbanidad busca la homogeneidad de los miembros de la sociedad, lo que implica el ascenso social de todo sujeto que se eduque bajos sus parámetros, la consecuente aceptación de aquellos cuyo comportamiento de adecúe a la norma y el rechazo de quienes no lo hagan (pp. 212-213).

En resumen, el arte de castigar no expía ni reprime, sino que utiliza cinco grandes operaciones. Primero, refiere los actos, los hechos extraordinarios, las conductas similares a un conjunto de análisis que compara, diferencia y es principio de una regla a seguir (todos y cada uno de los modales que los manuales establecen como norma y las conductas que a la par reprochan). Segundo, diferencia a los individuos en función a esa regla de conjunto para así establecer un umbral mínimo, un medio que respetar y un grado óptimo al que hay que acercarse (sujeto civil). Tercero, mide en términos cuantitativos y jerarquiza en términos de valor las capacidades, el nivel, la naturaleza de los individuos (civiles, inciviles y otras clasificaciones derivadas de esta). Cuarto, hace que entre en juego la coacción de una conformidad que hay que realizar. Quinto, traza el límite que define la diferencia respecto de todas las diferencias, traza la frontera exterior de lo anormal (La incivilidad). La personalidad perfecta que es capaz de atravesar todos los puntos y controlar todos los instantes de las instituciones disciplinarias lo que hace es comparar, diferenciar, jerarquizar, homogenizar, excluir. En una palabra: *normalizar* (p. 213).

El criterio de normalización es especialmente adecuado para la urbanidad, ya que los juegos de grados de normalidad son signos de pertenencia a un cuerpo social homogéneo y tienen en sí mismos un papel de clasificación, jerarquización y distribución de rangos en ese cuerpo social (pertenecer o no pertenecer, desde la posición y condición de cada cual, a la sociedad moderna y civilizada). La normalización obliga a la normalidad, a la homogeneidad; pero individualiza al permitir desviaciones, determinar niveles, fijar especialidades y hacer útiles las diferencias ajustándolas unas a otras. Así, el poder de la norma funciona en un sistema de igualdad formal, ya que en el interior de la homogeneidad introduce – como un imperativo útil y como resultado de toda una medida – toda una gradación de diferencias individuales (pp. 214-215).

El examen combina las técnicas propias de la jerarquía que vigila y de la sanción normalizadora. En éste se unen el “despliegue de la fuerza” con el “establecimiento de la verdad” (p. 215). En otros términos, en el examen adquiere notoriedad la superposición de las relaciones de poder con las relaciones de saber. Allí, toda práctica disciplinaria pierde carácter textual y hace de sus referencias algo menos tomado de la tradición conformada por autores decisivos y pasa más a un dominio de objetos ofrecidos perpetuamente a la práctica misma del examen. Ese examen asegura la comparación perpetua de todos los sujetos con los demás para así medir, promover y sancionar. Además, da lugar a un constante y verdadero intercambio de saberes: garantiza el paso de los conocimientos del maestro a su discípulo; pero toma del discípulo un saber que es reservado y destinado a ser utilizado por el maestro para la elaboración de su pedagogía.

Lo anterior se traduce en una especie de aprovechamiento que hace el maestro de los errores de sus discípulos (p. 217). En la urbanidad, diversas figuras cumplen con el lugar el maestro evaluador: en la familia, el padre y, más que todo, la madre; pero en sí, cualquier sujeto que esté en un rango superior en las relaciones que giran alrededor de la distinción adulto-niño. De ese modo, cualquier persona mayor en edad puede corregir en cuestiones de urbanidad al que es menor. Lo mismo sucede en la escuela con el profesor y el estudiante y en cualquier espacio de la vida cotidiana con el superior y el inferior. El

inferior lo es no sólo en edad, sino también en cargo, condición social, raza y puede ser corregido por sus superiores.

La relación poder-saber que está presente en el examen se puede ver a partir de los siguientes puntos, los cuales repercuten en la urbanidad:

- Primero, el examen invierte la economía de la visibilidad en el ejercicio del poder. El poder disciplinario es invisible e impone a los sujetos una visibilidad; así, es mecanismo de objetivación. El examen es la ceremonia de esa objetivación. Los objetos son ofrecidos a la observación de un poder que se manifiesta sólo a través de su mirada.
- Segundo, el examen hace entrar a la individualidad en un campo documental del cual emerge una ciencia sobre el individuo. Los sujetos, de esa manera, no sólo resultan inmiscuidos en un campo de vigilancia, sino también en una red de escritura⁷⁰. Ese espesor de documentos, ese registro intenso, esa acumulación documental capta e inmoviliza al individuo. Así, la escritura hace parte de los engranajes de la disciplina. Como resultado, los rasgos individuales establecidos por el examen son transcritos: código físico de la señalización, código médico de los síntomas, código escolar y militar de las conductas y de los hechos destacados. El individuo se hace un objeto descriptible, analizable y resulta constituido un sistema comparativo que permite la medición de los fenómenos globales, grupos, hechos colectivos, población⁷¹.

⁷⁰ Esa red de escritura no es tan complicada en la urbanidad, ya que no se trata de grandes registros médicos, psiquiátricos, psicológicos ni de grandes análisis estadísticos como los propios del dispositivo de seguridad. En realidad, en la urbanidad se pueden encontrar dos documentos importantes: los manuales de urbanidad y los registros de conducta de los alumnos que se llevan en las escuelas. En estos están anotados todos los comportamientos que permiten conocer de primera mano al sujeto al cual se le endilgan.

⁷¹ Aunque esto no es tan sofisticado en el caso de la urbanidad, la preceptiva contenida en los manuales sí apunta a hacer análisis minuciosos de la conducta de los sujetos con el fin de calificarla y clasificarla y, así, decir la verdad sobre estos. En todo caso, el examen en todo su esplendor ocurre en la vida cotidiana de los sujetos. Es decir, el examen tiene lugar en las relaciones entre sujetos, que es cuando se comprueba si se tienen o no las competencias para vivir en sociedad, de acuerdo con lo exigido por la urbanidad. Quien obtiene buenos resultados es reconocido y acogido socialmente; quien no aprueba el examen, es rechazado.

- Tercero, el examen es importante en términos de la evaluación del comportamiento constante porque hace de cada individuo un caso. El individuo es objeto de conocimientos y presa para el poder; pero no como en el sistema judicial ni como privilegio propio de las personas más notables en una sociedad. El individuo, sea quien sea, se hace objeto y efecto de poder; efecto y objeto de saber; objeto de toma de decisiones, descripciones, juicio en general, mediciones, comparaciones, encauzamiento de su conducta, clasificaciones, normalización⁷² (pp. 215-225).

Esta revisión relativamente exhaustiva del concepto de disciplina muestra varias cosas. Vale la pena hacer énfasis en tres, que a la vez remiten a otros conceptos de vital importancia para el presente estudio académico: (i) en la disciplina circulan relaciones de poder, (ii) el resultado de la puesta en práctica de la disciplina es un cierto tipo de sujeto, (iii) el ejercicio de la disciplina se traduce en la puesta en práctica de un complejo entramado de técnicas.

Lo anterior es susceptible de ser evidenciado una vez se estudió la disciplina ampliamente en una red de relaciones, un aparato constituido de minúsculas partes, que no permanece estático, sino que se desplaza y cambia por virtud de diferentes razones que están debidamente localizadas en el contexto en el cual la disciplina misma tiene lugar y en sus mismas dinámicas internas⁷³. Eso pasa con la urbanidad, la cual se parece a otros mecanismos disciplinarios en sus características más generales; pero, a la vez, se diferencia en sus rasgos distintivos, los cuales obedecen al contexto de su localización y a las

⁷² “En el fondo, en todas estas empresas [...] se trataba de cuatro cosas: selección, normalización, jerarquización y centralización. Ésas son las cuatro operaciones que podemos ver en acción en un estudio un poco detallado de lo que llamamos poder disciplinario” (Foucault, [1976] 2000, p. 169). “[Este es] un sistema de poder asegurado por una multiplicidad, una dispersión, un sistema de diferencias y jerarquías, pero más aún por lo que podríamos llamar una disposición táctica en la cual los distintos individuos ocupan un sitio determinado y cumplen una serie de funciones específicas. Como ven, se trata de un funcionamiento táctico del poder o, mejor, esa disposición táctica permite el ejercicio del poder” (Foucault, [1973] 2005, p. 21).

⁷³ “[Las] formas locales, regionales de poder, [...] tienen su propio modo de funcionamiento, su procedimiento y su técnica. Todas estas formas de poder son heterogéneas. Así pues, no debemos hablar del poder si queremos hacer un análisis del poder, sino que debemos hablar de los poderes e intentar localizarlos en su especificidad histórica y geográfica” (Foucault, [1976] 2010, pp. 892-893).

particularidades de sus prácticas. Las primeras se abordaron en el capítulo I y las segundas serán objeto de las siguientes secciones del presente capítulo.

La disciplina implica poder. Tal poder no puede concebirse como se ha hecho corrientemente. En ese sentido, no puede pensarse en un poder organizado de manera vertical, que parta de un arriba del cual emerja ese poder y que baje en el sentido de expresarse o recaer sobre algo a lo que puede denominarse cuerpo de gobernados. Tampoco puede pensarse en el poder como simplemente la regla, la prohibición, el establecimiento de un límite entre lo permitido y lo prohibido (Foucault, [1976] 2010, p. 890)⁷⁴.

Por el contrario, para entender el poder que se ejerce en la disciplina es necesario concebirlo como un “dominio de relaciones estratégicas entre individuos o grupo — relaciones en las que está en juego la conducta del otro o de los otros, y que recurren, según los casos, según el marco institucional en el que se desarrollan, según los grupos sociales o según las épocas, a procedimientos y técnicas diversas —” (Foucault, [1981] 1999, p. 256). Esta concepción implica que el poder se ejerce en una multiplicidad de ámbitos y que por ello se halla desperdigado por todo el tejido social y no está simplemente presente en un centro. Tal dispersión requiere que al poder se le analice más empíricamente, más de cara a las situaciones presentes y con mayor énfasis en las relaciones entre la teoría y la práctica (Foucault, [1982] 1988, p. 5). Ello no es posible a partir del viejo modelo contractualista que ubica al poder en un centro. Ese centro es el Estado poseedor del poder y el que ejerce la soberanía sobre la sociedad civil en la que no hay poder (Foucault, 2010, p. 145).

⁷⁴ Esta forma de concebir el poder fue denominada *jurídica* por Foucault. Esa forma *jurídica* resultaba insuficiente para estudiar las nuevas relaciones de poder que tienden a la objetivación del sujeto y de las mismas enfermedades del poder presentes en el stalinismo, el fascismo y el nazismo (Foucault, [1982] 1988, p. 4). Además, dicha forma se preocupa por preguntas clásicas, que son precisamente del ámbito de la filosofía jurídica y política moderna (Rousseau, Kant): “dónde está el poder, quién lo detenta, qué reglas lo administran, cuál es el sistema de leyes que el poder establece sobre el cuerpo social”. En ese orden de ideas, parece ser que esa concepción del poder que Foucault llama *jurídica*, es llamada así por cuanto el poder se reduce y está expresado en los mismos términos que el derecho (Foucault, [1976] 2010, pp. 890-892).

Además, implica que el poder tiene por objetivo afectar la conducta del otro en cualquiera de los espacios⁷⁵ y juegos de relaciones en los que se ejerce.

La disciplina tiene como resultado la producción de un cierto tipo de sujeto. Ello sigue unido al poder porque en la medida en que el sujeto se halla inmerso en relaciones de producción, también se halla inmerso, necesariamente, en relaciones de poder (Estas ocurren en la urbanidad a través de diversas relaciones personales, afectivas) (Foucault, [1982] 1988, p. 3)⁷⁶. Sin embargo, esta producción no es algo que el sujeto haga por sí mismo. Es decir, el sujeto no es el que se constituye a sí mismo. En esa forma de poder – que lleva a una forma de subjetivación en la que el sujeto no actúa sobre sí, sino que es sujetado por ese juego de relaciones – el sujeto es clasificado en categorías, designado por su propia individualidad, atado a una cierta identidad, sujetado a una ley de verdad que éste debe reconocer acerca de sí mismo y que los demás deben reconocer en éste (Foucault, [1982] 1988, p. 7).

En ese sentido, la disciplina, como forma de subjetivación, implica la sujeción y no el conocimiento de sí mismo ni el cultivo de sí. En este tipo de subjetivación, que es sujetante, no hay relación consigo mismo; no hay gobierno de sí mismo. Tal tipo de producción prima en la urbanidad. Sin embargo, debe reconocerse que en esta no dejan de aparecer rasgos que permitan hablar de una cierta auto-constitución del sujeto.

En términos de subjetivación, el fin es que el sujeto quede constituido de cierta forma que él reconozca en sí mismo esa identidad a la cual se le ha atado y los demás vean en ese sujeto tal identidad. Las técnicas, entonces, tienen como fin normalizar, como se vio anteriormente, modificar, controlar la conducta del sujeto a través de la atribución de una identidad determinada a éste. Allí cobran relevancia todas las distinciones, distribuciones,

⁷⁵“Poderes quiere decir formas de dominación, de sujeción, que funcionan localmente, por ejemplo en el taller, en el ejército, en una propiedad de tipo esclavista o en una propiedad donde hay relaciones serviles” (Foucault, [1976] 2010, p. 892). En estas últimas dos hay dominación, mientras que en las primeras dos hay sujeción.

⁷⁶ “La función primaria, esencial y permanente de esos poderes locales y regionales es, en realidad, ser productores de una eficacia, de una aptitud, productores de un producto” (Foucault, [1976] 2010, p. 893).

clasificaciones, composiciones, procedimientos que tienen lugar en la disciplina⁷⁷. Éstas, en conjunto, forman una tecnología de poder, ya que esta implica el ensamblaje ordenado y organizado de todo ese entramado de técnicas que persiguen una finalidad y adoptan un proceder encaminado a un fin y que “han sido inventadas, desarrolladas y que se perfeccionan sin cesar” (Foucault, [1976] 2010, p. 894).

En resumen, el poder disciplinario se puede expresar así:

En una palabra, podemos decir que el poder disciplinario – y ésta es sin duda su propiedad fundamental – fabrica cuerpos sujetos, fija con exactitud la función sujeto al cuerpo; [sólo] es individualizante [en el sentido de que] el individuo no [es] otra cosa que el cuerpo sujeto. Y podemos resumir toda esa mecánica de la disciplina de la siguiente manera: el poder disciplinario es individualizante porque ajusta la función sujeto a la singularidad somática por intermedio de un sistema de vigilancia y escritura o un sistema de panoptismopangráfico que proyecta por detrás de la singularidad somática, como su prolongación o su comienzo, un núcleo de virtualidades, una psique, y establece, además, la norma como principio de partición y normalización como prescripción universal para todos esos individuos así constituidos (Foucault, [1973] 2005, p. 77).

⁷⁷ “Por [poder disciplinario] no entiendo otra cosa que cierta forma terminal, capilar del poder, un último relevo, una modalidad mediante la cual el poder político y los poderes en general logran, en última instancia, tocar los cuerpos, aferrarse a ellos, tomar en cuenta los gestos, los comportamientos, los hábitos, las palabras; la manera, en síntesis, como todos esos poderes, al concentrarse en el descenso hacia los propios cuerpos y tocarlos, trabajan, modifican y dirigen lo que Servan llamaba las “fibras blandas del cerebro”. En otras palabras, creo que el poder disciplinario es una modalidad determinada, muy específica de nuestra sociedad, de lo que podríamos denominar contacto sináptico cuerpo-poder” (Foucault, [1973] 2005, pp. 59-60).

2. DISTRIBUCIÓN ESPACIAL Y CONTROL DE LA ACTIVIDAD DE LOS CUERPOS

La urbanidad tiene una importante base en la topología que los manuales establecen. Estos textos enuncian una cantidad determinada de espacios. Para cada espacio, el manual formula una serie de comportamientos que éste mismo funda como adecuados. Igualmente, la norma establecida por los manuales implica la distribución de los cuerpos en cada uno de esos espacios. De ese modo, hay espacios que pueden ser ocupados por un tipo de sujeto específico, mientras que otros tipos de sujeto no pueden ocupar tales espacios. Igualmente, esta distribución conlleva una repartición de tareas y un uso del tiempo. Tal distribución conlleva unos efectos en la producción de subjetividad que se logra a partir de la tecnología de la urbanidad y en la relación que estos sujetos producidos tienen entre sí.

La primera gran partición binaria de espacios que hace la urbanidad consiste en separar el campo, de la ciudad⁷⁸. Mientras que en la ciudad está la urbanidad – y, con ella, todas las características, en términos de virtud moral, que la acompañan – en el campo, está la no-urbanidad. El campesino es rústico, agreste, tosco. Además, este sujeto está alejado geográfica y mentalmente de la vida moderna propia de las ciudades por vivir donde vive, con quien vive y de la manera como vive. Por tanto, su comportamiento es el primero en ser señalado como opuesto al sujeto que produce la tecnología de la urbanidad. Entonces, es sólo en la ciudad donde se puede producir el sujeto deseado y no en el campo:

La urbanidad, propiamente dicha, es la manera de conducirnos en la sociedad, para hacernos agradables a todos, conservando la mejor armonía en el ejercicio de las virtudes sociales. La palabra *urbanidad* es la españolización de otra palabra latina (*urbanitas*), derivada de *urbs* (ciudad), i se contrapone a la de *rusticidad* (*rusticitas*), derivada de *rústicus* (rústico, campesino, agreste, inculto, grosero, tosco); porque entre los romanos el hombre de la ciudad, o urbano, era el de pulidas maneras i buen tono, miéntrasacontecia todo lo contrario con el campesino o rústico. Por una

⁷⁸ Ver Capítulo I.

etimología semejante a la de la palabra *urbanidad*, esta se denomina igualmente *civilidad*, de *cívitas* (ciudad también) (Cursivas dentro del texto) (Arroyo, 1864, p. 203).

La segunda división de espacios va de la mano con la gran partición binaria que tiene lugar en la tecnología de la urbanidad: civiles e inciviles. De ese modo, hay espacios propios para que se desempeñen en sociedad los civiles, mientras que hay espacios donde sólo están los inciviles. En esos últimos no puede estar ningún civil que quiera seguir siendo llamado civil por los demás y, por supuesto, por él mismo. En ese orden de ideas, la distribución de los cuerpos en los distintos espacios tiene como consecuencia no solamente estar donde la tecnología de la urbanidad ordena, sino también no estar en aquellos espacios que son prohibidos porque allí todo comportamiento escapa a la norma.

La tercera división de espacios está marcada por la división moderna entre lo público y lo privado⁷⁹. Tal división en la urbanidad resulta muy importante; pero termina siendo aparente porque todos los ámbitos de relación del sujeto con los demás e, incluso, consigo mismo aparecen altamente visibles. De esa forma, el espacio privado se vuelve público en la medida en que los diferentes sitios que lo componen se convierten en instancias de incesante vigilancia sobre el cuerpo, el cual depende, para poder ser aceptado, de los juicios que otros emitan sobre él. De todas maneras, los espacios públicos son muchos y de variados estilos y hechos para distintos propósitos de lo que es la vida social moderna de los sujetos. Por su parte, el espacio privado es la casa. Allí habita la familia y allí se dan las relaciones privadas del sujeto con sus familiares, amigos más allegados y criados. Entonces, mientras en el espacio público los cuerpos están al descubierto, en el espacio privado se hallan ocultos de ser vistos por otros; pero no de ser cuidados por sí mismos, a lo que se une la presencia de un Dios vigilante, la cual la urbanidad rescata.

⁷⁹ En el segundo capítulo se mostró el gran espacio público en el que circulan los enunciados de la urbanidad. Este emergió de los grandes cambios que fueron resultado de la implementación de los estándares (políticos, estéticos y morales) de la modernidad europea en Colombia. En este tercer capítulo se quiere entrar en el espacio privado de las casas de familia, las cuales están llenas de espacios públicos, dentro de los cuales está la habitación; lugar que pierde su privacidad en tanto el sujeto es vigilado por sí mismo y por Dios.

La primera subdivisión de espacios está al interior del hogar. Estos espacios van apareciendo en la medida en que los sujetos externos a la familia entran en casa ajena. De ese modo, se tiene que dentro del hogar hay espacios, hasta cierto punto, públicos. Ello resulta de esa manera, por cuanto los sujetos comparten allí entre sí, en tanto miembros de una familia, y comparten con sus amigos más cercanos y se relacionan, sólo en lo que corresponde, con los criados.

En esos espacios públicos de la casa, en los que alguien puede entrar, lo que primero que aparece es el vestíbulo. Allí se recibe a quien llega; es el primer espacio público de la casa. Luego está la sala de hacer visita. Después aparecen otras salas como la de tomar café o té o la de tener una fiesta o banquete e, incluso, el despacho del dueño de casa. Por supuesto, estos últimos espacios son enunciados por manuales dedicados a personas adultas de mayor capacidad económica como por ejemplo el *Manual* de Carreño (1854)⁸⁰. Por último, lo que aparecen son las habitaciones. En éstas únicamente entra quien allí habita, más aún, si se trata del cuarto de una mujer, al cual sólo ella puede entrar, y nadie más, y menos todavía si se trata de un hombre. Es más, no puede permitirse que desde afuera se pueda ver algo de lo que hay dentro de una habitación⁸¹; ese sí es un espacio privado en el que el sujeto está consigo mismo y con Dios que está en todas partes. Finalmente, cabe mencionar que hay dos lugares especiales de la casa que comunican el espacio privado-público del hogar con el espacio eminentemente público de la calle: ventanas y balcones. Allí, el comportamiento debe ser muy estricto, precisamente por cuanto estar en la ventana o el balcón es como comunicar lo privado con lo público⁸². Correlativamente, el mismo comportamiento estricto se exige para quien está en la calle. Dicha persona no puede violar la privacidad de un hogar con sus miradas detenidas hacia el interior de una casa:

⁸⁰ Entrado ya el siglo XX aparecerán el *Savoir-vivre* escrito por *Una Dama Colombiana* (1913) y el *Protocolo Hispanoamericano* de Tulio Ospina (1919).

⁸¹ “Siempre que nuestras circunstancias nos lo permitan, evitemos que la pieza que sigue á la sala sirva de dormitorio; y si no podemos evitarlo, cuidemos de que las camas no estén jamas á la vista. El tálamo nupcial, ofrecido á las miradas de los que entran á la sala, no podrá ménos que considerarse por las personas cultas y juiciosas, como un signo de vulgaridad y mala educacion” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 77).

⁸² “La ventana es uno de los lugares en que debemos manejanos con mayor circunspección. En ella no podemos hablar sino en voz baja, ni reírnos sino con suma moderaci[ó]n, ni llamar de ninguna manera la atenci[ó]n de los que pasan, ni aparecer, en fin, en ninguna situación que bajo alg[ú]n respecto pueda rebajar nuestra dignidad, y dar una idea desventajosa de nuestro carácter y nuestros principios” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 101).

No nos acerquemos nunca á las ventanas de una casa con el objeto de dirigir nuestras miradas hácia (sic) adentro. Este es un acto incivil y grosero, y al mismo tiempo un ataque á la libertad inviolable de que cada cual debe gozar en el hogar doméstico (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 105).

En el interior de cada uno de los espacios de una casa están ubicados diferentes tipos de muebles. Tales muebles tienen los pequeños espacios de sus cajones y gavetas para guardar allí dentro diferentes objetos. Los enunciados de la urbanidad ordenan que todas las cosas se organicen de manera metódica y precisa. En cada espacio habrán de tenerse objetos de la misma índole, y no mezclados, todos perfectamente bien encajados. Ello, para que nadie pierda tiempo valioso, que puede utilizarse en alguna actividad provechosa, mientras se está buscando aquel objeto que no se organizó previamente.

Entre los hábitos que es conveniente contraer en los primeros años, pocos hay más útiles que el de tener un lugar señalado para cada cosa y ponerlas todas en el suyo. Nadie puede calcular el tiempo que se malgasta, las pérdidas que se sufren, ni los malos ratos que úno se proporciona cuando no observa esta ventajosísima costumbre. Es bien sabido que el enemigo que ella tiene es la pereza, y el decir esto es hacer su mejor elogio (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 70).

En resumen, en el espacio privado de la casa en el que se desenvuelven los sujetos producidos por la urbanidad, existe una subdivisión de espacios claramente establecida. Esos espacios, a su vez, están también perfectamente divididos, de tal manera que en ellos, cada objeto – que, además, necesaria e indefectiblemente debe ser el destinado por la tecnología de la urbanidad misma a estar en ese espacio y no en otro – está debidamente repartido y organizado. Así, los sujetos podrán dar al espacio correspondiente el uso que se le adecúa a la funcionalidad para la cual éste fue creado y, así mismo, a los objetos que en ese sitio están. Además, por supuesto, tales sujetos podrán presentar a otros esos lugares, cuando la misma norma permite que ello sea así. De ese modo, se tendrá que una es la

distribución de objetos y espacios en una sala⁸³, otra en el despacho del señor de la casa⁸⁴, otra en el cuarto de una señora⁸⁵, otra en la habitación matrimonial, etc.

Del análisis de la casa, puede decirse que este es el espacio privilegiado de la urbanidad. Allí es que las conductas del cuerpo se modelan. Allí es que se enseñan y practican los enunciados de la urbanidad. Al interior de la casa, el padre y la madre, así como todos y cada uno de los demás adultos, son los difusores de los enunciados y los hijos son los receptores. Esos padres que alguna vez fueron hijos y, de ese modo, fueron subjetivados en tanto sujetos a la norma, ahora tienen la función de subjetivar en tanto sujetar. Gracias a esos procesos vividos en ese espacio privado, el sujeto puede salir a la vida pública. Ahí radica la importancia de ese gran espacio que es la casa⁸⁶ porque es allí, al igual que en el espacio de la escuela, donde se produce el sujeto. En la casa se llega a un plano micro-capilar que deja ver cómo el enunciado llega, penetra y atraviesa hasta el más mínimo detalle en términos del espacio más recóndito⁸⁷ y todo lo que hay y se da en él.

En cuanto al tiempo, este debe ser utilizado con la más y absoluta precisión. Esto tiene que ver con que los cuerpos tengan muy claras cuáles son las tareas que deben cumplir durante un día y cómo deben hacerlo. La primera actividad del día es asearse y alistarse para emprender las actividades más importantes como son el estudio y el trabajo:

⁸³ “La sala no se debe atestar de muebles, tanto más que éstos no se distribuyen hoy con la simetría de otros tiempos. Tampoco se usa la antigua regularidad en el tipo del mobiliario, pero no se debe hacer de la sala un museo de estilos de tapicería y ebanistería; el grupo principal, es decir un sofá y las sillas más próximas, deben ser del mismo estilo. Los cuadros, espejos, estatuas y jarrones, que constituyen la ornamentación, en la cual no entrarán para nada las tarjetas de visita y las esquelas de las invitaciones que se hayan recibido, serán relativamente pocos, pero de verdadero mérito; y no habrá entre ellos retratos de familia, a menos que sean obras de arte o que representen personas que fueron notabilidades en el país. El piano es hoy casi esencial. La ornamentación se completa con algunos jarrones con flores, colocados como al descuido en posiciones caprichosas, y nunca en el centro del salón” (Ospina Vásquez, 1919, p. 58).

⁸⁴ “El despacho del señor sólo requiere un escritorio, una biblioteca y algunos asientos; todo sólido y sencillo, sin más adorno que dos o tres cuadros y otras tantas estatuitas” (Ospina Vásquez, 1919, p. 59).

⁸⁵ “Muebles de maderas de color claro, o los de mimbre llamados de Viena, son los más elegantes para el cuarto de una señora, donde sobrarán todo lo que no sea una cama sencilla con su mesa de noche; un armario de espejo; un aguamanil, sin recargo de cachivaches; y algunas sillas cómodas” (Ospina Vásquez, 1919, p. 59).

⁸⁶ “Y como nuestros hábitos en sociedad no serán otros que los que contraigamos en el seno de la vida doméstica, que es el teatro de todos nuestros ensayos, imposible será que consigamos llegar á ser metódicos y exactos, si no cuidamos de poner orden a todas nuestras operaciones en nuestra propia casa” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 61).

⁸⁷ En lo recóndito del hogar, en el espacio privado de la habitación, pareciera que los enunciados que circulan tienen efectos auto-disciplinantes respecto de la economía, la erótica y la dietética.

Los *hábitos del aseo* revelan adem[á]s hábitos de [o]rden, de exactitud y de método en los dem[á]s actos de la vida; porque no puede suponerse que se practiquen diariamente las operaciones que son indispensables para llenar todas las condiciones del aseo, las cuales requieren cierto [o]rden y método y una juiciosa economía de tiempo, sin que exista una disposici[ó]n constante á proceder de la misma manera en todo lo dem[á]s (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 42) (Cursivas fuera de texto).

El sujeto urbano debe ser productivo; sólo los inciviles son improductivos, ociosos. Por cierto, se es ocioso también cuando no se hacen labores que realmente sirvan para algo. Las tareas deben ayudar a construir el sujeto, tal como lo quiere producir esta tecnología. Es por eso que Carreño afirma que “[n]inguna persona existe que pueda considerarse exceptuada de estas reglas, porque á nadie le es lícito permanecer en la *ociosidad* [...] El que no está dedicado al estudio, debe estarlo al trabajo en alguna industria útil” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 70) (Cursivas fuera de texto).

Las tareas cotidianas deben cumplirse estrictamente, con el mayor método posible y sin lugar a desperdicio del tiempo⁸⁸. Lo último implica que una labor no puede llevar más tiempo del tenido por la urbanidad como razonable. Igualmente, el desperdicio del tiempo también atañe a incurrir en distracciones mientras se hace la actividad. Además, todo debe empezarse, también, a una hora precisa. De estas tareas, incluso el dormir está estrictamente normado, sobre todo para que los cuerpos no duren mucho tiempo durmiendo⁸⁹, lo cual impide ese propósito de ser productivo, metódico y organizado.

⁸⁸ “Así como el *método* es necesario a nuestro espíritu para disponer las ideas, los juicios y los razonamientos, de la misma manera nos es indispensable para arreglar todos los actos de la vida social, de modo que en ellos haya [o]rden y exactitud, que podamos aprovechar el tiempo, y que no nos hagamos molestos á los dem[á]s, con las continuas faltas é informalidades que ofrece la conducta del hombre inmetódico” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 61) (Cursivas fuera de texto).

⁸⁹ “G[ua]rdémonos de entregarnos nunca al rudo y estéril placer de *dormir en exceso*, y no permanezcamos en la cama sino por el tiempo necesario para el natural descanso [...] [D]esde que la plenitud de su raz[ó]n y los estudios y ocupaciones s[e]rias le dan entrada en la vida social, [al hombre] ya no le está permitido permanecer en la cama por mas de siete horas” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 69) (Cursivas fuera de texto).

Todo ello implica también que hacer-algo durante más tiempo que el requerido, no permite hacer-otras-actividades que deben-realizarse en el día:

El que quiera venir á ser hombre útil y capaz de algo, debe habituarse á la exactitud ó formalidad, que consiste en desempeñar todo lo que úno se propone, del mejor modo que es posible sin descuidar las circunstancias más menudas. Los que dicen que lo mismo es hacer las cosas un minuto antes que un minuto después; los que miran como pequeñez cualquier cosa de las que pueden contribuir á que lo que se hace salga bien; los que se contentan con no omitir lo que les parece más interesante, y por decirlo así, más de bulto, todo lo hacen á medias y son la clase de gente que menos hace falta en el mundo (Marroquín Ricaurte, 1911, pp. 69-70) (Cursivas fuera de texto).

Del espacio privado se pasa al público. En el espacio público hay, a su vez, numerosos espacios por los cuales circulan los enunciados de la urbanidad. El lugar público más recurrente en los manuales de urbanidad consultados, es el templo. A pesar de que la urbanidad pareciera obrar, como se verá en la siguiente sección, como una suerte de saber omnicomprendivo que hasta cierto punto pretendiera sustituir la moral y la religión, de todas maneras el templo católico, por demás, sigue siendo un lugar privilegiado en esta tecnología de poder modelizante. De ese modo, el templo no sólo representa un espacio donde los sujetos se relacionan públicamente con otros, sino simboliza las creencias de la mayoría de los colombianos de la época e implica la existencia de una institución privilegiada a lo largo de la historia del país. Claro está que no es en el interior del templo donde los sujetos pueden hablar, sino es en el atrio. Allí, a la salida de misa, los sujetos se detienen para saludarse y conversar. Es por eso que el atrio también puede considerarse un espacio público en particular donde se desarrollan diferentes relaciones entre personas.

El segundo espacio público por excelencia dentro de los manuales de urbanidad es la calle. Así el sujeto no asista a los más importantes espacios de la vida social moderna, sí pasará muchas veces, por la calle. La calle será el lugar donde se encuentren todos los

sujetos que están separados por la distribución que la tecnología de la urbanidad hace de estos en sus casas y otros diferentes espacios de encuentro. Los cuerpos – una vez dejan esos espacios que los mantienen relativamente aislados de otros cuerpos de diferente edad, sexo, cargo y clase social – se encuentran en la calle. Por allí, la norma ordena que se ande a paso moderado, con el cuerpo recto y sin mover mucho los brazos⁹⁰. Igualmente, el espacio amplio de la calle resulta dividido imaginariamente, de tal modo que los inferiores cedan el paso a los superiores⁹¹ y, así, no se mezclen con ellos, los rocen o los interrumpen:

¿Habr algo menos esttico que ver por la calle a una seora vestida con gran lujo, caminando al lado de la india envuelta en el paoln negro, la cual lleva en brazos al nio convertido en un paquete de cintas y encajes? Esto produce el mismo efecto que ver en un saln cerca de una pintura de precio, una oleografa sin valor de ninguna clase. El buen tono y la educacin imponen la armona en todas las cosas (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 24).

Un tercer espacio pblico mencionado recurrentemente en el archivo es la escuela o, en general, las casas de educacin. Aunque no son muchos los preceptos especficos a cumplir en una casa de educacin, el discurso de la urbanidad s se refiere con especial inters a ese espacio. Es en las escuelas en las que se imparte la asignatura de urbanidad y es en sus espacios donde deben ponerse en prctica los enunciados de la urbanidad todo el tiempo:

Las atenciones que tributemos los alumnos se entienden tributadas al mismo establecimiento, y en especial sus directores. As, no penetremos nunca en estos edificios, sin quitarnos el sombrero y manifestarnos atentos y respetuosos, por ms jvenes que sean las personas que se ofrezcan nuestra vista (Carreo Muoz, 1854 [1868], p. 119).

⁹⁰ “Nuestro paso no debe ser ordinariamente ni mui lento, ni mui precipitado; pero es lcito los hombres de negocios acelerarlo en las horas de trabajo. En una mujer, siempre seria impropio el paso acelerado” (Carreo Muoz, 1854 [1868], p. 104).

⁹¹ “Cuando una persona ha de pasar por delante de otra, el inferior ceder siempre el paso al superior, el caballero la seora, y el que va caballo al que va pie” (Carreo Muoz, 1854 [1868], p. 107).

Carreño señala otros espacios públicos: a) cuerpos colegiados, en los cuales debe cuidarse la etiqueta parlamentaria, además de la urbanidad en general; b) espectáculos para los cuales hay reglas muy específicas que van desde la llegada al local, como lo llama Carreño, hasta el aplauso, todo lo cual debe hacerse a un ritmo determinado por una especie de juego del justo medio y la pertinencia⁹²; c) los establecimientos públicos: oficinas, comercios, fondas; d) los espacios que se ocupen durante un viaje: coches, carruajes. Estos últimos podrían ser también objetos, pero estar dentro de un coche o un carruaje es como estar en un espacio. *Una Dama Colombiana*, en su *savoir-vivre* habla de espacios donde tienen lugar conciertos, monólogos y ventas de caridad. Así mismo, se pronuncia sobre el buen comportamiento en los almacenes. Finalmente, habla del uso del espacio interior de un carruaje.

Tulio Ospina es el autor más detallado en lo que se refiere a enunciación de espacios públicos. Aparte de los ya encontrados en otros manuales, el *Protocolo hispanoamericano* enuncia la plaza de toros, el tren, el barco, los hoteles y los restaurantes. Finalmente, dedica unos preceptos a los cementerios.

En cada uno de los espacios públicos referidos sólo se puede estar si se va a hacer-algo al interior de estos que tenga que ver con la funcionalidad para la cual fueron creados. No cabe, de ese modo, el sujeto que vaya a algunos de estos sitios sin tener nada que hacer allí. Otro criterio descansa en el hecho de que sólo se está en los espacios en los que el sujeto necesariamente se vaya a relacionar con otros y cuando esa relación sea considerada pertinente por el mismo saber de la urbanidad. En cada sitio, entonces, están los sujetos que tienen que estar allí por razón de su ocupación o porque tienen que cumplir con algo.

Otros son los espacios en los cuales no entran los enunciados de la urbanidad. Ya se había dicho atrás que uno es el campo. Más adelante se señaló que había otros que ni siquiera eran nombrados por ser estos propios de gente incivil. Otros sitios, incluso dentro del

⁹² “Para los aplausos hai [hay] reglas especiales, las cuales no pueden desatenderse sin incurrir en graves faltas, que arguyen ignorancia y mala educación [...]. Las personas prudentes y bien educadas, cuando no poseen los conocimientos que son necesarios para obrar en estos casos con el debido acierto, jamas se arriesgan á ser las primeras en aplaudir sino que se unen siempre al aplauso de los inteligentes” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], pp. 123-125).

mismo hogar son vetados por ser estos donde permanecen los criados. Nada se habla de la cocina o del sitio en el que se lava y tiende la ropa. Como se verá, la existencia de estos espacios, la cual a veces es nombrada por los manuales específicamente o es apenas insinuada, va a comprometer desde el propio saber de la urbanidad la efectividad de la circulación y puesta en práctica de los enunciados en un tejido social en el que se supone que sus miembros están interesados por un colectivo compuesto de sujetos que se comporten de acuerdo con la norma. De esa forma, los criados están en relación entre ellos, y en el espacio que les corresponde, de acuerdo con sus propios modos. Sin embargo, cuando allí entra la dueña de casa, los preceptos de la urbanidad parecen cobrar rigor.

Hasta aquí se ha hecho un análisis del establecimiento de espacios y de la distribución de los cuerpos en esos espacios. Tal análisis comenzó con la división más general entre campo y ciudad. Luego de ello, se quedó en la ciudad para, así, entrar a estudiar los espacios públicos y, aparentemente, privados de esa ciudad. El espacio privado por excelencia es la casa, mientras que los públicos son muchos dependiendo de a quiénes esté dirigido un manual de urbanidad determinado. De ese modo, puede afirmarse que no todos los sujetos que actúan en el tejido social pueden estar en todos los espacios públicos que el saber de la urbanidad establece. En el mismo orden de ideas, dentro de la casa, hay espacios relativamente públicos, que son aquellos a los que pueden entrar los familiares y los amigos más cercanos de los dueños. Por otra parte, hay espacios, en principio, privados en los que sólo entra el sujeto al cual le ha sido asignado ese espacio, léase, la habitación. Igualmente, cada lugar debe ser usado con la misma corrección⁹³. Entonces, a cada espacio dentro de la casa también le corresponde un cuerpo; cada cuerpo debe ingresar a cada espacio en el momento ‘correcto’, por un tiempo ‘adecuado’ y de la manera ‘que-corresponde’.

P. Cómo os introduciréis (sic) en la casa? R. A la llegada me haré anunciar por un criado, en seguida entraré, saludaré primeramente a los amos de la casa, i despues (sic) a las demas (sic) personas continuando por las de mas

⁹³ “Las personas bien criadas se dan á conocer por el modo como usan de los lugares destinados á la satisfacción de las necesidades corporales. Los que no se han criado como personas decentes, dejan en aquellos lugares bastantes indicios de haber tenido esa desgracia” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 18).

distincion (sic), daré la mano a mis iguales e inferiores con quienes tuviere amistad, i esperaré a que me la estiendan los superiores (Cuervo Barreto, 1866, p. 13).

Los cuerpos tienen partes. Tales partes se modelan en esta tecnología que llega, poco a poco, cada vez más a lo más capilar, a lo más micro. Las partes del cuerpo deben cumplir muy bien con la ejecución de varias acciones: Caminar en la calle⁹⁴, sentarse en la sala⁹⁵, sentarse a la mesa⁹⁶, estar en pie⁹⁷, saludar⁹⁸, hablar⁹⁹, mirar¹⁰⁰, reir¹⁰¹, escuchar, no-oler,

⁹⁴ “En las calles y otros lugares públicos por donde se ande, es necesario llevar un paso moderado, ni muy acelerado ni muy lento; no pisar muy recio ni tampoco con demasiada suavidad; ir con el cuerpo derecho; no hacer oscilar los brazos; y sobre todo, ver bien por dónde se anda, para no estorbar el paso ni incomodar á los demás (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 20).

⁹⁵ “Cuando uno está sentado, ha de mantener derecho el cuerpo, sin inclinarlo hacia los lados ni hacia atrás. Los brazos no han de echarse por encima del respaldo de la silla, taburete ó canapé; las piernas no han de estar estiradas, ni los pies apoyados en los barrotes del asiento. El echar una pierna sobre otra es cosa tolerada por el uso moderno; sin embargo, esto no es permitido en la iglesia ni delante de personas de gran respeto sobre todo si ellas no lo hacen primero” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 19).

⁹⁶ “No me arrimaré ni me separaré mucho de la mesa, procurando no incomodar con los brazos al vecino, ni poner los codos sobre la mesa, sino apoyándome lijeraamente en las muñecas i teniendo el cuerpo derecho. [...] Pondré el vaso a la derecha del plato i el pan a la izquierda, i cortaré este en pedacitos iguales para comer la corteza juntamente con la miga, llevando cada pedacito con dos dedos a la boca. [...] Llevaré la comida a la boca con la mano derecha, usando del tenedor o de la cuchara segun la mayor solidez del manjar. La sal i la pimienta de han de tomar con la cucharita destinada a este servicio, o por su defecto, con la punta del cuchillo limpio, pero de ninguna manera con los dedos. No es cosa regular oler los manjares, ni dejar la cuchara o el tenedor i cuchillo fuera del plato, despues de haberme servido de ellos, ni echar por el suelo los huesos, mondaduras de frutas o cosas semejantes, pues estas se ponen a la orilla del plato. Las pepas de las frutas no han de escupirse, sino sacarse con dos dedos de la boca. Debe cuidarse de que no se manchen las manos, ni se embadurnen los lábios i mas aun de meter la cuchara o el trinchero sucio en el plato comun, o de tocar los alimentos con los dedos, o de limpiar el plato con un pedazo de pan” (Cuervo Barreto, 1866, pp. 21-22).

⁹⁷ “Cuando uno está en pie debe cuidar de no encorvarse; de no ladear ni echar para atrás la cabeza con aire de petulancia ó fanfarronería; de tener rectas las piernas y de apoyarse igualmente sobre entrambas, no poniendo la una delante de la otra y teniéndolas bastante unidas; y finalmente, de no ponerse en jarras que es cosa ridícula y fea por demás” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 20).

⁹⁸ “Siempre se presenta primero a la persona que es considerada como inferior por su edad, su posición, sus títulos, sus grados, etc. En igualdad de edades, se presenta la persona soltera a la casada. Cuando no hay ninguna diferencia que hacer, entonces se presenta primero la que llega último. Entre personas de igual categoría la presentación se hace indistintamente. Los señores primero, porque las señoras son siempre tratadas como superiores. Si se omite la fórmula de la presentación, la persona inferior por el rango, la fortuna, su mala situación o por cualquier otro motivo, podría creerse ofendida, pues ese olvido parecería indicar que se la considera de ser presentada a la persona superior” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 106).

⁹⁹ “Abandonad vuestras palabras indecentes o de dudosa significacion; vuestros manoteos i acciones vulgares; no griteis cuando no se necesita sino un acento que conmueva o atraiga. Dejad los gritos para el mercado i para los actores de melodrama. Formadnos un teatro en donde podamos decir: él siente lo que dice, i lo hace sentir” (González, 1858, p. 62).

no-tocar¹⁰² sino cuando corresponda de acuerdo al mismo saber de la urbanidad y no relacionarse con otros cuerpos, sobre todo con los de los sujetos inferiores¹⁰³. Allí entran a funcionar mecánicamente las partes del cuerpo. Cada una de ellas tiene una función especificada en términos de lo que debe-hacer y cómo y lo que no-debe-hacer.

Esas partes del cuerpo entran en relación con objetos, de dos maneras: La primera, respecto de los objetos que el cuerpo usa para hacer-algo y los que no debe usar. La segunda, respecto de los objetos que el cuerpo usa para cubrir sus partes¹⁰⁴. Ambos usos están normados hasta en sus implicaciones más microscópicas; desde lo que otros ven¹⁰⁵, hasta lo que los otros no deberían ver. En todo esto consiste el buen porte: en el buen manejo del cuerpo en sus partes¹⁰⁶, no en la masa global de ese cuerpo.

La anterior enumeración muestra una minuciosa normación que atraviesa todos los ámbitos de la vida de los sujetos: espacios, objetos, partes del cuerpo, empleo del tiempo. Para cada uno de estos aspectos hay un alto grado de órdenes imperativas, prohibiciones, negaciones,

¹⁰⁰ “Al entrar a la iglesia [...] [l]a novia avanza lentamente, majestuosamente, sin bajar los ojos con fingida modestia, pero sin hacer señas a las amigas o mirar a todas partes, pues esto sería de pésimo gusto” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 73).

¹⁰¹ “Las carcajadas son un prueba de mala educación. Es preciso que desde temprano las niñas sepan reprimirse y vencer esos accesos nerviosos” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 46).

¹⁰² “XXIII. No acostumbremos llevar la mano á la cabeza, ni introducirla por debajo de la ropa con ningun objeto, y mucho ménos con el de rascarnos. Todos estos actos son siempre asquerosos, y altamente inciviles cuando se ejecutan delante de otras personas. XXIV. Tambien son actos asquerosos é inciviles el eructar, el limpiarse los labios con las manos despues de haber escupido, y sobre todo el mismo acto de escupir, que solo las personas poco instruidas en materia de educacion creen imprescindible, y que no es mas que un mal hábito que jamas se verá entre las personas verdaderamente cultas” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 46).

¹⁰³ “No creemos tener que advertir que las madres inteligentes y cuidadosas de sus hijos, nunca les permitirán ninguna familiaridad con los criados, ni muchos menos ingerirse ni enterarse de sus historias, generalmente vulgares cuando no escandalosas” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 30).

¹⁰⁴ “Es preciso vestirse con algún cuidado al levantarse, poniéndose cada pieza de la ropa y del calzado como se debe. Hay que cuidar de que los ojales correspondan bien á los botones; de que el nudo de la corbata quede en su lugar; de que los pantalones no caigan sobre los pies formando pliegues; de que las puntas de la corbata, si son largas, no queden á la vista; de atarse los botines de suerte que no caigan los pantalones dentro de ellos; de hacer que los puños de la camisa no queden enteramente cubiertos con las mangas, ni el cuello con la corbata” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 16).

¹⁰⁵ “Llevar el sombrero para atrás es propio de los idiotas, y ponérselo ladeado, de los petulantes y de los espadachines” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 17).

¹⁰⁶ “Consiste el porte en las actitudes ó posturas y en los movimientos del cuerpo. Muchos hombres se hacen ridículos sin otro defecto que el de haberse acostumbrado á las actitudes ó movimientos poco convenientes” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 19).

rechazos, amenazas, clasificaciones y calificaciones. Ello indica que justo los comportamientos contrarios a la norma eran habituales en la sociedad de entonces. José Antonio Soffia, en su prólogo a la cuarta edición de las *Lecciones* de Marroquín, recuerda que en circular de 24 de agosto de 1881, el Secretario de Instrucción Pública, Ricardo Becerra, señala la necesidad de enseñar urbanidad para corregir diversas conductas que se estaban presentando en la sociedad de entonces. Estos comportamientos se pueden ver en cada uno de los espacios, cuerpos, clases, géneros y circunstancias sociales: gritar, reír a carcajadas, escupir, mirar detenidamente, fisgonear, escuchar conversaciones ajenas, alborotarse, atravesarse, etc., eran las conductas, primero, a denunciar y, luego, a corregir por medio del ejercicio constante de modular, alejar, afinar, separar, enlistar, clasificar.

En último término, el objetivo del manejo del cuerpo y sus partes es que ese cuerpo como tal muestre que en él *viven* los enunciados que a partir de los procesos de aprendizaje y práctica constante¹⁰⁷ éste ha aprehendido y que lo han constituido en sujeto. De esa forma el sujeto urbano-civilizado se reconoce a través de la altivez del cuello, la espalda y la frente; la expresión neutra de los ojos, la boca y las facciones; el manejo calculado de las manos y los dedos cuando aplaude, come, saluda; la descomposición de los gestos y movimientos cuando camina, se sienta, se para, permanece en pie; la relación estratégica entre esas tan visibles partes del cuerpo y los objetos que tome y use con estas; el uso del lenguaje y el tono de su voz. Entonces, si Luis XIV en su tiempo dijo *El Estado soy yo*, el sujeto urbano ha de decir *El enunciado soy yo*.

La retórica corporal del sujeto indica que este ha sido producido y que es coherente con la norma que lo produjo. Tal afirmación implica que hay un sujeto que ha sido producido con base en un Código. Ese cuerpo del sujeto ha sido normado. De ese modo, el todo y las partes cumplen mecánica, metódica y minuciosamente con unas funciones establecidas por

¹⁰⁷ “Las reglas de la Urbanidad deben enseñarse teórica i prácticamente. Aprendiéndolas de memoria, se fijan ordenadamente en las niñas, i con la práctica de las institutoras, se hace natural el uso de los preceptos...” (Cuervo Barreto, 1866, p. 6). Nótese que aquí ya se habla de una naturalidad. Por supuesto, la conducta normalizada luce como natural ante los miembros del tejido social y, en sentido contrario, toda conducta apartada de los estándares fijados por la tecnología de poder de la urbanidad, es tomada como anormal.

la misma tecnología de la urbanidad. Ésta es la que valora al sujeto producido y declara su aptitud o su no-aptitud. Del sujeto no-apto se podrá decir que el enunciado no es él. De otro lado, el sujeto apto podrá decir que el enunciado es él y, de ese modo, podrá vigilar su comportamiento, vigilar el de otros y ser vigilado por otros cuerpos en un proceso de circulación de los enunciados y de vigilancia que es interminable. Cuando todo ello sucede y se verifica en y por la misma compleja red de relaciones entramadas en la tecnología de la urbanidad, se puede decir *el enunciado soy yo, allá va ese enunciado, imítenlo, todo lo que no se compadezca con él está fuera de la norma*.

En suma, la presente sección ha mostrado cómo la urbanidad, en tanto tecnología de poder, establece espacios, desde el más general hasta el más específico. Así mismo, distribuye los cuerpos en esos espacios. Igualmente, les ordena qué-hacer, cómo-hacer, en-qué-momento-hacer y durante-cuánto-tiempo-hacer. Además, norma el funcionamiento de las partes de los cuerpos que están puestos en tales espacios. Esa distribución influye directamente en la producción de los sujetos y en las relaciones que estos tienen entre sí. La distribución permite que el cuerpo-objeto resulte sujeto. Ese cuerpo producido en la casa y en la escuela va a ocupar únicamente los espacios que le corresponden de acuerdo con las circunstancias y se abstendrá de desplazarse por otros en donde sólo están cuerpos con los que no hay que relacionarse por ser estos anormales en tanto inciviles no correspondientes con la norma o simplemente inferiores por su clase, raza, cargo, profesión u ocupación y edad. Por su parte, en cada espacio que se ocupa se debe cumplir una función en la cual se debe estar concentrado: dormir en la alcoba, estudiar o trabajar en el despacho u oficina, hacer visita en la sala, comer en el comedor, tomar café o té en la sala correspondiente, desplazarse a través de la calle, asistir a misa en el templo, etc., lo que excluye la ejecución de cualquier otra actividad ajena a la que la norma dice que es propia para cada uno de esos espacios.

3. LA URBANIDAD: ENTRE EL CÓDIGO MORAL Y EL CUIDADO DE SÍ

La tecnología de la urbanidad no se limita a dar órdenes imperativas a los cuerpos acerca de cómo deben comportarse. Esas órdenes imperativas son las que constituyen al sujeto de cierta manera. En ese sentido, lo llevan a pensarse a sí mismo y a los demás en esos términos. Tales órdenes, así como el conjunto de prácticas que dan lugar a su materialización, constituyen un régimen de verdad acerca del sujeto. Tal régimen puede verse como un código moral al que los sujetos producidos deben acompañarse. Sin embargo, habrá que ver si la urbanidad se reduce a una tecnología disciplinaria o si en ella hay rasgos que permitan evidenciar que el sujeto resulta modelizado. Ello lleva a preguntarse si la urbanidad tiene o no características de una tecnología auto-constitutiva, aun dentro de sus particularidades disciplinarias.

La existencia de un código moral y la circulación de sus enunciados en el tejido social se traduce en un conjunto de prescripciones que se ponen en práctica a través de diversas técnicas empleadas por distintas instituciones como lo son la familia, la Iglesia, la escuela, etc. Tales prescripciones son explícitamente formuladas dentro de una doctrina coherente. Sin embargo, llega un punto en el que estas son transmitidas de manera difusa, por lo que tal doctrina coherente deja de serlo y pasa a ser un complejo juego de elementos que se compensan, corrigen, anulan en ciertos puntos, lo cual permite compromisos o escapatoria. Todo esto permite analizar los manuales de urbanidad como un código moral que, si bien maneja una estructura prescriptiva, también está expuesto a que en los diversos juegos de circulación de sus enunciados pierda efectividad. Dicha pérdida de efectividad se explica en que los sujetos a los que el código se dirige escapan de éste, de uno u otro modo, a veces favorecidos o fundamentados en el mismo conjunto de prescripciones. Así, el código resulta confrontado, ya no con la *moral*, sino con la *moralidad de los comportamientos*, la cual tiene que ver con el análisis de la conducta real de los sujetos, los cuales obedecen, se resisten, respetan, dejan de lado ese cuerpo de prescripciones o algunas de ellas (Foucault, 1984, pp. 26-27).

Los manuales de urbanidad pueden pensarse como textos prescriptivos en tanto proponen normas de conducta. Además, *los manuales de urbanidad parecen caracterizarse por inducir temores en los individuos, proponer comportamientos modelo y valorar moralmente ciertas imágenes*; tres aspectos muy presentes en el análisis que Foucault hace de los tratados de dietética, economía y erótica. Si bien estos textos pueden ser ostensiblemente distantes de los manuales de urbanidad, aunque persigan, en principio, objetivos que se encuentran entre sí, también es cierto que puede hacerse caso a Foucault en el momento en que afirma que trabajos como el suyo son apenas referencias para, en últimas, ocuparse del problema que en realidad trae las preocupaciones, que es el sujeto (Foucault, 1984, pp. 7-16).

Diferente al código moral, el cual parece estar acompañado de un conjunto de prácticas sujetantes, está una forma de trabajo ético que el sujeto realiza en sí mismo; pero no simplemente para que su comportamiento se compadezca con un código moral, sino para él constituirse a sí mismo en sujeto moral de su conducta. De ese modo, sus conductas no se califican de morales simplemente por estar acordes con una norma, sino que dichos comportamientos resultan de una relación que el sujeto tiene consigo mismo. Esta no es llanamente *consciencia de sí*, sino que es *constitución de sí*. Es en este posible escenario en el que el sujeto “circunscribe la parte de sí mismo que constituye el objeto de esta práctica moral, define su posición en relación con el precepto que sigue, se fija un determinado modo de ser que valdrá como cumplimiento moral de sí mismo, y para ello actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma” (Foucault, 1984, p. 29). Esto puede entenderse como un examen de sí para sí; distinto al examen propio de la disciplina, en el cual el sujeto resulta objeto de una valoración con base en una norma, la cual puede ser, perfectamente, un código moral. Por supuesto, el asunto de la disciplina es producir sujetos idóneos para un fin; de ahí que resulte tan importante verificar en el examen sus competencias y habilidades adquiridas en el espacio de producción.

A partir de la distinción entre disciplina y cuidado de sí, se puede plantear otra distinción que está íntimamente relacionada con la anterior; se trata de la *diferenciación entre*

tecnología de poder y tecnología del yo. Las tecnologías de poder consisten en una objetivación del sujeto, en tanto determinan su conducta, y lo someten a que cumpla unos fines. Por su parte, las tecnologías del yo permiten que los individuos, por cuenta propia o con la ayuda de otros, efectúen ciertas operaciones sobre su cuerpo y su alma con el fin de obtener la transformación de sí mismos y así “alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Foucault, 1990, p. 48).

En *Tecnologías del yo*, Foucault señala que las tecnologías de poder – que son a su vez tecnologías de subjetivación sujetante – y las tecnologías del yo casi nunca funcionan separadamente aunque cada una de ellas tenga sus propias particularidades. De hecho, estas dos tecnologías entran en contacto y ese contacto entre “tecnologías de dominación de los demás y las referidas a uno mismo es lo que” Foucault denomina *gobernabilidad* (Foucault, 1990, p. 49). Por otro lado, en la tercera sección de la introducción a la *Historia de la sexualidad* 2, el filósofo francés encuentra que al parecer toda moral, en el sentido amplio del término, implica tanto lo concerniente al código como lo atinente al cuidado de sí, sólo que en algunas impera el código y en otras el cuidado de sí.

Entonces, aparentemente, las morales de código y las morales de cuidado de sí no pueden separarse del todo, disociarse definitivamente aunque ambas se desarrollen con relativa autonomía. En ese orden de ideas, la muy difícil pregunta a resolver en el presente caso aplicado gira alrededor de *los rasgos de cuidado de sí que eventualmente haya en la tecnología de la urbanidad*.

La pregunta por el cuidado de sí en la urbanidad es un cuestionamiento difícil por cuanto implica reconocer aquello de la urbanidad que va más allá de la disciplina y, en ese sentido, lleva más a modelizar que a normalizar; pero que, en principio, aparentemente hace parte de una tecnología de poder en la que se pueden encontrar, más bien, los elementos propios de una moral de código. Ese código resulta siendo el manual de urbanidad (y las prácticas que lo desperdigan por el tejido social), el cual es un compendio de preceptos que pretenden ajustarse a todos los casos posibles de la vida cotidiana de los sujetos, regular

todos los eventuales comportamientos humanos, sancionar las infracciones; en una sola expresión, subjetivar de una forma jurídica, en tanto ellos mismos son la norma (Foucault, 1984, p. 30). Sin embargo, los manuales contemplan que hay momentos en que el sujeto entra en relación consigo mismo, sea en soledad o en compañía de otros, en los cuales ellos como tal son los que prestan atención a su propia conducta tras haberse tomado en serio la urbanidad como modo de ser.

En los manuales de urbanidad, en tanto textos, puede hallarse una suerte de gran discurso que se compone de una multiplicidad de discursos que se hallan superpuestos y que, de esa manera, se encuentran confundidos en uno solo. Es como si la urbanidad fuera un *saber omnicomprendensivo*¹⁰⁸ o que por lo menos acogiera en su conformación muchos asuntos que se enuncian como si fueran lo mismo o pertenecieran a su mismo conjunto. El saber de la urbanidad pretende abarcar toda forma de conocimiento posible sobre el sujeto y por ello se vale de otros saberes que incorpora y confunde hábilmente en sus propios enunciados, como si aquellos hicieran parte de estos. Igualmente, norma hasta los asuntos más capilares de los sujetos en su relación con los objetos y espacios, con los demás sujetos y consigo mismos con las consecuencias sujetantes que ello trae. Es por ello que todo ámbito humano se relaciona con la urbanidad y es urbanidad en último término.

En la urbanidad confluyen varios puntos que parecieran girar alrededor de la necesidad creada – aunque para tales textos se trata de algo natural – de la existencia de sujetos que sepan vivir de conformidad con los parámetros que requiere la entrada de la comunidad política a la modernidad¹⁰⁹. Estos varios asuntos tienen que ver con lo que la vida de los seres humanos involucra en esa sociedad que se ha modernizado.

¹⁰⁸ Autores como Francisco de Vitoria consideraban la teología un *saber omnicomprendensivo*, en cuanto decían que esta abarcaba todos los asuntos propios del conocimiento humano hasta tal punto que nada escapaba de ella (Díaz & Idoya Zorroza). De ahí que la Suma Teológica de Santo Tomás aborde aspectos que hoy se tendrían por exclusivamente científicos en tanto son estudiados por ciencias como la biología y la física.

¹⁰⁹ En el capítulo I quedó claro que para Florentino González el hecho de vivir en un Estado independiente requería de ciudadanos diferentes a los que vivían en un Estado colonial. Esa nueva situación de las personas exigía de ellas estar formadas en urbanidad para así ser tenidas como civilizadas y pudieran hacer uso de las nuevas libertades (González, 1858).

En ese orden de ideas: primero, está el comportamiento ‘adecuado’ en diferentes espacios claramente enunciados por los manuales. Ese comportamiento, que es valorado por la misma tecnología de la urbanidad como correcto, se sirve de saberes, más o menos complejos, como lo son los que atañen a la higiene, la moda, los distintos utensilios de uso cotidiano, la caligrafía, la gramática, la ortografía, el lenguaje, etc. Así, tal reunión de saberes indica todo un discurso estético¹¹⁰, además de disciplinario, del manejo del cuerpo y sus partes y de la relación en la cual entran dichas partes con diferentes objetos.

Segundo, hay unos contenidos políticos que han de motivar a los sujetos a actuar de acuerdo con esas reglas. Esto resulta más claro en el *Código del buen tono*, traducido por Florentino González. En dicho manual es posible evidenciar que las normas de urbanidad son supuestamente necesarias para que el sujeto se integre a una modernidad en la cual pasó de súbdito a ciudadano, lo que exige de éste un comportamiento acorde con los estándares de la urbanidad (González, 1858).

Tercero, hay unos contenidos de índole moral que atraviesan fuertemente los postulados de la urbanidad y se mezclan con ella como si fueran un solo discurso; este es el objetivo más importante de esta sección.

Las diferentes aseveraciones con contenido moral que los manuales hacen se confunden con la simple preceptiva que estos establecen y, así, resultan también parte de la norma. La urbanidad, para los manuales, no es simplemente hacer-algo por sus efectos prácticos o sociales, sino porque ese hacer es propio de alguien moralmente virtuoso. Si el sujeto no fuese virtuoso, la urbanidad sería una suerte de exterioridad que los manuales — por lo menos los del período bajo análisis¹¹¹ — condenan de entrada:

¹¹⁰ Esta noción de estética es mucho más general que el concepto específico de estética que Foucault acuña alrededor del cuidado de sí.

¹¹¹ Textos de otros periodos pueden denominarse más prácticos por cuanto estos muestran que la urbanidad no es tanto un asunto de índole moral, sino más bien es un conjunto de enunciados que de ser interiorizados y practicados facilitan al sujeto convivir con los demás de acuerdo con las costumbres de un tiempo y un espacio. Ejemplo de estos es el *Don de gentes* de Sofía Ospina de Navarro (1958). En todo caso, durante dicha época se siguieron produciendo manuales con tinte moral, tales como el de Javier Gutiérrez Villegas (1968).

Enseñar Urbanidad no es simplemente, como algunos piensan, dar reglas para tomar ciertas aptitudes i ejecutar ciertos movimientos. Esto me atreveré a decir, es la corteza de la civilidad. El objeto esencial de la Urbanidad es el ejercicio de las virtudes sociales, prescritas por la moral, o por la costumbre, de modo que se aumente su encanto i su aprecio, se haga mas (sic) agradable el que las practique, i adquieran mayor amenidad el trato entre las jentes [gentes] (Cuervo Barreto, 1866, p. 6).

Quien es urbano es porque en su espíritu hay un elemento que va más allá del hábito de hacer-algo: una supuesta virtud del sacrificarse por el otro. Es para eso que se es urbano: ceder en todo a lo que el otro necesitara para sentirse bien tratado¹¹². A la anterior se unen otras afirmaciones según las cuales se es urbano por amor a los demás. Allí *el discurso de la urbanidad mezcla en sus enunciados la doctrina cristiana*¹¹³. El cristianismo, no se sabe por qué ni cómo, también ordena la práctica de las normas de urbanidad. Tal asociación tiene su principal ejemplo en una cita bíblica que José Manuel Marroquín acomoda en sus *Lecciones de urbanidad*¹¹⁴. Es por esto que los manuales afirman que el sujeto urbano, que es a la vez civilizado, es como es *porque profesa una cierta estimación por sus congéneres*, lo cual le permite alejarse de todo comportamiento establecido por la norma como rudimentario e incivil y acercarse al ideal de sujeto que la urbanidad busca producir¹¹⁵.

¹¹² “La virtud es la base de todos los bienes, y el origen mas (sic) puro de los goces y conveniencias que encontramos en el comercio de la vida; así es que la urbanidad, que reúne cuantos medios puede el hombre emplear para hacer su trato más fácil y agradable, sacrificando á (sic) cada paso sus gustos é (sic) inclinaciones, á los gustos é inclinaciones de los demás, no es otra cosa que la virtud misma deponiendo un tanto la austeridad de su carácter, para revestirse con las gracias y atavíos que le dan entrada á presidir y legitimar las relaciones sociales y las recreaciones y placeres del mundo” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 5).

¹¹³ “Entre los preceptos de la Urbanidad hay unos que no son otra cosa que la aplicación de los que nos impone la caridad; éstos obligan en todo tiempo y en todo lugar; otros hay establecidos y sancionados por el uso, y éstos pueden alterarse con el tiempo y no ser unos mismos en todos los países” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 13).

¹¹⁴ “La observancia de los preceptos que nos impone la Urbanidad nos hace estimables á los ojos de los hombres y mantiene y hace agradables las relaciones sociales. El Espíritu Santo nos da una alta idea de este importantísimo ramo de la educación cuando nos enseña que *por la vista es conocido el hombre, y por el aire de la cara es conocido el hombre cuerdo*, y también que *el vestido del cuerpo, y la risa de los dientes, y el andar del hombre dan muestra de él*. (Eclesiástico, c. XIX, v. 26, 27)” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 13) (Cursivas dentro del texto).

¹¹⁵ El *Código del Buen Tono* – el cual no tiene mayor tinte religioso – muestra que el sujeto urbano-civilizado es incluso cariñoso con sus semejantes, mientras que el sujeto incivil es tosco y, además, despreocupado por los demás (González, 1858, p. 80).

El sujeto urbano ideal es el que hace con, y de su cuerpo, lo que la norma le ordena. Además, es también el que piensa que todas esas prescripciones lo hacen moralmente virtuoso; es el que piensa como la tecnología de la urbanidad quiere que piense, en sus términos y medidas. Ese sujeto es el que no sabe diferenciar entre una norma de comportamiento social y un deber moral porque a partir de las prácticas que lo produjeron piensa que ambas son lo mismo. De hecho, las dos se confunden en una sola y, así, conforman un código moral.

Este discurso moral¹¹⁶ no resulta suficientemente estructurado ni fundamentado a pesar de su aparente fuerza sugestiva, así como tampoco es vinculado satisfactoriamente a las normas de urbanidad. En principio, luce extraño el solo pensar que un conjunto de modales que pretenden producir la conducta de un sujeto se interioricen y se practiquen como si fuesen virtudes morales. Lo que sí parece viable afirmar es que el juego estético, que en principio está presente en la urbanidad y que crea en la sociedad una nueva noción de comportamiento bello, se confunde con una noción de comportamiento bueno.

Resulta problemático pensar que un sujeto sea bueno simplemente porque su comportamiento se adapta a unos estándares tenidos como bellos por un saber que nunca sustenta sus normas, sino que sólo las enuncia bajo la forma de órdenes imperativas. Tampoco resulta claro, desde ese mismo discurso moral que quieren imponer los manuales en el tejido social, por qué el cuerpo del sujeto producido refleja lo que es el espíritu de ese mismo sujeto¹¹⁷. Por estas razones es posible afirmar que el juicio humano que la urbanidad afirma que es, en último término, un juicio moral sobre los sujetos, resultaría distorsionado, ya que este parte por tener como virtuoso al sujeto que se comporta externamente como los manuales establecen. Ello, mientras que a la par, los manuales

¹¹⁶ “...ningun (sic) autor, de los muchos que hemos consultado, presenta los deberes de la urbanidad sino como una emanacion (sic) de los deberes morales” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 6).

¹¹⁷ “La dignidad personal, los modales suaves é insinuantes, el aseo del cuerpo, que revela en el hombre la candidez del alma, la sobriedad y la templanza, la discrecion y la prudencia, la tolerancia, y el constante cuidado, en suma, de complacer y jamas desagradar á los demas, que refunde todas las reglas de la cortesanía, ¿no son evidentemente otros tantos deberes que emanan del conocimiento de Dios, del gran principio de la caridad evangélica, y de la lei que nos conduce á la felicidad por el camino de la perfeccion moral? (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 5).

ordenan fingir, hacer-parecer-que¹¹⁸, dar-la-apariencia-de¹¹⁹ simplemente para no ser como las personas inciviles, quienes todo lo demuestran. Ello, en razón a su falta de mundo y educación, su irracionalidad y su falta de virtud moral. En último término, un conjunto de normas de comportamiento exterior del cuerpo y sus partes se convierten – sin más justificación que una simple mención hecha por parte de los manuales – en un conjunto de virtudes morales que se tienen como propias del alma ‘buena’ del sujeto civilizado¹²⁰, las cuales lo llevarían a la felicidad:

Sin el conocimiento y la práctica de las leyes que la moral prescribe, no puede haber entre los hombres ni paz, ni orden, ni felicidad; y en vano pretenderíamos encontrar en otra fuente, los verdaderos principios constitutivos y conservadores de la sociedad que nos proponemos estudiar, y las reglas que nos enseñan á conducirnos en ella con la decencia y moderacion que distinguen al hombre civilizado y culto (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 5).

El discurso de la urbanidad asume como obvias todas sus normas, así mismo, asume como obvio el vínculo de sus normas a la moral. A todo ello lo llama no sólo ‘obvio’, sino también ‘natural’, lo que se traduce en dos instancias de enunciación de la normalidad. De ese modo, ni siquiera es necesario argumentar por qué ello es así. Desde ese punto de partida, la urbanidad, erigida a sí misma en moral, atraviesa todas las conductas normadas por los manuales, las cuales son, a la larga, prácticamente todos los comportamientos humanos posibles; a esta norma nada se le escapa. Es más, cualquier falta, por menor que

¹¹⁸ “Cuando dos personas enemigas, o por lo menos hostiles, se encuentran en un salón, deben evitar el que los otros comprendan sus desavenencias; lo contrario sería una vulgaridad imperdonable y una falta de respeto por la dueña de casa que les ha hecho la atención de invitarlos a sus reuniones. Es un deber marcar la diferencia que hay entre las personas de buena sociedad y las gentes vulgares y ordinarias. Nobleza obliga” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 109).

¹¹⁹ “La muchacha que por naturaleza no es tímida debe aparentárselo” (Una-Dama-Colombiana, 1913, pp. 45-46).

¹²⁰ “El hombre virtuoso ha de ser necesariamente bondadoso y condescendiente; y es de la bondad y de la condescendencia que nacen todos los movimientos dulces, apacibles y benévolos que nos granjean la estimación y el afecto de los demás, y que al mismo tiempo dan á nuestras personas, por el hábito de la mansedumbre, aquella delicadeza y cultura que tanto brillo y realce comunican á las cualidades intrínsecas del alma” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 6).

sea o por extraña que sea, es una transgresión de la urbanidad. De ese modo, situaciones como hablar de temas sobre los que no se sabe, hacer muchas preguntas, sorprenderse asiduamente de algo¹²¹, defender una posición personal en una conversación¹²², sentirse ofendido por cualquier cosa¹²³, levantarse de mal genio¹²⁴, guardar rencor¹²⁵, entre otras, son falta de urbanidad. Ello, precisamente por esa extraña asociación de la urbanidad con la virtud y por la condición de la urbanidad como *saber omnicomprendivo*.

El sujeto urbano no es el sujeto correcto moralmente, sino simplemente un sujeto estético que se considera a sí mismo moral por cuanto confunde ambos asuntos como si fueran lo mismo, debido al discurso que unido a unas prácticas lo han producido. Así este se piensa a sí mismo y a los demás. Por otro lado, el ciudadano del mundo moderno no es el sujeto libre y autónomo que participa activamente en la toma de decisiones políticas que afectan a su comunidad, sino es el sujeto urbano. Ese ciudadano no es el que pone en práctica sus libertades públicas, tampoco es el que ejerce como agente moral en virtud de principios y valores netamente morales, sino aquel cuyo cuerpo, aunque no necesariamente su mente, se comporta de acuerdo la norma. Entonces, el sujeto que es mal visto no es el que pone en riesgo la democracia liberal moderna por medio de acciones contrarias a sus principios, tampoco es el sujeto que incurre en conductas inmorales, sino es el que se comporta no-urbanamente. Ello también indica que el cuerpo de vigilantes-vigilados conformado por los

¹²¹ “Los preguntones son insoportables en una reunion, lo mismo que las personas que de todo se asombran, se admiran i se entusiasman” (Cuervo Barreto, 1866, p. 20).

¹²² “P. I si [alguien] os dice alguna cosa que no esté de acuerdo con vuestra opinión, qué haréis? R. Ante todas cosas me cuidaré de no interrumpirla, ni por este, ni por algun otro motivo, i nunca usaré de la esperesiones de *U. no me entiende: U. se equivoca: no es así, etc.* sino que emplearé las de *no estoi segura, pero creo: yo seria de opinion, tal vez no me he explicado con claridad: perdone U. pero...* u otras semejantes, en que manifiesta compostura, nobleza i dignidad (Cursivas dentro del texto) (Cuervo Barreto, 1866, p. 18).

¹²³ “Es muy común el tener que tratar con personas quisquillosas ó demasiado delicadas, que siempre están sobre aviso á fin de no desperdiciar ocasión de darse por ofendidas; que en casi todo lo que se dice en su presencia creen descubrir una alusión ó una indirecta con la que se les quiere zaherir [...]. Este detestable defecto procede de orgullo, es compañero inseparable de la falta de mérito (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 51).

¹²⁴ “Es signo de mal carácter y de mui mala educacion, el levantarse de mal humor. Hay personas á quienes no puede hablarse en mucho rato despues que han despertado, sin que contesten con displicentes monosílabos. Para el hombre bien educado no hai ningun momento en que se crea relevado del deber de ser afable y cortés; y si al levantarse tiene su ánimo afectado por algun disgusto, lo oculta cuidadosamente desde el momento en que alguno le dirige la palabra” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 71).

¹²⁵ “Es un signo de mala educacion el conservar en la memoria las palabras y acciones desagradables que en los ligeros desacuerdos de familia se hayan empleado; y no es ménos incivil el echarlas en casa á sus autores como un medio de ataque ó de defensa en ulteriores altercados ó discusiones” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 85).

miembros del tejido social, quienes también han sido producto de la tecnología de la urbanidad, sólo están atentos a observar fallas en la conducta en términos de urbanidad. Tales vigilantes-vigilados parecen no ser hábiles para ver en los otros nada distinto ni más allá de la norma misma. Es por tal razón que los sujetos que circulan por el tejido social y que son producto de esta tecnología parecieran no tener mayores preocupaciones de carácter ético, sino sólo de carácter estético-normalizante.

El discurso de la urbanidad se afirma en la diferenciación social, a la cual llama necesaria y natural, y desdice del presupuesto democrático de la igualdad¹²⁶. En ese sentido, los principios del Estado democrático moderno terminan perdiendo terreno en una sociedad normalizada por medio de la urbanidad. De ese modo, un conjunto de prácticas que pretenden construir el sujeto y la sociedad de la modernidad, más bien se constituyen en la no superación del paradigma colonial de la desigualdad y la exclusión. Así pierden peso las afirmaciones que hizo el político Florentino González en el prólogo que redactó para su traducción del *Savoir-vivre* de Alfredo De Meilheurat, según las cuales el Estado colombiano que surgió después de la independencia iba a ser uno en el que todos los ciudadanos, en virtud de los postulados del republicanismo, serían reyes en vez de súbditos.

Un saber que afirma en nombre de una manera confusa de concebir la moral y la religión cristiana, que las divisiones-diferenciaciones entre sujetos son justificadas por Dios, por la naturaleza y por el recto discurrir de las cosas, no se compadece del todo con la democracia. Menos aún, si esas diferenciaciones son el punto de partida para tratos distintivos que inician con la partición binaria entre superiores e inferiores, de acuerdo con la cual, el superior es un mejor ser humano que el inferior. Todavía menos cuando ese ser-mejor descansa sobre la base de criterios estéticos, lo que también reafirma que esta bifurcación de la humanidad no es consistente desde lo moral, así como no lo es desde lo político:

¹²⁶ “Pienso así que la enseñanza de las niñas debe distribuirse en tres clases, a fin de que sea positiva, útil i provechosa, renunciándose en este punto a toda idea de igualdad democrática, que si, en abstracto, es laudable, carece de objeto práctico, i no consulta ni los intereses de la sociedad, ni los de la familia. La existencia de la escala social es un hecho necesario i tan conforme a la naturaleza, como la clasificacion de los animales i de los vegetales en jéneros, especies i familias” (Cuervo Barreto, 1866, p. 5).

Las atenciones y miramientos que debemos á los demas no pueden usarse de una manera igual con todas las personas indistintamente. La urbanidad estima en mucho las categorías establecidas por la naturaleza, la sociedad y el mismo Dios; así es que obliga á dar preferencia á unas personas sobre otras, segun es su edad, el predicamento de que gozan, el rango que ocupan, la autoridad que ejercen y el carácter de que están investidas. Según esto, los padres y los hijos, los Obispos y los demas sacerdotes, los magistrados y los particulares, los ancianos y los jóvenes, las señoras y las señoritas, la mujer y el hombre, el jefe y el subalterno, y en general, todas las personas entre las cuales existen desigualdades legítimas y racionales, exigen de nosotros actos diversos de civilidad y etiqueta que indicaremos mas adelante, basados todos en los dictados de la justicia y de la sana razon, y en las prácticas que rigen entre gentes cultas y bien educadas (Carreño Muñoz, 1854 [1868], pp. 36-37).

Las divisiones tajantes que presenta la urbanidad van en contravía de esa moral cristiana que pregonaba. La urbanidad establece una lista exhaustiva de diferencias que parten desde la división entre civiles e inciviles y pasa, en ese mismo orden de ideas, por la división entre campesino y ciudadano, así como por distinciones de edad, sexo, cargo, raza y clase, las cuales hacen a unos mejores que a otros. De estas, se afirma que el mismo Dios las ha establecido. Ello entra en contradicción con un cristianismo que habla de un Dios que no divide, sino que incluye y acoge a todos los seres humanos, sobre todo a aquellos que son rechazados. Pero además de eso, la urbanidad se constituye en su discurso y sus prácticas como la sustitución de toda moral y de todo cristianismo para hacerse ésta misma en el código moral por excelencia. Tal código moral se concibe a sí mismo como inmutable, aunque varíen algunos de sus preceptos en el tiempo y en el espacio:

Las leyes de la urbanidad, en cuanto se refieren á la dignidad y decoro personal y á las atenciones que debemos tributar á los demas, rigen en todos los tiempos y en todos los países civilizados de la tierra [...]. [Éstas], como emanadas directamente de los principios morales, tienen un carácter

fundamental e inmutable” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 34). “Entre los preceptos de la Urbanidad hay unos que no son otra cosa que la aplicación de los que nos impone la caridad; éstos obligan en todo tiempo y en todo lugar; otros hay establecidos y sancionados por el uso, y éstos pueden alterarse con el tiempo y no ser unos mismos en todos los países (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 13).

El saber de la urbanidad es todo un código moral. La tecnología de la urbanidad se ufana de describir al sujeto tal cual y como éste es, de pronunciarse sobre las distintas relaciones que existen entre sujetos y de detectar, calificar y corregir los problemas de conducta que pueden presentarse. En ese sentido, la norma ordena al sujeto qué-hacer, cómo-hacer, dónde-hacer, en-qué-momento-hacer y durante-cuánto-tiempo-hacer de acuerdo con sus mismos parámetros de producción de la verdad.

De esa forma, la urbanidad es un modo de sujeción que ata a los sujetos a la identidad que esta misma crea y, de esa manera, le da a los sujetos producidos los parámetros por medio de los cuales se piensan a sí mismos y a los demás. Igualmente, la norma anuncia una importante sanción a quienes no la cumplen: el rechazo social¹²⁷; la exclusión de la sociedad¹²⁸. Si bien esa sanción no es física, es una sanción dolorosa para un tejido social en el cual los sujetos buscan ser incluidos y reconocidos por otros. Entonces, aunque no hay golpes torturantes o prisión, lo que demuestra los adelantos del mundo moderno, hay un reproche que condiciona las relaciones y aflige fuertemente al sujeto¹²⁹. De ese modo, el código produce sujetos de acuerdo con su norma y quienes no resultan acompañados con

¹²⁷ “Suicidios a montones, casos de locura repentina, calabazas como cerros, cerradura de puerta en las narices, devoluciones de argollas y regalos, que habían sido empapados en lágrimas y consagrados por besos silenciosos y apretados – de todo se ha visto – y hasta tener que dejar la tierra y la esperanza, por una falta grave al Buen Tono” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. XV).

¹²⁸ “La sociedad tiene establecidos ciertos preceptos a los cuales hay que someterse, más o menos, so pena de quedarse fuera de ella. Todos esos preceptos, que a primera vista parecen exagerados y pueriles, tienen su razón de ser y nacen de la verdadera cultura, de aquella que suprime todo egoísmo en favor nuestros semejantes” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. VII).

¹²⁹ “P. Qué precauciones tomaréis ántes de hacer una visita? R. Recojeré noticias esactas de las personas que concurren a la casa, de sus cualidades morales i de sus conecciones, i no me introduciré en ninguna sociedad en que no halle jentes a quienes personas respetables manifiesten su estimacion i aprecio” (Cuervo Barreto, 1866, p. 15).

ésta son declarados no-aptos, razón por la cual estos deben ser excluidos del tipo de agrupación de sujetos que la tecnología de la urbanidad quiere formar: un colectivo donde sólo caben sujetos urbanos.

Es claro, pues, que sin la observancia de estas reglas, mas ó ménos perfecta, según el grado de civilización de cada país, los hombres no podrían inspirarse ninguna especie de amor ni estimación; no habría medio de cultivar la sociabilidad, que es el principio de la conservación y progreso de los pueblos, y la existencia de toda sociedad bien ordenada vendría por consiguiente á ser todo punto imposible (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 32).

Hasta el momento, se ha visto cómo la urbanidad mezcla inexplicadamente su norma estética acerca del qué-hacer-bello en sociedad con la moral en general y con la moral cristiana en particular. Tal vez allí se halle la fuerza de los manuales: mezclan su discurso disciplinario sujetante con la moral¹³⁰ — de hecho, la sola virtud no alcanza¹³¹ —, no explican nada acerca de su nutrida preceptiva, dan órdenes jurídicas imperativas, anuncian sanciones y sus enunciados circulan habilidosamente por el tejido social, en el cual resultan bien acogidos.

La carga semántica de tales enunciados es fuertísima, de manera tal que producen al sujeto una vez se les lee y se les lleva a la práctica y logran que ese producto hable de sí mismo y de los demás sólo de acuerdo con sus criterios. Es por eso que el sujeto, cuando vulnera la norma, se piensa a sí mismo — así como a los demás cuando también ellos la vulneran — en términos de incivil, rústico, tosco, brusco, agreste, salvaje, bárbaro, despreciable, detestable, vulgar, indigno, asqueroso, sucio, chabacán, ridículo, inoportuno, desmañado, idiota, estúpido, feo. Nótese que el calificativo es para el sujeto, no para la conducta como separada del sujeto; el sujeto es lo que son sus comportamientos¹³². En ese sentido, cuando

¹³⁰ “Todo esto, nos diréis, es más bien una lección de moral que una enseñanza de buenas maneras; pero sin embargo, esta es la base del *savoir-vivre* y por tanto debía precederlo” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. XI).

¹³¹ “La moda, la etiqueta y el *chic*, ese no sabemos qué de la elegancia y distinción, aparejan más fortuna para los jóvenes — de ambos sexos — en la carrera de la vida, que las sólidas virtudes cristianas si van solas en un pedazo de sandía o de alcornoque” (Una-Dama-Colombiana, 1913, pp. XIV-XV).

¹³² “Los bufones o graciosos habituales, son por lo común jente baja, ruin i villana” (Cuervo Barreto, 1866, p. 17).

esos comportamientos son contrarios a la norma se les califica de imperdonables¹³³ y, así mismo se considera al sujeto que los practica.

Se ha hablado de las condiciones de emergencia y proliferación de los enunciados de la urbanidad en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX colombiano. Ello implicó detenerse en el papel que cumplió el Estado y la clase alta en la circulación de tales enunciados. Así mismo se ha hablado de los efectos productivos de la norma de urbanidad y de su calidad de código moral. Habrá que ver detenerse ahora en la posibilidad de ver en la urbanidad ciertos rasgos de cuidado de sí.

Los manuales establecen una topología; una distribución de espacios en los que ubican a los sujetos que éstos pretenden producir a través de una compleja red que parece partir del texto y se desperdiga a través de prácticas sociales. Esos espacios, al parecer, son, en primer lugar, de regulación y vigilancia y, en segundo lugar, de liberación o, por lo menos, de morigeración de ese cerco policivo en el que se halla inserto el sujeto en medio de la dinámica social que acontece a su alrededor.

Cuando los espacios son de regulación y vigilancia, éstos implican la observancia clara de reglas muy específicas. El sujeto debe comportarse en estos espacios de cierta manera y debe allí hacer-algo. Esto es así, se halle solo, tal y como pasa en la habitación, o se halle acompañado, tal y como sucede en los demás espacios sociales del hogar y de la interacción con otras personas. De ese modo, se tiene que, de un lado, el sujeto conoce la regla a seguir para sus momentos de soledad y, de esa manera, se vigila a sí mismo para observar tal regla. Allí aparecen rasgos del cuidado de sí en la urbanidad. De otro lado, el sujeto, en el ámbito social se comporta en tanto es vigilado por los otros, aunque no deja de vigilarse a sí mismo. Es una red de vigilancia, entonces, en la que el sujeto vigila, es vigilado y se vigila a sí mismo incesantemente.

¹³³ “Es imperdonable falta de crianza el presentarse delante de la gente en cuerpo de camisa” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 16).

En la soledad del sujeto – que no necesariamente tiene que ser física, aunque lo sea, sino que ocurre en su interioridad – suceden situaciones que permiten pensar que en la urbanidad hay ciertos rasgos de cuidado de sí. Si bien se ha hecho un análisis disciplinario de la tecnología de la urbanidad y se ha concluido que, en principio, la disciplina no presenta relaciones de cuidado de sí, de todas formas los manuales en muchos aspectos sí lo hacen. Esto, a pesar de su condición de norma sujetante. En ese sentido, puede proponerse la urbanidad como una práctica en la que se cruzan aspectos disciplinarios y de cuidado de sí. En otros términos, se puede proponer la urbanidad como una práctica de *governabilidad*, tal y como esta es concebida por Foucault en *Tecnologías del yo* (pp.48-49). Es por eso que se le ha llamado a la urbanidad tecnología modelizante.

En todo caso, la urbanidad no es un conjunto de prácticas de cuidado de sí. Durante el presente texto se ha defendido que sobresale lo disciplinario. Además, la ética del cuidado de sí presupone la libertad. De acuerdo con esto, el sujeto entra en una especial e íntima relación consigo mismo porque él mismo lo ha querido, no porque ha sido introducido en una red de relaciones de poder que son las que lo van a producir. En todo caso, no puede reducirse la urbanidad al modelo de la disciplina, sobre todo teniendo en cuenta esos rasgos auto-constitutivos que se enunciaran atrás y que se enunciarán a continuación.

El uso de los placeres es claramente intervenido por la urbanidad. Si bien puede decirse que este se halla rodeado de una intención disciplinaria, también puede decirse que el sujeto mismo es el que se encarga de cuidarse de esto en su vida cotidiana. De esa forma, la urbanidad habla sobre el comer y beber moderadamente (Ospina Vásquez, 1919, p. 14), no incurrir en excesos en el dormir (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 69) y en actividades de ocio como el recreo y el juego (Ospina Vásquez, 1919, p. 155), que también pueden ser vistos como placeres. Se trata todo esto de una economía sobre el hacer ciertas acciones, manejar ciertos objetos y el uso del tiempo. Así mismo, la urbanidad insiste en el manejo de los sentimientos y sus expresiones (Carreño Muñoz, 1854 [1868], pp. 47-48). En este tipo de conductas hay un examen de sí sobre sí, no simplemente el acatamiento de una orden

imperativa dada por la norma externa. Ahí el sujeto examina constantemente si ha interiorizado y si pone en práctica sus hábitos.

De acuerdo con ciertos enunciados de la urbanidad, el sujeto vela en su interior por modelar su conducta alrededor del uso de placeres. Lo anterior indica que este vigila su propia conducta, incluso en espacios donde no está en compañía de otro sujeto. Por otra parte, podría pensarse que la mujer, en su papel de formadora del ciudadano moderno puede hacer de la urbanidad, de cierta forma, una técnica del cuidado de sí. De hecho, ella obra como maestra de sus hijos en la casa y es la que les transmite los enunciados de la urbanidad por medio de la observación, corrección y modelación de su conducta. De la mujer la norma espera más que del hombre y por ello le pide que tenga:

no sólo las cualidades que deben distinguir al *Caballero*, sino también las más excelsas virtudes. Ella debe ser compasiva, dulce, discreta, modesta y sencilla; buena hija, buena esposa y buena madre (Cursivas dentro del texto) (Ospina Vásquez, 1919, p. 2).

Por tanto, ser buena madre significaba educar a los hijos perfectamente bien, lo que obligaba, en aquella época, enseñar urbanidad.

La mujer no sólo puede ser transmisora de los enunciados de la urbanidad y entrar, en ese orden de ideas, en una relación de cuidado de sí, respecto de sus hijos, sino que también ella misma puede cuidar de sí. Lo anterior cobra mayor sentido por virtud de las muchas exigencias que desde la urbanidad se le hace a la mujer. Las faltas de conducta que ellas comentan son más reprochadas que las del hombre. Además, la norma regula con mayor severidad los comportamientos que esta tiene como propios de la mujer¹³⁴. Por supuesto, los actos más enfáticamente normados son aquellos en los que ésta entra en relación con un hombre. Ello hunde sus raíces en la misma concepción que en el periodo bajo estudio se

¹³⁴ “La verdadera prudencia aconseja a la mujer que hable poco, que desconfíe (sic) de sí misma i no use de maneras o discursos artificiosos” (Cuervo Barreto, 1866, p. 11). “La postura mas o ménos decente de una mujer basta en ocasiones para decidir a las jentes a favor o en contra suya” (Cuervo Barreto, 1866, p. 14).

tenía de ellas. Por eso mismo es tan grande la preocupación de esta tecnología por producirlas¹³⁵ a su modo. Este afán de hacer de la mujer un sujeto perfecto, vuelve de regreso a la labor educativa que ésta desempeña en la comunidad política. La mujer es la que en casa reproduce, con su comportamiento, los enunciados de la urbanidad y, en esos mismos términos, educa a sus criados y a sus hijos:

Si en el hombre la buena crianza es el mejor pasaporte en el mundo, para la mujer cuyo destino es agradar, estimular a la virtud, hacer estimable el honor i formar los hábitos sociales, es una necesidad indispensable (Cuervo Barreto, 1866, p. 6).

Por virtud de los tantos deberes que los manuales le asignan a la mujer, es en esta en quien la urbanidad resulta todo un arte de vida. La urbanidad señala con detalle lo que la mujer debe hacer en su casa y fuera de esta, así como las acciones que debe emprender a la hora de administrar su hogar, las cuales van desde ordenar a sus criados y educar a sus hijos, hasta recibir las visitas y atenderlas (Hensel Riveros, 2008). En esto último debe ser absolutamente detallada, incluso hasta el punto de disimular cualquier falta cometida en una visita y, de esa manera, afirmar su autoridad en su casa¹³⁶. Igualmente, esta tecnología señala el rigor y la especial atención con que la mujer debe ser educada sobre todo en el manejo de los placeres y sus relaciones con los hombres. Como resultado, de la misma manera que la mujer fue producida como sujeto, produce a los que están a su cargo. Es decir, tomándose muy íntimamente la norma y asumiendo la importancia crucial de esta para la vida de quien está siendo educado por ella. Si formar a alguien es una labor de la

¹³⁵ “La mujer encierra en su sér todo lo que hai de mas bello é interesante en la naturaleza humana; y esencialmente dispuesta á la virtud, por su conformacion física y moral, y por la vida apacible que lleva, en su corazon encuentran digna morada las mas eminentes cualidades sociales. Pero la naturaleza no le ha concedido este privilegio, sino a cambio de grandes privaciones y sacrificios, y de gravísimos compromisos con la moral y con la sociedad; y si aparecen en ella con mayor brillo y realce las dotes de la buena educación, de la misma manera resaltan en todos sus actos, como la mas leve mancha en el cristal, hasta aquellos defectos insignificantes que en el hombre podrian alguna vez pasar sin ser percibidos” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 38).

¹³⁶ “La dueña de casa no hará notar ninguna falta que se cometa en el servicio. Debe ocuparse de todo, sin manifestar la menor atención, lo que daría a comprender que de ordinario las cosas se pasan de otro modo en su mesa” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 93).

mayor relevancia, creada por el mismo saber de la urbanidad, mayor es la envergadura del deber que debe cumplir la mujer a la hora de educar a los hijos y a los criados¹³⁷.

Cuando los espacios son de liberación o morigeración de la vigilancia, de todas maneras sigue presente la norma, sólo que el sujeto busca despegársele un poco, a la vez, con el permiso de ella. Si se toma como ejemplo a un grupo de familiares que se retira por un momento de la sala de visitas y se traslada a un espacio en el que termina comportándose más sueltamente, pueden observarse varias cosas. Primero, que el sujeto no necesariamente tiene que retirarse abrupta o violentamente de la sala. Segundo, que el sujeto puede volver a la sala después de unos instantes. Tercero, que el sujeto no necesariamente deja de vigilarse ni de vigilar las circunstancias que rodean a la situación de mayor soltura que este quiere crear.

Sin embargo, tal situación es una oportunidad importante de transgresión. Oportunidad que los manuales mismos dan y que permiten contemplar una situación micro que se traduce en un juego de efectividad-inefectividad de los enunciados de la urbanidad. Aunque ocurre el comportamiento suelto de los sujetos que dejan la sala (inefectividad), este se da bajo los propios límites que se impongan los familiares reunidos en ese nuevo espacio (efectividad). Lo interesante de un ejemplo tan familiar, es que muestra cómo el enunciado ha sido interiorizado más allá de la letra normativa, y se ha convertido en una práctica de sí que puede tener variaciones a medida que coloniza nuevos espacios. Así, las relaciones de poder no cesan de actuar sobre la voluntad de los otros y de sí mismo. Igualmente, tampoco la norma deja de operar, no deja de circular, no deja de tener efecto.

¹³⁷ “Citaremos brevemente otros [modo de tratar y servir a las visitas, saludar, responder a unas “gracias”, vestirse, comportarse en la casa, tratar y servir a los amos, relacionarse con los demás criados] de los detalles generales que hay que enseñar a los criados, fuera de las funciones especiales de su empleo particular, que, naturalmente, habrán de conocer a la perfección” (Ospina Vásquez, 1919, p. 182).

4. ACTUALIZACIÓN Y VIGENCIA DE LOS ENUNCIADOS

Con el paso del tiempo y los consecuentes cambios constantes en la dinámica propia de la red de prácticas involucradas en la urbanidad – que parece girar alrededor de las cada vez más clases de relaciones tenidas entre sujetos en cada vez más espacios – surgen nuevos contenidos. En pocas palabras, poco a poco surgen nuevas relaciones, las cuales se tienen en cada vez más nuevos espacios y respecto de nuevos objetos que resultan de los cada vez más ámbitos de relación entre las personas. A lo anterior se une la presencia de nuevos destinatarios en esta compleja red de relaciones. El caso cumbre de tal realidad es el *Protocolo hispanoamericano* de Tulio Ospina Vásquez (1919), dirigido a los estudiantes universitarios de la Escuela de Minas en Medellín. A partir de tal texto la urbanidad pasa también a todos los que ingresan a cursar estudios superiores, quienes son valorados por Ospina como personas en ascenso social. En cuanto a estos, Ospina dice que

[e]n las naciones hispanoamericanas, por su estado evolutivo y sus grandes recursos naturales, muchas personas se elevan a posiciones que requieren más cultura y Urbanidad que la que correspondía al medio en que se criaron: a ellas muy especialmente dedicamos esta obrita (Ospina Vásquez, 1919, p. VI).

Todo lo anterior lleva en sí, que la escritura constante de nuevos manuales de urbanidad, durante la época bajo estudio, no permitió que esta tecnología de poder perdiera vigencia y, en ese sentido, aplicabilidad y fuerza normalizante entre las nuevas y distintas posibilidades de relación entre sujetos.

En cuanto a los espacios, debe recordarse lo ya dicho; pero ahora, no desde la mirada de los espacios como tales, sino del poder de actualización de los contenidos de la urbanidad. Es por ello que con el paso del tiempo y con la llegada de nuevas costumbres se pasa del comportamiento en espacios ciertamente elementales a otros más elaborados. Así, según el discurso de la urbanidad que pone de presente el *Protocolo* de Ospina, la vida en el mundo es cada vez más exigente, razón por la cual, la urbanidad tiene que aparecer para normarla.

En un primer momento puede verse que el sujeto se halla en soledad en su habitación, lo que no lo exime, recuérdese, de seguir comportándose urbanamente: Dios lo ve, así como su propia consciencia¹³⁸. De allí se desplaza a los lugares de interacción con familiares y amigos cercanos: El comedor, la sala de recibo, la sala de visitas y el lugar de la casa donde tienen lugar las fiestas y banquetes. De allí, los sujetos salen de su casa y van a la casa de otros. Sin embargo, el sujeto no se queda únicamente en ese círculo de espacios y relaciones, por cuanto, con el paso del tiempo, ya no sólo se habla de la casa familiar en la ciudad, sino también de la casa de campo donde las personas toman un descanso (Ospina Vásquez, 1919, pp. 68-70).

Así mismo, desde la casa los sujetos se desplazan a espacios en donde tienen lugar obras de teatro y otros espectáculos. Igualmente, visitan cafés y restaurantes. De otro lado, salen de viaje en tren y barco y se alojan en hoteles. Además, en tanto productivos, los sujetos van a espacios donde se trabaja y se hacen negocios. El último grupo de espacios es el punto de llegada del manual de Tulio Ospina (1919). Este texto involucra un número mayor de espacios, relaciones y situaciones de la vida humana. En suma, los manuales no se quedan en el ámbito doméstico y de relaciones familiares, sino que cada vez se desplazan a más y más ámbitos de la vida moderna.

A la aparición de nuevos espacios se une la aparición de nuevos objetos, lo que lleva a cambios en la manera como los cuerpos, y sus partes, hacen uso de esos nuevos objetos. Es allí que los manuales reconocen que las épocas van trayendo consigo no sólo la llegada al mundo de las relaciones nuevas, sino también nuevos usos de objetos ya conocidos¹³⁹. Los nuevos objetos son, por ejemplo, el teléfono y el automóvil; ya no únicamente las cartas y el carruaje. Así mismo, en el *Protocolo* de Ospina aparece el espacio para hacer deporte y

¹³⁸ “La severidad de estas reglas [del vestido que debemos usar dentro de la casa] se atenúa naturalmente cuando permanecemos en nuestro dormitorio, donde podemos atender mas bien á la comodidad que á la compostura; bien que jamas hasta el punto de permitirnos ningun desahogo contrario á la honestidad y á la decencia, que serán siempre el atavío del hombre en todos los momentos en que solo tiene á Dios por testigo de sus acciones” (Carreño Muñoz, 1854 [1868], p. 73).

¹³⁹ “Las uvas se comen todavía con los dedos; y decimos todavía, porque no sabemos qué inventará más tarde de (sic) la moda” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 101).

el vestido adecuado para tal actividad. Sin embargo, el discurso de la urbanidad señala que si bien los usos cambian, la norma no desaparece; siempre habrá urbanidad, los sujetos se regirán por ella y exigirán a otros el cumplimiento de esos preceptos. En otras palabras, esta tecnología de poder concibe y propaga su propia perpetuidad:

Las modas pasan, los imperios caen: solamente la urbanidad i el buen tono conservan su poder, son de todos los tiempos i de todos los lugares en donde reina la civilización que han creado (González, 1858, p. X).

Por ser la Urbanidad y el Buen Tono la exteriorización de los buenos sentimientos innatos en la humanidad, es natural que sus leyes fundamentales resulten las mismas en todo el mundo [...]; pero los detalles prácticos varían con el carácter de los diversos pueblos; y aun suelen algunos, como los relativos al vestido, cambiar con la moda (Ospina Vásquez, 1919, p. III).

Los cambios vistos dejan ver que los manuales, lejos de perder vigencia, buscan actualizarse a lo que sus autores denominan *los nuevos afanes de la sociedad*. El mundo va cambiando y se va desplazando. El manual debe tener en cuenta todo eso. Es más, sus autores son denominados fieles observadores de la sociedad¹⁴⁰ muy atentos a esos cambios que, según aquellos, requieren de comportamientos precisos propios de una forma civilizada en cuanto ordenada, meticulosa, detallada, esquemática. De ese modo, el tejido social mismo es el espacio de elaboración constante del saber de la urbanidad.

Los grandes desplazamientos de los que se ha hablado son completamente evidentes en los dos manuales de las primeras dos décadas del siglo XX, seleccionados para la presente investigación. El *Protocolo hispanoamericano* de Tulio Ospina es un voluminoso manual de urbanidad en el que más relaciones, espacios y objetos se pueden encontrar. Ospina

¹⁴⁰ En el Capítulo I del presente estudio, se puso de presente la introducción que escribió José Antonio Soffia al Manual de José Manuel Marroquín. En este breve texto, Soffia denomina de esa manera a los autores de manuales de urbanidad, tales como Marroquín.

habla de normas de comportamiento durante acontecimientos tales como el día del matrimonio, nacimiento, bautismo, primera comunión. Así mismo, se pronuncia sobre relaciones tales como el noviazgo, matrimonial, padres e hijos, criados y dueños de casa, médicos y pacientes, profesores y estudiantes. Igualmente, habla de los tratos tenidos en los negocios. Además, el mencionado manual norma diversas actividades como los viajes, el deporte, los paseos al campo, el juego, los cafés, bailes, té, tertulias, saraos. Por otro lado, este texto contiene normas sobre el uso de objetos como las cartas, el teléfono, el automóvil, las tarjetas, los caballos. Igualmente, el *Protocolo* contempla lugares tales como el teatro, los trenes, barcos, cafés, hoteles, restaurantes, entre otros que son más comunes con el resto de los manuales.

Lo propio sucede con el *Savoir-vivre* escrito por *Una Dama Colombiana* (1913), texto que, aunque no se ocupa del mundo de los negocios, norma hasta el más mínimo encuentro social y los objetos que allí se utilizan tales como vasos, copas, jarras, otros cristales, platos de varios tamaños, muchos y variados cubiertos, todo ello de uso muy preciso. Igualmente, norma otros eventos sociales como la salida de compras, la organización de eventos de caridad y la asistencia a conciertos y monólogos. Cabe aclarar que, de todos modos, el *Savoir-vivre*, a diferencia del *Protocolo hispanoamericano* es un texto que va dirigido exclusivamente a miembros de la clase alta.

En medio de todos estos desplazamientos que la urbanidad va experimentando, surge la pregunta acerca de si estos enunciados son capaces de llegar a personas con pocos recursos económicos y de una condición social tal que, por virtud de la misma urbanidad, no quepa ubicarlos en tantos espacios, sino simplemente en las pocas y no tan delimitadas y bien definidas dependencias de las casas que habitan y, si acaso, en el templo y en la escuela si es que a ella asisten. Esto último ocurre porque muchos de estos sujetos no son formados en urbanidad en escuelas, sino en las casas en las que sirven como empleados domésticos, criados,

sirvientes o como quiera llamárseles¹⁴¹. *Lo anterior, en todo caso, da pistas para pensar que los enunciados de la urbanidad sí llegan a este tipo de sujetos, aunque de otra manera.*

Por virtud del tipo de sujeto y de los espacios que por su condición ocupa, los enunciados llegan difusamente; pero llegan. Al fin y al cabo muchos de los parámetros de la sociedad mestiza del siglo XX surgen de ese entorno civilizatorio. Sin embargo, al hacer menos exigente la cercanía entre el modelo y la copia, muchos de los nuevos ciudadanos empezaron a cumplir los requisitos de la urbanidad, en un contexto donde ya los criterios de inclusión habían sido desbordados claramente por nuevas competencias laborales, educativas, comunicativas y económicas. La urbanidad, el decoro y el buen gusto vuelven así a la élite que las cultivó como virtudes, al tiempo que surgen formas públicas de reconocimiento más tolerantes, ajenas a la herencia hispánica, y formas de autonomía y cuidado de sí que ya no pasan por el manual. La urbanidad heredada del siglo XIX adquirió la dignidad y la inutilidad del anacronismo.

¹⁴¹ Carreño (1854 [1868]) y Ospina (1919) dedican un capítulo completo en su respectivo manual acerca de cómo tratar y educar a los criados.

CONCLUSIÓN

La primera parte de este estudio anunciaba una álgida discusión acerca de la preeminencia del Estado en la circulación de los enunciados de la urbanidad, después de haber mostrado cómo, efectivamente, los enunciados de esta tecnología modelizante emergieron en el contexto del proyecto del Estado-nación colombiano. Quedó claro, igualmente, que ese proyecto tuvo como pilar fundamental la Instrucción Pública y la consecuente construcción de la ciudadanía. Pero no estaba tan claro el modo como se fue estableciendo la retícula conformada por los espacios de diversa índole por los que esos enunciados circularon. Dicho de otra manera, se daba cuenta de la emergencia de los enunciados; pero no de su circulación, o por lo menos, no de su circulación por fuera de los ámbitos de promoción oficial de los sucesivos manuales de urbanidad.

Al separar esas dos instancias, siguiendo a Foucault, se apeló a la diferencia entre el Estado jurídico soberano que se erige en fuente privilegiada de las relaciones de poder y el Estado moderno, suponiendo que esa diferencia aplica al proyecto fundacional del Estado post-independentista interesado (i) en deshacer los rasgos corporativos y monárquicos del Estado colonial y (ii) en establecer una separación nítida entre Estado y sociedad civil. En esa confrontación, se esbozaron las razones y los medios por los cuales los enunciados de la urbanidad fueron ampliamente difundidos por los agentes del naciente Estado colombiano. Sin embargo, la objeción presentada consiste en afirmar que esta iniciativa no hacía de la urbanidad una manifestación exclusiva de poder jurídico soberano, menos todavía si se tiene en cuenta que el nuevo Estado se transforma en moderno en cuanto intenta dejar atrás las viejas formas de poder colonial y adopta las de una sociedad civil incipiente.

La conclusión sobre esa discusión es que si bien el Estado hizo un gran esfuerzo por difundir los enunciados de la urbanidad, por lo cual su emergencia está ligada al proyecto fundacional del nuevo Estado, su circulación se da en los ámbitos capilares del tejido social. Y que en la medida en que esa circulación es cada más amplia, el Estado no resulta fuente de las relaciones de poder en las cuales se manifiesta la urbanidad, sino parte de

ellas. Esa misma conclusión, matizada por la tensión metodológica entre emergencia y circulación de los enunciados, aplica al papel que la incipiente élite colombiana tuvo en la difusión y publicación de los manuales. Por ello, el estudio concluye que la urbanidad, como tecnología *modelizante*, no puede verse como exclusiva de esa élite incipiente.

La hipótesis *estatalizante* impide ver cómo los enunciados de la urbanidad se irrigan por todo el tejido social de la época, más allá de unas instituciones privilegiadas y de una clase social. Es más, si se tratara de ver la urbanidad como propia de una élite, se deja de lado a todos aquellos sujetos que los mismos manuales de urbanidad nombran y que hacen parte del mencionado tejido social. Aunque la información es precaria, se ha dado por supuesto que los enunciados circulan en escenarios donde negros, indígenas, mestizos, nuevos ricos y sirvientes están siendo producidos, de cierta manera, por la tecnología de la urbanidad.

En ese orden de ideas, la discusión se desplaza del ámbito teórico para tratar de describir la efectividad o ineffectividad de los enunciados a la hora de irrigarse en el tejido social más amplio. El sentido de esta pregunta en la conclusión es justamente señalar el ‘afuera’ de la construcción de sujetos civilizados desde la retícula disciplinar que afecta el conjunto social, y no simplemente el marco institucional desde donde se los proyecta. Ese afuera debería al menos mostrar lo que se quedó por fuera de la urbanidad; pero que de todas maneras es de vital importancia, no tanto para cuestionar su ineffectividad, sino para confirmar su efectividad en los diversos grados de apropiación que de la urbanidad se hace en los espacios que ella misma se encarga de ignorar o estigmatizar. De esa manera se espera cerrar el presente estudio, sin dejar de mencionar lo que queda abierto como investigación.

Teniendo en cuenta esa perspectiva de análisis, es posible recapitular la discusión: la urbanidad es una tecnología modelizante cuyo discurso codificado descansa en sus manuales. Estos – publicados en forma de código, catecismo o en prosa; en libros de texto, artículos de periódico o revista y como capítulos de libros dedicados a tratar cada una de las materias que se estudiaban en la Escuela – fueron difundidos por el tejido social. Por medio de estos se enseñaba la urbanidad, así como por medio de diversas prácticas – una cátedra

específica, elaboración de discursos, presentación de exámenes y, sobre todo, la constante y vigilada práctica de sus preceptivas en otras materias y en el comportamiento diario en cualquier parte – que tenían lugar en diversos escenarios de la vida cotidiana. Así, los enunciados de la urbanidad se dispersaron a través de diversas prácticas ejecutadas por diversos agentes – dentro de las cuales el Estado es apenas uno de esos – que actuaron en una época de formación del Estado-nación en Colombia. Durante tal tiempo se buscó construir la institucionalidad jurídico-política, así como también un cuerpo de ciudadanos dentro del cual se quiso destacar a una élite, que también tuvo que construirse.

El proceso de formación del Estado-nación remite a ciertos grupos humanos que en la tecnología de la urbanidad no entran o entran difusamente, señalan un afuera de la urbanidad que debe tenerse en cuenta. Allí empieza un juego constante de efectividad-inefectividad. Inefectividad porque no todos los pobres, negros, indígenas, campesinos podían ser formados en urbanidad; por tal razón nunca se podría lograr la uniformidad social que los manuales buscaban¹⁴². Mayor ineffectividad cuando para algunas concepciones este tipo de sujeto jamás podría educarse y así dejar de ser lo que es aunque se intente. Sin embargo, efectividad porque estos sujetos inferiores aprendían los enunciados propios de su condición y, de paso, contribuían con ese orden diferenciador que acoge el saber de la urbanidad. Mayor efectividad si se tiene que la urbanidad fue instrumento para afianzar a los sujetos mestizos en su afán de ascenso social, en el sentido de permitirles relacionarse con esa clase-raza que se hizo abanderada de la herencia española (Arias Vanegas, 2007).

La efectividad del manual también puede cuestionarse a partir de prácticas concretas de resistencia. Beatriz González afirma que la urbanidad fue implementada a costa de muchas resistencias (González Stephan, 1994, p. 431). Sin embargo, la autora no ahonda en esta

¹⁴² “Este *tratado*, puede llenar el primer objeto, i aunque no tuviera por otra parte mas ventaja que uniformar los usos sociales en un pais como el nuestro, en que todo es heterojéneo, empezando por el hombre i acabando por el clima; yo bendeciria al cielo por haberme otorgado la dicha de haber contribuido en algo a la educacion de la juventud” (Cuervo Barreto, 1866, p. 7).

afirmación que resulta importante para la presente investigación. Si se piensa en una noción de resistencia frente a la urbanidad, se puede estar ante a varios escenarios posibles.

Un primer frente de posible resistencia remite a aquellos grupos que por diversas razones no acudieron masivamente a las escuelas y que, por tanto, no fueron formados en urbanidad. Sin embargo, no queda claro hasta qué punto esa acción haya sido de resistencia a la urbanidad como tal, cuando en realidad lo fue a la educación en general. Por ejemplo, Frédéric Martínez deja ver cómo en la época del liberalismo radical muchas niñas y muchos niños no fueron enviados a la escuela por cuanto sus padres perdían en estos a un instrumento de trabajo en el campo (Martínez, 2002, pp. 403-416). Entonces, parte de la ineffectividad de la urbanidad fue consecuencia de los serios problemas que afrontó la educación durante la época bajo estudio en términos de lo que hoy se llamaría cobertura y deserción escolar. Se dice parte, por cuanto la urbanidad es algo que se ve constantemente circular en el tejido social, por tanto, sus formas de influencia van más allá de la escuela.

Un segundo frente sí puede dirigirse a la urbanidad. Éste puede consistir en la existencia de espacios – que desde la urbanidad se puede identificar y, a lo mejor, establecer; por ejemplo, aquellos en los que no hay superior alguno entre personas de similar edad, posición social o cargo – que podrían llamarse de transgresión. Estos lugares pueden estar dentro del mismo hogar. Por ejemplo, en una reunión familiar en la sala de la casa están varios sujetos. En cierto momento, algunos de ellos se trasladan a otro espacio de la misma casa para poder comportarse allí de manera más desinhibida. Tiempo después, esos mismos sujetos regresan al espacio de la reunión y vuelven a ceñir su conducta a la norma. Allí puede haber una práctica de liberación; así se le puede asumir en términos prácticos, aunque la situación deje ver un comportamiento pasajero y circunstancial.

A pesar de que en ciertos espacios pueda darse una práctica de liberación, puede decirse también que esos sujetos que abandonan la reunión y se trasladan a un espacio donde actúan de forma más flexible, de todas maneras se están moviendo dentro de los mismos registros establecidos por la norma. En realidad, estos sujetos se cuidaron de observar los

preceptos de urbanidad para poder salirse de la reunión. Incluso, observaron que en el nuevo espacio que iban a ocupar nada ni nadie estuviera opuesto a su propósito de relajarse por un momento. Además, al final volvieron al espacio de la reunión para no violentar por tanto tiempo el acontecimiento de familia. En conclusión, optaron por una leve transgresión, lo hicieron dentro del margen que la misma norma permitía. Es por eso que se puede afirmar que obedecieron al esquema productivo de la tecnología de la urbanidad, la cual establece ese tipo de formas de relacionarse entre sujetos.

Los manuales permiten que en ciertos espacios en los que están ciertos cuerpos y no otros, puedan aflorar comportamientos menos etiquetados. Ello, incluso dentro del gran espacio mismo de la casa. Por supuesto, esas mismas prácticas, con mayor razón, surgen en aquellos lugares fuera del hogar y que los manuales ni siquiera nombran. Por ejemplo, las chicherías – ese afuera por excelencia estigmatizado por la condena moral – pueden concebirse como espacios de encuentro cultural en los que circulaba la poesía, el juego, la música, la discusión política y, por supuesto, el alto consumo de licor y la expresión de la sexualidad. Estos espacios, además, eran punto de encuentro de aquellos sujetos que el saber de la urbanidad calificaría de civiles e inciviles. Allí no sólo entraba el denominado incivil, sino también el civil. Tales civiles llegaban a la chichería y allí hacían lo mismo que todos: practicar juegos de azar, embriagarse, hacer uso desinhibido del vocabulario y del trato a otros (Pita Rico, 2007). No importaba que en estos espacios no hubiera baño y que, por tal razón, los cuerpos evacuaran sus necesidades fisiológicas en la calle. Tampoco importaba que la gente no se pudiera sentar a una mesa y que, en ese sentido, las personas se aglomerasen casi que unos encima de otros (Castro Carvajal, 1994). Menos aún interesaba que algunos de esos sitios fueran administrados y atendidos por mujeres, lo cual se suponía atentaba contra el orden social (Torres Cendales, 2012).

Los espacios no tienen que ver solamente con los lugares diferentes de una casa o de escenarios que están fuera de ella, en donde se reúne la gente. Mejor dicho, estos espacios que son distintos a los anteriores, y que en su interior tienen otros espacios, también son verdaderas instituciones. La presencia en el templo, en las casas de educación y en

edificaciones públicas permite ver la aparición de nuevos escenarios en donde también circula profusamente la norma de la urbanidad. La familia, la iglesia, la escuela, luego la Universidad, y el Estado, son instituciones privilegiadas para la puesta en funcionamiento de tales prácticas. *Dichas instituciones son importantes para que los enunciados de la urbanidad circulen por el tejido social.* Por ejemplo, en la familia puede suceder que si los criados no pudieron asistir a la escuela, de todas formas estos son educados en urbanidad por sus patrones. Por otro lado, negros, indios y campesinos se pueden encontrar en espacios en los cuales otros sujetos les exigen cierto comportamiento, así en el interior de sus comunidades la urbanidad no sea una prioridad o se asuma con otros criterios morales, seguramente más ligados a los grandes eventos de su propia vida en común.

A partir de esto último puede afirmarse, entonces, que una clase-raza también estaría facilitando la circulación de los enunciados de la urbanidad. Esos cuerpos que fueron subjetivados y que ahora subjetivan, son los que terminan difundiendo con más fuerza la urbanidad entre los suyos y sus trabajadores. Ello, a su vez, trae como resultado que tales cuerpos queden profundamente sujetos a esta tecnología, mientras que otros, de diferente clase-raza, la asumen parcialmente, sobre todo en espacios que no son los suyos, sino en los de esa clase-raza que adopta en mayor medida la urbanidad. Allí hay una nueva práctica de liberación: la mayoría mestiza asume una urbanidad igualmente mestiza, de acuerdo al espacio en el que se encuentren y a los sujetos que estén allí. De lo contrario, puede modular, variar o deshacerse de sus enunciados.

La efectividad-inefectividad de la tecnología de la urbanidad es generada por ella misma. Si los cuerpos se cambian de espacio y lo hacen entre cuerpos de la misma condición en edad, sexo y rol en la sociedad, estos pueden liberarse, así sea en la misma red de espacios y relaciones propios de esa clase-raza que está más atada a la urbanidad. Por otro lado, si los cuerpos se mueven de los espacios y relaciones que son propios de una clase-raza a otros espacios y otras relaciones de clase-raza, pueden liberarse. De ese modo, negros, indios, pobres – o mejor dicho, el gran grueso de la población colombiana – pueden liberarse mientras están en sus propios entornos, mientras los otros se ponen en la tarea de sujetarse

dolorosamente y *defender la sociedad* de aquellos que viven la vida de una forma tan diferente. De todas maneras, vale aclarar que lo anterior no supone que la urbanidad como distancia, respeto y cuidado de sí sea ajena a estas culturas.

Esos que viven de maneras tan diferentes, de todas formas, deben existir para que los sujetos urbanos se puedan diferenciar de ellos y, en ese mismo sentido, para que la norma misma persista. Si se acaban los inciviles, se acaban las distinciones tan tajantes que la urbanidad hace a partir de esa primera división¹⁴³. Si los inciviles dejan de ser inciviles puede que se cumpla el añorado propósito de la urbanidad; pero se terminan esas diferenciaciones que tanto recalca el discurso de la urbanidad. De ese modo, ya no podrían tratar al incivil como lo tratan, ya no podrían tratar a los advenedizos (nuevos ricos) como los tratan, ya parte de la urbanidad no tendría sentido. Es por eso que esos cuerpos que transgreden la norma y esas instancias de transgresión deben permanecer. Así mismo, aunque el incivil sea tan molesto, éste debe permanecer.

La clase-raza que ha hecho de la urbanidad su modo-de-ser supone ser la única capaz de interiorizar la norma y de ponerla en práctica de manera pura. Tal realidad parece venir de suyo por el contacto, desde el nacimiento, con estos espacios y cuerpos privilegiados de la urbanidad¹⁴⁴. Cualquier otro que se atreva a hacerlo sin pertenecer a ese juego de espacios y relaciones, es un advenedizo; es un intruso que por más que se lo proponga no podrá ser como son los cuerpos que sí son declarados aptos a partir de la norma¹⁴⁵. Estos pobres

¹⁴³ “Hai clases en las cuales la grosería es hereditaria. Cuando sus niños empiezan a hablar, les dicen: Llama a aquel C... da un coscorron a Pedro, dale duro &c. I si el niño jura i golpea con ardor, los padres esclamarán: Ese será un famoso chico. Aviso a la mitad del mundo.

“Las clases civilizadas obrarán de este modo cuando sus hijos empiezan a hablar distintamente. Dirán: amiguito, junta tus manos i ruega a Dios por papá, acaricia a tu hermano, manda un beso al Señor; ve ese infeliz, dale ese centavo o ese pedazo de pan para apaciguar su hambre.

“El placer de los primeros será dar golpes a la jente i a las bestias, el de los otros hacer bien a todos” (González, 1858, p. 80).

¹⁴⁴ “Hai gracias naturales; pero hai otras que no se adquieren sino por el hábito de la buena sociedad” (González, 1858, p. 68).

¹⁴⁵ “El abanico desempeña un gran papel en las manos de las damas, y su manejo no se aprende en un día. Hay que ejercitarse mucho para aprender a desplegarlo con gracia y elegancia. Entre las manos de una *parvenue* [nueva rica; advenediza] parece una escoba o un plumero; apenas lo abre y lo sacude con violencia, evoca inmediatamente la imagen de una tendera que espanta a las moscas” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 127).

imitadores siempre serán evidentes, siempre caerán en ridículo al querer hacer lo que no les es propio¹⁴⁶. Tales cuerpos, tales sujetos, son incorregibles¹⁴⁷. Eso los distinguirá de los civiles: la imposibilidad de asimilar la norma por más que lo intenten. De ese modo, ninguna acción disciplinante producirá efecto en ellos. Estos, a duras penas, lograrán medio comportarse cuando se lo propongan al entrar en relación con los sujetos que sí son aptos¹⁴⁸. Igual, los sujetos urbanos, de todas maneras, no se pondrán en la tarea de tratar a estos inferiores como si fueran sus iguales, eso es imposible.¹⁴⁹

Si se quiere seguir problematizando sobre estos asuntos, pueden encontrarse dos dificultades. La primera, tiene que ver la cuestión de una élite colombiana en formación. La segunda, tiene que ver con la aparición de sujetos que en principio son anti-modelos; pero que resultan modelos e incluso mejores que los miembros de esa élite que se hace a sí misma heraldo de la civilización.

La élite colombiana estaba apenas en formación durante la época bajo estudio. Para tales efectos, su punto de referencia era Francia. Allí es donde se sabe vivir la vida¹⁵⁰. La moda, las costumbres y los modales parisienses eran los que se debían imitar en tierras colombianas. Es en las grandes ciudades¹⁵¹, sobre todo en París¹⁵², donde está la oportunidad de acceder a la civilización. Allí están los referentes de la vida moderna: esta también tiene que ver con las nuevas instituciones políticas, sobre todo esas que velan por

¹⁴⁶ “No es raro ver personas de pocos medios imitar el lujo de los opulentos del mundo; no consiguen sino ponerse en ridículo” (González, 1858, p. 39).

¹⁴⁷ “[ciertas personas manifiestan] con su modo de responder y con cierta sonrisa estúpida, que es frecuente en ellos, que no han vivido entre gente culta. Los que se conducen de esta manera desacreditan á los que han debido educarlos y se condenan á pasar toda su vida por personas rústicas” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 68).

¹⁴⁸ “No penseis que las primeras leyes de la civilidad son desconocidas del obrero; ignora ciertamente los usos del gran mundo; pero cuando quiere, es atento” (González, 1858, p. 46).

¹⁴⁹ “En algunas casas grandes, la llegada de una persona de inferior condición no interrumpe sino por pocos instantes la lectura del diario” (González, 1858, p. 27).

¹⁵⁰ “*Savoir-vivre* quiere decir en Francia, en el lenguaje de la jente de mundo, saber observar con discrecion las reglas de urbanidad i los usos sociales, haciéndose agradable a las personas con quienes se está en sociedad. En este sentido debe entenderse la traducción *saber-vivir*” (González, 1858, p. VIII).

¹⁵¹ “No hay que olvidar el vaso de agua después del chocolate: en España sería una gran falta de educación ofrecer el uno sin el otro” (Una-Dama-Colombiana, 1913, p. 117).

¹⁵² “[A]doptad el medio de buen tono que os dan ejemplo los usos del gran mundo parisiense” (González, 1858, p. 68).

el comportamiento de los sujetos que conviven en las calles¹⁵³. De ese modo, si se quiere ser civil, cuando no se es, se debe imitar¹⁵⁴. Como resultado, la élite colombiana resultó imitadora del llamado mundo civilizado¹⁵⁵. Ese mundo civilizado parisiense se nutrió de los usos de la cortesanía francesa. Así, la burguesía colombiana resultó imitadora de los imitadores, lo cual termina de echar por la borda su supuesto mérito natural. Si tan malos son esos imitadores por exagerados, mezclados, por no-hacer-juego-con en tanto no-pertenecen-a, los primeros afectados por ello son los mismos miembros de la élite local.

Negros, indios y campesinos fueron siempre anti-modelos, como ya se ha señalado. Sin embargo, también fue posible la formación de sujetos modélicos de esas otras clases-razas. Un ejemplo interesante es el del poeta Candelario Obeso. Él era de raza negra. Un negro que llegó a Bogotá hacia 1880 y llamó la atención entre las personas por su particular forma de vestir. Obeso usaba trajes negros y grises propios de los sujetos urbanos modélicos de la Bogotá de entonces. Su sombrero de copa larga o el bombín, sus levitas de corte perfecto, los cuellos de pajarita y sus botines de charol eran admirados. Así mismo, sus modales eran de fina urbanidad. Por último, Candelario Obeso era un culto poeta (Iriarte Núñez, 2003, pp. 116-117). Obeso logró superar la visión del negro anti-modélico y hacerse, así, un singular y fino exponente de la urbanidad, la cual adornaba con su gracia y simpatía típica del Caribe colombiano¹⁵⁶.

¹⁵³ “Imitando á los habitantes de las ciudades más cultas del mundo, debemos atacar (sic) (léase acatar) á los agentes de la policía y obedecerles cuando nos prevengan algo que estén autorizados á disponer. Debemos hacerlo así, por más humilde que sea la categoría social á la que, como particulares, pertenezcan, y aunque, por no haber recibido buena educación, carezcan de modales corteses...”(Marroquín Ricaurte, 1911, p. 68).

¹⁵⁴ “...nada podemos hacer mejor que observar lo que practican las personas cultas” (Marroquín Ricaurte, 1911, p. 35).

¹⁵⁵ “Este pequeño libro contiene los principales preceptos de urbanidad i buen tono a que se arreglan su modo de obrar en la buena sociedad los parisienses bien educados. Como Paris es la ciudad del mundo civilizado en donde es mas jeneral la práctica de esas atenciones que hacen agradable el trato social, el que observe los usos admitidos allí entre las jentes de buena compañía puede estar seguro de ser tenido en todas partes por hombre urbano i culto” (González, 1858, p. 82).

¹⁵⁶ Causa curiosidad la mención que Carlos Yáñez hace de Obeso. Según Yáñez, el escritor mompoxino, a través de su poema *Los palomos*, se convierte en un crítico de la imitación de modelos europeos en Colombia a través de la defensa de lo local (Yáñez Canal, 2010, p. 45).

Los sujetos que ascendieron socialmente, los indígenas y negros que asimilaron los enunciados de la urbanidad, los sujetos que se liberan de la norma cuando abandonan ciertos espacios y van a otros son claros ejemplos que permiten afirmar que la eficacia de la urbanidad como dispositivo de modelización no se mide por la pureza de su encarnaciones, sino por la forma como se impone como discurso y como práctica de autoformación individual. El modelo, finalmente, es un ideal; pero sirve justo para comparar todo lo que falta para llegar a este. Si se tiene en mente la persistencia del modelo civilizador-modernizador en Colombia, sería más fácil ver las continuidades, las irrigaciones, las exclusiones también; pero dentro de un campo enunciativo y comportamental que se impone en el campo social. Ello, aunque produzca tanto modelos como anti-modelos, lo cual finalmente hace parte de su propia dinámica formadora.

La urbanidad no pudo funcionar en el tejido social colombiano a la par que funcionó tan bien y se arraigó tan profundamente en los sujetos que esta misma produjo. Esta tecnología modelizante no logró su efectividad desde su discurso y su implementación. Esos espacios en los que entró y no entró, esas clases-razas que penetró y a la vez no penetró; esos sujetos que no pueden ni podrán asumir sus enunciados fueron establecidos por la urbanidad misma para poder destacar al sujeto normal y a los espacios por los que éste circula. De ese modo, la tecnología de la urbanidad crea sus propias instancias de ineffectividad. Por esos espacios y por esas relaciones se pudo fugar todo el que quiso, incluso los sujetos más atados pudieron liberarse yéndose a esos espacios y entablado esas relaciones prohibidas donde no había quien vigilara. Ello indica que en Colombia se produjeron copias singulares que si bien no están por dentro de la norma, tampoco están por fuera.

La tecnología de la urbanidad fue profundamente eficaz y produjo al sujeto de acuerdo con sus enunciados. El proceso de despliegue de las técnicas y tecnologías de sujeción humana, desperdigadas por todo el tejido social es efectivo cuando hay sujetos aptos y también cuando hay sujetos no aptos; sujetos no sujetos, sujetos que actúan como otro (miméticos). Así, la urbanidad puso a funcionar esos espacios, esas distribuciones, esas organizaciones del tiempo, esas formas de pensarse a sí mismos que adquirieron los sujetos producidos. La

urbanidad también logró integrar, calificar, clasificar, diferenciar y castigar. Entonces, si ese discurso, si esas prácticas no hubieran sido efectivas, no hubiese estado tan marcado y atacado lo que se sale de su regulación esquemática y minuciosa. Así, esos rasgos de ineffectividad se traducen en total efectividad en esa lucha tan particular que en Colombia se libra para *defender la sociedad* de lo bárbaro. Puede ser que las diferencias que atacaba la urbanidad de antaño no se resuelvan ya por el recurso a la homogeneidad en virtud a una contemporaneidad en la que se ha ido imponiendo el respeto y defensa constitucional de la diversidad cultural; pero muchos de los criterios raciales, políticos y económicos de demarcación de la relación nosotros/los otros siguen vigentes.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE MICHEL FOUCAULT

- Foucault, M. ([1969] 2010). *La arqueología del saber*. (A. Garzón del Camino, Trans.) México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. ([1971] 2008). *Nietzsche, la genealogía, la historia* (6ta. ed.). (J. Vásquez Pérez, Trans.) Valencia: Pre-textos.
- Foucault, M. ([1972] 1999). Los intelectuales y el poder. In M. Foucault, F. Álvarez-Uría, & J. Varela (Eds.), *Estrategias de poder. Obras esenciales, Volumen II* (F. Álvarez-Uría, & J. Varela, Trans., Vol. II, pp. 105-115). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. ([1973] 2005). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. (H. Pons, Trans.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. ([1975] 2000). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. (H. Pons, Trans.) México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Foucault, M. ([1975] 2009). *Vigilar y castigar* (2da. Edición ed.). (A. Garzón del Camino, Trans.) México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. ([1976] 2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)* (1era. Edición en español ed.). (H. Pons, Trans.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. ([1976] 2007). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber* (31 edición en español ed.). (J. Almela, Ed., & U. Guiñazú, Trans.) México D.F.: Siglo XXI.
- Foucault, M. ([1976] 2010). Las mallas del poder. In M. Foucault, & Á. Gabilondo (Ed.), *Obras Esenciales. Ética, estética y hermenéutica* (Á. Gabilondo, Trans., pp. 889-905). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. ([1978] 1999). Sexualidad y Poder. In M. Foucault, *Estética, ética y hermenéutica. Obras Esenciales. Volúmen III* (Á. Gabilondo, Trans., Vol. III, pp. 129-147). Barcelona: Paidós.

- Foucault, M. ([1978] 2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. (H. Pons, Trans.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. ([1978] 2010). La filosofía analítica de la política. In M. Foucault, & Á. Gabilondo (Ed.), *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales* (Á. Gabilondo, Trans., 1era. ed., pp. 783-797). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. ([1981] 1999). Subjetividad y Verdad. In M. Foucault, & Á. Gabilondo (Ed.), *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales* (Á. Gabilondo, Trans., Vol. III, pp. 255-260). Madrid: Paidós.
- Foucault, M. ([1981] 2001). Poderes y estrategias. In M. Foucault, & M. Morey (Ed.), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (M. Morey, Trans., pp. 88-101). Madrid: Alianza.
- Foucault, M. ([1982] 1988, julio-septiembre). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 No. 3, 3-20.
- Foucault, M. ([1983] 2009 esp.). *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1982-1983)*. (H. Pons, Trans.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*. (M. Soler, Trans.) Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). Tecnologías del yo. In M. Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines* (M. Allendesalazar, Trans., pp. 45-94). Paidós: Barcelona.
- Foucault, M. (2010). El discurso sobre el poder. In M. Foucault, & D. Trombadori, *Conversaciones con Foucault. Pensamientos, obras, omisiones del último maitre-à-penser* (1era. ed., pp. 121-153). Buenos Aires: Amorrortu.

MANUALES DE URBANIDAD

- Arroyo, I. (1864). *Manual del Estudiante. Colección completa de tratados para la enseñanza o la instrucción elemental religiosa y científica* (Vol. I). Bogotá: Imprenta de Nicolás Gómez.

- C., M. (1883, marzo 12). Lecciones de Urbanidad. *La Escuela Normal. Periódico Oficial de la Instrucción Pública del Estado de Cundinamarca*, 498-503.
- Carreño Muñoz, M. A. (1854 [1868]). *Manual de urbanidad y buenas maneras, para el uso de la juventud de ambos sexos; en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales; precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre*. Nueva York: Appleton & Co.
- Cuervo Barreto, R. (1866). *Breves nociones de urbanidad, extractadas de varios autores i dispuestas en forma de catecismo para la enseñanza de las señoritas de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Nicolás Gómez.
- Gaitán, J. B. (1870). *El Institutor. Colección de textos escogidos para la enseñanza en los colejos i en las escuelas de los Estados Unidos de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Gaitán.
- González, F. (1858). *Código del Buen Tono. Traducción libre de la obra titulada "Manuel de savoir-vivre" de Alfredo de Meilheurat*. (F. González, Ed., & F. González, Trans.) Bogotá: Imprenta de la Nación.
- Marroquín Ricaurte, J. M. (1913). *Lecciones de urbanidad acomodadas a las costumbres colombianas* (5ta. Corregida y aumentada ed.). Bogotá: Imprenta eléctrica.
- Ortiz Rojas, J. J. (1860). *El Libro de Estudiante, colección de tratados elementales, obra destinada a la instrucción primaria de la juventud que se educa en las escuelas i colejos de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta de Ortiz.
- Ospina Vásquez, T. (1919). *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono*. Medellín: Tipografía Bedout.
- Una-Dama-Colombiana. (1913). *Savoir-Vivre ó Código del Buen Tono extractado de los más autorizados maestros y adaptado á nuestro país, con reglas y observaciones originales*. Bogotá: Imprenta de "La Tribuna" editorial.
- Zaldúa, M. M. (1891). *Código Social. Máximas y preceptos de moral, virtud y urbanidad para instrucción, uso y provecho de mis adoradas hijas*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.

ARTÍCULOS DE OPINIÓN SOBRE URBANIDAD

- Anónimo. (1876, abril 8). Pedagogía moral de la urbanidad. *La Escuela Normal. Periódico Oficial de Instrucción Pública*, VII No. 261, p. 3.
- Cruz Rodríguez, J. (2005, diciembre 6). Bienvenida la Urbanidad. *Boyacá 7 días*, p. 23. Retrieved 09 24, 2012, from <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/article-91343.html>
- Jaramillo, E. (1942, junio y julio). Urbanidad, educación e instrucción. *Nova et Vetera. Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, XXXVII, Nos. 361 y 362, 140-147.
- Villarreal B., E. (1952, octubre). La crisis de la urbanidad y las buenas maneras. *Hacia la luz. Revista Cultural al servicio de la Causa de los Ciegos*, Año VII, No. 80, 1-4.

NORMAS JURÍDICAS Y DOCUMENTOS OFICIALES

- Estado Soberano de Antioquia. (1865). *Decreto sobre Plan Jeneral de Estudios, i reglamento para el régimen interno del Colegio del Estado*. Medellín: Imprenta de Isidoro Isaza.
- Estado Soberano de Antioquia. (1866). *Decreto sobre Plan Jeneral para la dirección i administración de la enseñanza en las escuelas primarias de uno i otro sexo*. Medellín: Imprenta de Isidoro Isaza.
- Estado Soberano de Antioquia. (1877). *Código sobre instrucción pública primaria del Estado Soberano de Antioquia*. Medellín: Imprenta del Estado.
- Estado Soberano de Bolívar. (1867). *Decreto sobre instruccion publica, espedido por el Presidente Constitucional del Estado Soberano de Bolívar*. Cartajena: Imprenta de Federico Núñez.
- Estado Soberano de Bolívar. (1873). *Disposiciones vijentes en el Estado Soberano de Bolívar sobre Instruccion Publica Primaria*. Cartajena: Imprenta de Ruiz e hijo.
- Estado Soberano de Boyacá. (1870). *Código de instrucción primaria del Estado Soberano de Boyacá*. Tunja: Imprenta de Torres.

- Estado Soberano de Cundinamarca. (1874). *Recopilación de leyes sobre instrucción pública primaria del Estado Soberano de Cundinamarca*. (D. Zapata, Ed.) Bogotá: Imprenta Echeverría Hermanos.
- Estado Soberano de Cundinamarca. (1878). *Los doce códigos del estado soberano de Cundinamarca* (Vols. I. Constitución nacional i la del estado, los códigos político i municipal, de elecciones, de policía, fiscal, de fomento, de instrucción pública y de establecimientos de caridad.). (M. Tanco, Ed.) Paris: Lipsia.
- Restrepo Piedrahita, C. (1979). *Las Constituciones de la primera república liberal*. Bogotá D.C.: Universidad Externado de Colombia.
- Restrepo Piedrahita, C. (2005). *Constituciones Políticas Nacionales de Colombia*. Bogotá D.C.: Universidad Externado de Colombia.
- Zalamea, J. (1936). *La enseñanza de la urbanidad merece la mayor atención: Circular a los maestros, profesores y directores de establecimientos de enseñanza*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Zapata, D. (1872). *Segundo informe anual del Director de Instrucción Pública del Estado Soberano de Cundinamarca*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA FILOSÓFICA

- Goodwin, B. (1997). *El uso de las ideas políticas*. Madrid: Península.
- Gutting, G. (2005). *Foucault: A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Gutting, G. (Ed.). (2005). *The Cambridge Companion to Foucault* (2nd Edition ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hunt, A. (invierno de 1992). Foucault's Expulsion of Law: Toward a Retrieval. *Law & Social Inquiry*, 17 No. 1, 1-38.
- Tadros, V. (primavera de 1998). Between Governance and Discipline: The Law and Michel Foucault. *Oxford Journal of Legal Studies*, 18 No. 1, 75-103.
- Tassin, E. (2012, agosto). De la subjetivación política. Althusser / Rancière / Foucault / Arendt / Deleuze. *Revista de Estudios Sociales*, No. 43, 36-49.

Voirol, O. (2006). Crítica genealógica y crítica normativa. In Y. Cusset, & S. Haber (Eds.), *Habermas y Foucault. Trayectorias cruzadas, conformaciones críticas* (H. Cardoso, Trans., pp. 127-148). Buenos Aires: Nueva Visión.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA INTERDISCIPLINARIA

Aguilar Rivera, J. A. (2000). *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Arias Vanegas, J. (2007). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá D.C.: Universidad de los Andes.

Castro Carvajal, B. (1994, julio). Aspectos de la vida diaria en las ciudades republicanas. *Credencial Historia, Edición No. 55*.

Díaz, B., & Idoia Zorroza, M. (n.d.). *Pensamiento clásico español. Su inspiración medieval y su proyección en la filosofía contemporánea: Francisco De Vitoria*. Retrieved marzo 29, 2013, from Universidad de Navarra. Departamento de Filosofía.: <http://www.unav.es/pensamientoclasico/Au%20Vitoria.html>

González Stephan, B. (1994). Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: Del espacio público y privado. In M. J. Daroqui, B. González Stephan, J. Lasarte, & G. Montaldo (Eds.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (pp. 431-455). Caracas: Monte Ávila, Latinoamericana, Equinoccio, Universidad Simón Bolívar.

González Stephan, B. (1996). Economías fundacionales: Diseño del cuerpo ciudadano. In B. González Stephan (Ed.), *Cultura y tercer mundo 2. Nuevas identidades ciudadanas*. (pp. 17-47). Caracas: Nueva Sociedad.

Gordillo Restrepo, A. (2004). El Mosaico (1858-1872): Nacionalismo, élites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX. In S. Castro Gómez (Ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia* (pp. 201-250). Pittsburgh: Biblioteca de América.

Guillén, F. (1996). *La regeneración, primer frente nacional*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

- Hensel Riveros, F. D. (2008). Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre de la República (1821-1850). *Reportes de investigación*, No. 73, 1-31.
- Iriarte Núñez, A. (2003). *Muertes Legendarias*. Bogotá D.C.: Intermedio.
- Jaramillo Uribe, J. (2002). *Historia, sociedad y cultura*. Bogotá D.C.: Banco de la República y Universidad de los Andes.
- Londoño Vega, M. P. (1997, enero). Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono. Catecismos cívicos y prácticos para un amable vivir. *Revista Credencial Historia*.
- Londoño Vega, M. P. (2004). *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia (1850-1930)*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Malagón Pinzón, M. A. (2007). *Vivir en policía. Una contralectura de los orígenes del derecho administrativo colombiano*. Bogotá D.C.: Universidad Externado de Colombia.
- Martínez, F. (2002). *El Nacionalismo Cosmopolita*. Bogotá D.C.: Banco de la República.
- Pedraza Gómez, Z. (2011). *En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1900)*. Bogotá D.C.: Universidad de los Andes.
- Pita Rico, R. (2007, noviembre). La afición de funcionarios, militares y religiosos a los juegos de azar: Entre la trasgresión y el buen ejemplo. *Credencial Historia, Edición No. 215*.
- Restrepo, G. (2004). *Arqueología de la Urbanidad de Carreño. Los oficios de un Rastreador y Baqueano de la Cultura*. Bogotá D.C.: Universidad Autónoma de Colombia.
- Safford, F. (1992). The Problem of Political Order in Early Republican Spanish America. *Journal of Latin American Studies*, 24, 83-97.
- Torres Cendales, L. J. (2012, julio). Amores perseguidos en la Santafé de finales del siglo XVIII. *Credencial Historia, Edición No. 311*.
- Valencia Villa, H. (2010). *Cartas de Batalla: una crítica al constitucionalismo colombiano*. Bogotá D.C.: Panamericana.
- Yáñez Canal, C. (2010). *Discurso y representaciones sociales de las identidades culturales en el Manual de Urbanidad y buenas maneras de Manuel Antonio Carreño*. Manizáles: 2010.